

---

## EL MILAGRO.

---



### I.

La aldea de San Tigelino desapareció del suelo de Italia, habiendo sido su muerte tan oscura como su vida.

La avalancha que la sorprendió dormida al pié de los Alpes la arrastró, envuelta en inmensa mortaja, al panteon de los pueblos sin historia: el olvido y el silencio.

Mientras el viajero interroga con ardiente curiosidad las cenizas de Pompeya y medita piadosamente ante la fosa de aquel pueblo *enterrado vivo*, sólo el buitre, cerniéndose en la altura, dirige su calva cabeza hácia aquel rincon de tierra donde amaron y sufrieron algunos centenares de criaturas humanas.

En la época en que comienza nuestro sencillo relato, los habitantes de la aldea de San Tigelino se hallaban reunidos en la plazuela de la Iglesia formando pintorescos grupos, en todos los cuales se departia alegremente en ese hermoso idioma italiano, que parece nacido para expresar el placer, el amor y la vida.

El asunto objeto de todas las conversaciones era la proximidad de la fiesta dedicada al patron de la aldea, pues faltaban sólo tres dias para el no sé cuántos aniversario del fallecimiento del bienaventurado San Tigelino, 14 de Julio de 1737.

La afluencia de forasteros era inmensa, pues de veinte leguas á la redonda acudian campesinos y señores á depositar su piadosa ofrenda en el altar mayor de la iglesia, compuesta de una sola nave de escasísimo mérito artístico, pero cuyas



paredes se hallaban literalmente cubiertas de infinidad de objetos más ó ménos preciosos, elocuente testimonio de la ardiente fé italiana, poética y sencilla, que dominaba en los corazones de todos.

Bien es verdad que las gentes devotas de la comarca afirmaban con plena conviccion que ninguno de los domiciliados en la córte celestial tenia tanto derecho á ser recompensado por sus beneficios como el patron de la aldea, cuya leyenda hubiera escandalizado á Mr. de Launoy, el famoso *destierra santos*; pero que á los ojos de aquellos sencillos aldeanos tenia tanta realidad como el hambre y el frio, que soportaban resignados durante la mayor parte del año. La industria y el comercio eran allí totalmente desconocidos; cultivar su pequeño campo y rezar á San Tigelino para que les deparase un viajero extraviado, de bolsa bien repleta, á quien aliviar de tan incómodo peso; hé aquí las dos únicas fases que entre ellos revestia su monótona existencia.

La historia del santo, trasmitida de generacion en generacion, y cada vez más enriquecida por la crédula imaginacion de los fieles, puede resumirse en pocas palabras.

El patricio Tigelino, proecto aunque gallardo capitan de guardias de Maximiano, cuando este fijó en Milan la residencia imperial, escoltaba un dia hasta el lugar donde habia de ser degollada á una jóven cristiana de singular hermosura, sobre cuyo nombre habia hasta veinte versiones distintas, aunque todas ellas convenian en señalarla una terminacion en *ina*. La celeste belleza de la cristiana, su resignacion, su mirada de rústica dulzura, todo contribuyó á que en la media hora que duró el trayecto de la prision al lugar del suplicio, el corazon de Tigelino se interesara por la hermosísima cristiana hasta el punto de decidirse á salvarla ó morir con ella.

Los soldados opusieron resistencia á su proyecto de realizar y proteger la fuga de la jóven. Entónces Tigelino hizo ante los verdugos una profesion de la fé cristiana que le valió alcanzar la palma del martirio, despues de haberla visto brillar entre las rígidas manos de su amada de una hora y desde aquel momento su esposa por toda la eternidad.



A primera vista se notan en esta confusa relacion los rasgos más propios para conmover un alma italiana. La accion del capitan era admirada como un dechado de sublime galantería; su confesion, como una declaracion de amor heroicamente delicada. Sin duda por estas causas, el santo pasaba por infalible médico de todas las enfermedades cuyo nombre calla la ciencia, pero que entre el pueblo tienen el nombre general y sencillo de *mal de amores*.

Lo cierto es que la mayoría de las personas que visitaban su templo se componia de mujeres de pálidas mejillas, de ojos hundidos y de apretadísimo corpiño.

Los crímenes basados en el amor tenian en San Tigelino un indulgentísimo censor, casi un cómplice. En Italia, donde se ama mucho y se aborrece más todavía, no podia ménos de contar con infinitos prosélitos un santo de esta especie.

El motivo de supremo orgullo para los habitantes de San Tigelino consistia en ser depositarios del cuerpo del santo, que se exponia anualmente á la veneracion de los fieles en un estado de incorruptibilidad muy superior al fenómeno análogo de la licuacion de la sangre de San Genaro con que tanto se envanecian los napolitanos.

Los frailes del único convento que habia en el pueblo eran los encargados de exponer el santo cuerpo, que todos los años realizaba por lo ménos un milagro al influjo de su contacto con las vestiduras de los desgraciados.

Al convento de dominicos de San Tigelino vamos á dirigirnos, ya que la multitud abandona tambien la plaza llevando el mismo rumbo que nosotros.

## II.

Nos hallamos en una sala inmensa y sombría, cuyas desnudas paredes tienen por único adorno un cuadro de grandes dimensiones que representa el martirio de San Tigelino, trazado con tan espantosa verdad hasta en los más mínimos detalles, que revela la mano de algun discípulo de Ribera, el pintor de los grandes dolores.

La luz, filtrándose con dificultad á través de los plomizos



vidrios de la única ventana abierta en el aposento, se concentra en torno de la ensangrentada cabeza del santo, que se destaca siniestra sobre el fondo sombrío del lienzo, mostrando esa extraña expresión de vida fantástica, común á todas cuantas cabezas separadas del tronco ha pintado el génio inspirado de Ribera, el hombre que debió vivir con la muerte para arrancarle sus secretos.

Ante una mesa cubierta con un tapete viejo y amarillo se agrupan en el centro de la sala tres hombres que hablan en voz baja, sentados, ó mejor dicho, escondidos en altísimos sillones de cuero tachonado de clavos anchos y relucientes.

El individuo que ocupa el sillón más elevado y que se expresa con marcado acento de autoridad, es ni más ni menos que el prior del monasterio, Fr. Jacobo di Tenza. Alto, seco, rígido, parece, más bien que un sér humano, la personificación de la idea del despotismo religioso. Su fisonomía angulosa y estrecha ofrece marcada semejanza con las medallas que representan á Tiberio, el más triste de los tiranos. La frente es ancha y prominente: las largas meditaciones del claustro han dejado allí su huella. Una arruga vertical y más profunda que las demás indica la firmeza de voluntad más absoluta en aquel hombre. Sus lábios delgados parecen gastados por la oración. En sus ojos, casi enteramente cubiertos por espesas cejas grises, arde un fuego sombrío y reconcentrado; su mirada de inquisidor, fría y oblícua, produce en ocasiones un punzante terror. De sus manos descarnadas pende un rosario de plata, cuyas cuentas repasa incesantemente. En el duro gesto con que acompaña sus palabras breves é imperiosas, se revela el religioso austero devorado por la terrible ambición eclesiástica, que produce caracteres como el de Cisneros y el de Jacobo Clemente.

El personaje sentado á su derecha era también otro fraile, pero que formaba con el prior un notabilísimo contraste. De fisonomía apoplética y risueña hasta el exceso, rechoncho, favorecido por la naturaleza con un vientre extraordinario que acariciaba frecuentemente con su mano pequeña y regordeta, parecía un burgomaestre flamenco escapado de un cuadro de Van Ostade.



Sus ojos, pequeños y malignos, se fijaban de cuando en cuando en una taza ya vacía enfrente de él colocada, y parecía meditar profundamente el árduo problema de resolver cuántas tazas iguales á aquella, llenas de riquísimo chocolate, podría contener el estómago de un hombre temeroso de Dios y de las indigestiones.

El tercer interlocutor pertenecía al clero secular: era uno de tantos segundones de buena familia, que obligados por la necesidad á seguir la carrera de la Iglesia, se hacían abates, profesion para la cual bastaba tener la menor cantidad de clérigo posible.

—Padre Mateo, decía el prior gravemente, dirigiéndose al otro fraile, la hora se aproxima y es necesario tenerlo todo preparado para el momento solemne.

—Perded cuidado, replicó su interlocutor negligentemente: la cosa se hará perfectamente como todos los años. Nuestro amigo el abate di Ganga, aquí presente, se ha encargado de procurarnos el cadáver, y yo confío en su celo y en su inteligencia lo bastante para aseguraros el éxito de la empresa.

—Verdaderamente, interrumpió el aludido, poco trabajo me ha costado llenar mi comision cumplidamente. En el cementerio del pueblo de Aversino he encontrado un cadáver magnífico para el caso. Ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, sin ninguna particularidad ostensible en todo su cuerpo. Más aún: el difunto tiene una expresion de beatitud en el semblante que me ha dejado asombrado. Bueno fuera que buscando un santo postizo me hubiera topado de manos á boca con uno verdadero.

La risita con que el abate acompañó sus últimas palabras fué reprimida instantáneamente, gracias á una severísima mirada del prior, que reanudó el diálogo diciendo:

—Lo que se hace en servicio de Dios y de sus santos es siempre bueno. La fé se apaga en los corazones, y á nosotros cumple el reanimarla á toda costa. Los impíos crecen como la mala yerba en los sembrados, el número de los elegidos disminuye, y este estado de cosas sólo cesará cuando se levanten cien mil hogueras en toda la extension del territorio.



Mientras tanto, procuremos, en la medida de nuestras débiles fuerzas, alentar al justo y premiar la buena intención del creyente.

—Pero, observó tímidamente el abate, llegará un día en que se descubra el engaño, y entónces....

—¡Entónces, moriremos! Moriremos por la fé de Cristo, contestó el prior cruzando magestuosamente los brazos bajo su hábito.

Un gruñido sordo de fray Mateo fué la única protesta que se levantó contra estas palabras.

—¿Teneis algo que oponer á lo que llevo manifestado? preguntóle entónces el prior.

—En el caso supuesto por el abate, saldriamos del paso perfectamente achacándolo todo al espíritu maligno, que ha cargado ya con bastantes pecados de esta especie, además de los suyos propios, sin que nunca haya dicho esta boca es mia. Nada más fácil ni de efecto más seguro que atribuir á reprobados maleficios la sorpresa experimentada por los que hallasen en el santo un rostro conocido. Pero este caso es afortunadamente imposible; el cuerpo se expone de noche, y además, los fieles que á él se acercan llevan en los ojos una venda espesa que no les permite ver más de lo que nosotros queramos. ¡A esta venda la dais el nombre de fé, padre prior; vos, abate, la llamais credulidad, pero yo creo estar en lo cierto al designarla pura y simplemente con el nombre de miedo!

—¡Confiemos en Dios! murmuró el prior dando fin á esta misteriosa conferencia con un gesto soberano de despedida. No olvideis mis recomendaciones, añadió dirigiéndose al abate. Prontitud y sigilo; tal debe ser vuestra divisa.

Los dos clérigos abandonaron la estancia despues de besar la mano del prior, dejándole sumergido en sus habituales meditaciones, que pronto interrumpió el confuso clamoreo del pueblo que victoreaba entusiasmado al buen fraile y al mundano abate.

El prior, entónces, alzó los ojos al cielo.



## III.

Aversino es un pueblo insignificante, situado en un hermoso valle, habitado por cazadores de gamuzas, casi tan salvajes como los animales á cuya persecucion se dedican, y por unos cuantos centenares de labradores, cuyas piernas desnudas soportan con igual estoicismo las nieves del invierno y los ardores del sol canicular.

Sin embargo, en la falda de una colina que se eleva hácia el Sur del pueblecillo, se distingue una especie de fortaleza construida á fines del siglo XIII por un famoso *condottieri* que habia puesto el fruto de sus rapiñas al abrigo de los espesísimos muros del torreón por él levantado, el cual habian ido mejorando sus descendientes, hasta convertirlo en un verdadero castillo. En 1737 habia desaparecido el carácter de fuerza propia de la edad bárbara en que habia nacido: sus dentadas almenas yacian en el patio cubiertas de yerba, el foso habia sido cegado, y del puente levadizo sólo se conservaban algunas mohosas cadenas, pendientes todavía del muro. Así que para penetrar en su recinto, no necesitaremos contestar al ¿quién vive? de los centinelas, ni afrontar la escudriñadora mirada de los hombres de armas: sin obstáculo alguno podemos subir la ancha escalera de mármol, atravesar inmensos y desiertos corredores y aventurarnos por último hasta introducirnos en un apartado saloncillo donde pasa una escena muy interesante de nuestra historia.

Un caballero y una dama se encuentran allí á la caída de la tarde del día 13 de Julio de 1737.

La dama está sentada en un sillón blasonado, sobre cuyo respaldo se apoya indolentemente el caballero.

Ojos negros, rasgados, de mirada melancólica: frente serena, despejada, ligeramente deprimida hácia las sienas; boca pequeña de lábios rojos y sensuales; hé aquí los rasgos más salientes del rostro de la dama, que no intentamos describir, porque para ello necesitaríamos el pincel del Ticiano y la pluma del Petrarca. Las magníficas formas de la jóven,



pues parecia contar veinticuatro años, su talle de sílfide, su pié de gnomo, sus brazos, que envidiaría Juno, la diosa de los hermosos brazos, todo este cúmulo de bellezas, tampoco puede explicarlas mi pluma. Ariosto hubiera hecho un soneto á cada uno de los apretados rizos de su abundantísima cabellera, y hubiera quedado siempre quejoso de su musa. Rafael no se hubiera atrevido á bosquejar aquella figura, ni hubiera encontrado en su paleta colores bastante ricos ni inspiracion bastante en su alma para trasladarla al lienzo. En el hechicero mohin que contraia habitualmente sus lábios de grana, hubiera encontrado Macías inagotable tema para un millar de canciones.

Una mujer verdaderamente hermosa, es mucho más rara de lo que algunos creen. La naturaleza no prodiga sus dones sino á poquísimas criaturas privilegiadas.

Sin embargo, aquella mujer de seductora belleza, tenia en algunos momentos una espresion que hacia daño. Cuando su seno se levantaba á impulsos de una emocion interior, como las olas del mar agitado por la tormenta; cuando de sus pupilas inflamadas se desprendian siniestros resplandores; cuando sus manos temblaban convulsivamente, su hermosura tomaba un tinte casi repulsivo, é involuntariamente acudia al espíritu la imágen del más hermoso de los ángeles, el soberbio rey del infierno.

Precisamente en el instante presente su rostro tiene esa terrible espresion: su voz es dura, breve y llena de salvaje energía; sus ojos, vueltos hácia el caballero, se clavan en él como una espada de fuego, y sus crispadas manos se hunden en el sillón como buscando un arma.

El caballero parece contar veintiocho años; es alto y de figura distinguida; sus ojos azules, su tez pálida, su ondeante cabellera rubia, revelan su origen extranjero, más visible todavía por la frialdad del acento con que responde á las impetuosas reconvenciones de la dama.

—Por última vez, Alfredo, decia ésta con voz sorda. No irrites mis furiosos celos, porque sabes muy bien de lo que soy capaz. Ayer has mirado por espacio de dos minutos á la hija del viejo cazador de osos. Bettina es hermosa, ya lo sé,



pero creo haber comprado bastante caro el derecho de ser á tus ojos la única mujer hermosa del mundo.

—Lucía, respondió tranquilamente el jóven, tus ridículos celos te hacen ver visiones. Me he dirigido á Bettina para comprarla un ramillete de flores de la montaña, que tanto te gustan, y lléveme el diablo si me he fijado en el color de sus ojos, que de todos modos sé que no podrán ser nunca tan hermosos como los tuyos.

Esta forzada galantería disipó por un momento las sombras que anublaban el semblante de la jóven.

—¿Me amas mucho, Alfredo? exclamó trayéndole á sí dulcemente.

—Mucho, respondió el jóven, sin poder reprimir un movimiento de contrariedad.

Entónces del oprimido pecho de Lucía brotó este grito terrible:

—¡Tú no me amas!

Y repitió esta frase con creciente exaltacion, hasta quedar sumida en un estado de dolorosa atonía, cien veces más terrible que los más violentos paroxismos de la cólera.

Alfredo entónces se arrodilló á sus piés, besó sus manos con trasporte, le prodigó los nombres más dulces, hasta que por fin consiguió ver brillar nuevamente la sonrisa en los lábios de su amada.

—Escucha, prorumpió ésta mirándole fijamente. Yo no creo que pueda haber en el mundo un hombre bastante miserable para no amar toda su vida á una mujer que como yo ha sacrificado á su amante cuanto hay en la tierra y cuanto espera en el cielo. Voy á contarte la historia de nuestros amores, porque algunas veces, añadió con amarga sonrisa, creo que debes haberla olvidado. No me interrumpas, continuó tapando con su pálida mano la boca de Alfredo, porque seria inútil. Quiero tambien contarme á mí misma esa terrible historia, porque hay momentos en que creo que todo lo pasado ha sido imaginado en una horrorosa pesadilla.

Yo vivia en este castillo con mi esposo, casi un viejo, aunque sus cabellos eran negros y sus sentimientos tenían el



calor y la fuerza de la edad de las pasiones. Le amaba como á un padre, y él tenia la delicadeza de no exigir de mí otra clase de cariño. Era feliz con mis pájaros, con mis flores y con el discreto amor del hombre que habia recogido á la pobre huérfana dándola su mano como medio de poder legarla su inmensa fortuna despues de su muerte.

Una tarde de verano en que tomaba el fresco en una de las ventanas del castillo, sosteniendo á mi esposo, aún convaleciente de una larga enfermedad, vimos llegar por la escarpada senda que hasta aquí conduce á un viajero que se detuvo á nuestras puertas manifestando deseos de hablar á los dueños del castillo. Fué introducido inmediatamente á nuestra presencia, y entónces pude ver que el viajero era jóven y hermoso como ningun hombre de los que hasta entónces habia visto. Las mujeres de mi país entregan su corazon desde el primer momento ó no lo entregan jamás. Yo me constituí en esclava de aquel hombre apenas se cruzaron nuestras primeras miradas. Los latidos de mi corazon me anunciaron esta terrible nueva: ¡tu señor ha llegado!

El viajero era un pintor francés que deseaba, segun nos dijo, tomar algunas perspectivas del país desde las azoteas del castillo. Mi marido le ofreció la más franca y completa hospitalidad. El viajero aceptó, y desde entónces hizo vida comun con nosotros. El señor de Aversino llegó á tomar cariño á su huésped, cuya jovialidad distraia sus dolores. En cuanto á su esposa, á los ocho dias era la manceba del recién llegado. Entregó su honor sin vacilaciones, como ántes habia entregado su alma.

Un dia—continuó bajando la voz—un dia, la esposa infiel administró un caldo envenenado al hombre á quien todo lo debia, absolutamente todo. Al dia siguiente espiró bendiciendo á la que le habia matado. Su última sonrisa, sonrisa de paz y amor, fué para ella.

El amante nada sabia. Ella lo habia hecho todo... Quería ser libre, porque amaba á aquel hombre más que á su alma, condenada por toda una eternidad.

Ese hombre sois vos, Alfredo de Duras. Por vos tiene siempre ante sus ojos la dulce sonrisa de su esposo moribundo;



sonrisa terrible que amarga mi sueño y que acabará por matarme.

Lucía se detuvo. El jóven palideció: quiso murmurar una respuesta, pero sólo alcanzó á articular algunas palabras incoherentes. Al fin, por un esfuerzo sobrehumano, logró dominarse, y entónces pudo replicar con voz sombría:

—Yo tambien te amo, Lucía. Por tí abandoné mi patria, la gloria, el arte, mis viejos padres que tanto me aman, la estimacion de mí mismo y el reposo de una conciencia tranquila. Sí: yo me hago solidario de tu crimen, que no he aconsejado; yo arrostraré con firmeza su responsabilidad ante los hombres y ante Dios.

—¡Cuánto bien me hacen tus palabras! Háblame de tu amor, Alfredo mio; dime que no me desprecias; dime que si te es imposible amarme como yo te amo, al ménos no te enojan mis caricias. Júrame que me amarás siempre, y escudada con el talisman de tu amor, nada temeré, de nadie tendré envidia, ni siquiera de los ángeles del cielo. Mañana iré á postrarme á los piés de San Tigelino. No le pediré el perdón de mi crimen. ¿Para qué? Sólo le pediré que me ames siempre... siempre... siempre...

—Desecha ese insensato proyecto, repuso vivamente Alfredo. Las murmuraciones de los aldeanos no tendrán fin cuando te vean suplicar al patrono de las mujeres arrepentidas. Créeme... No vayas mañana á San Tigelino. Tengo no sé qué vago presentimiento de una terrible catástrofe.

—¡Imposible! Iré. Lo he prometido. San Tigelino tendrá piedad de mis tormentos. Déjame sola, Alfredo mio; necesito preparar mi espíritu para las oraciones de mañana.

Resonó un beso, y todo volvió á quedar en silencio.

#### IV.

\* Son las ocho de la noche del dia 14 de Julio de 1737.

La iglesia de San Tigelino se encuentra enteramente llena de devotos.

Las solemnes vibraciones del órgano resuenan con imponente armonía en las bóvedas del templo.



El velo que cubre el altar mayor se descorre lentamente y el milagroso cuerpo de San Tigelino aparece súbitamente ante los ojos de la multitud tendido en un riquísimo féretro, y débilmente iluminado por una lámpara pendiente de la cúpula.

Una mujer enlutada se abre paso por entre la turba, y se acerca lentamente hasta el atahud. Sus rodillas se doblan, un suspiro se escapa de su pecho, y al apartar su velo aparece el rostro de Lucía, en el que brillan dos gruesas lágrimas. Sus labios se posan temblorosos sobre la mano del cadáver, y sus ojos, como atraídos por el abismo, se fijan en el rostro del santo.

La luz se proyectaba sobre aquella cabeza y hacia resaltar los descoloridos labios sobre los cuales aún vagaba una sonrisa de celeste dulzura.

De repente Lucía cayó al suelo como un árbol derribado por el huracán.

—¡Él! murmuró al caer con voz apagada.

Un sacerdote acudió á levantarla.

Lucía estaba muerta.

La luz de la lámpara siguió proyectándose en el rostro del muerto é iluminando aquella sonrisa de ultra-tumba.

JESÚS MURUAIS



---

## NORUEGA.

---

EL PINTOR NORUEGO-ALEMAN ADOLFO FIDEMAND.

¡Noruega! ¡Virgen de la Europa, que resides apartada y sola en el altísimo Norte! He visto el poder tan grandioso, tan severo de tu naturaleza sin igual, aquella misma naturaleza cuyos austeros acentos suenan por la Edda y las Sagas, por los antiguos cantos épicos, por las canciones populares y por las poesías de los vates del Norte. He visto las cumbres magestuosas de los montes nevados; he oído el rumor atrevido y atronador de tus cascadas; me he perdido en los misterios de los bosques vírgenes, de tus bancos de hielo más elevados, que parecen, cual diadema brillante, coronar la frente de la montaña, y en los encantos de los lagos negros, aquellos golfos, aquellos lagos que han de llevarlo todo: los cortejos nupciales como los cortejos fúnebres, y que siendo los amigos indispensables de los ribereños, los conducen así á las fiestas como al trabajo: les prestan pan, pero les privan á veces de vidas queridas; sonrien en los rayos del sol, pero rabian tambien en el trueno de los Andes. Tú no has abierto todavía tu seno, como la Suiza, á las inmensas caravanas de la Europa y del mundo; tus vías pintorescas las reservaste aún para el caballo y para aquel vehículo extraño que se llama *carriola*, y que llamaré yo el ave ligera, el rayo de las montañas; y tienes lagos misteriosos, por los cuales surcan sólo barcas. Escasos son los afortunados que hayan hecho la ascension á tu Gausta y tu Snehatta, mientras el Pilatos y el Rigi se han puesto en Lucerna al alcance de todo el mundo, y el Oberland se recorre ya como los boulevares de París.



Tus hijos respetan aún la altiva magestad del bosque: el oso, que, según ellos dicen, tiene la fuerza de doce hombres y la mente de diez. No tienes por huéspedes á alados trovadores; no te alegra el ruiseñor con su dulce gorgceo; pero en cambio ves cruzar el firmamento al águila, la única en su especie que se atreve á tender sus alas hácia el sol y mirarle cara á cara, y estás llena de sublimes melodías para el oído de un artista. ¡Qué de paisajes tan vários nos presentas desde la naturaleza casi meridional del amenísimo valle de Cristiania hasta los desiertos de Hardangevidda; desde los campos feraces que rodean el Mjosen hasta los escarpados de Tunfjelde; desde una tierra de Titanes hasta un ángulo del paraíso terrestre; desde las altas rocas que encierran las verdes olas del Hardangerfjordo hasta las lenguas de tierra que se encuentran al pié de las rocas formando encantados oasis; desde los rayos de las cascadas, el Skjaggedalsfoss, el Rjukanfoss, el Voringfoss y el Tvindefoss, hasta los Tyssestrengene, estas dos cascadas hermanas, que, en su caída, se encuentran breves instantes suspendidas en el aire, para unirse después, formando una sola columna de espuma brillante, y desde el Gudbrandsdal hasta el Romsdal, que, según dicen los mismos noruegos, es, en comparación con los otros valles, lo que es el sol comparado con las estrellas, y que tiene tantas cascadas como estrellas la vía láctea! Todo en tí es grandioso, desmesurado, colosal: los torrentes son ríos, las cascadas son cataratas, y desde tus montes, los pasmados ojos vagan sobre las alturas como si vieses el mismo cielo. ¿En qué parte de la tierra es el comercio del hombre con la naturaleza más íntimo que en tus Alpes, donde en el verano todos viven juntos, abandonando el valle y dejando la llave de la casa bajo el umbral? ¿Qué alegría puede compararse entónces á la de los animales que disfrutan de las yerbas olorosas, después de haberse alimentado durante el invierno sólo de musgo y pinochas? ¿Dónde hay noches tan lúcidas, que, comparadas con el día, son lo que la perla es comparada con el diamante, teniendo ménos esplendor y más encanto? ¿Dónde se vé un brío semejante al de los noruegos cuando en el invierno pasan por las montañas.



usando aquellas abarcas con que, no diré que van, sino que vuelan sobre la nieve?

¡Noruega! Germanos son tus habitantes, germanos por su figura, por sus costumbres, por su fuerza profunda, por su sentimiento entrañable, y por su carácter altivo, han merecido el envidiable título de *castellanos del Norte*, de modo que entre los noruegos me creía á veces como en medio de los compatriotas del Cid. Y á corta distancia de la ciudad de Bergen, en Lyso, isla rica de grandes pinos, una sala de la casa de campo del célebre violinista Ole Bull, vestida con un traje de gloria y magnificencia, me recordaba hasta el estilo de la Alhambra, aquel hermoso sueño de Oriente, aquella maravilla española, aquella joya, aquel monumento histórico que es á la vez fortaleza, palacio, parque y monton de escombros artísticos, y de que dice la propia inscripcion de sus muros como justo desahogo de una conciencia artística satisfecha: «En estas mansiones se presentan tantas amenidades á la vista, que cautivan la mirada y suspenden la inteligencia. Las artes han contribuido á embellecerme, y me han dado su esplendor y sus perfecciones. He reunido toda clase de bellezas en tan alto grado, que de mí quisieran tomarla las estrellas en su alta esfera.»

¡Noruega! Aunque no se les ocurrirá á los poetas que entre las ondas de tus cataratas pueden habitar tiernas ninfas ni delicadas musas; y aunque en tus cascadas y entre tus bosques los vates griegos y del Lácio no hubieran colocado sus Céfiros y Fáunos, sus Sílfides y Ondinas, sus Sirenas y Nereidas, á Danae visitada por Júpiter trasformado en lluvia de oro, y á Juno, precedida de la ninfa Iris, concibiendo á Marte al contacto de una flor, te llamaré una Arcadia bella por la sencillez, la honradez y la piedad de tus hijos entre los cuales el hurto está desconocido, y tienen tal aficion á los perfumes y las flores que detrás de cada ventana se ven los encantos de rosas gentiles y gallardos claveles. He observado á tus hijos en la grandiosidad de tu naturaleza y en la tranquilidad del hogar, donde habitan el pio deber y la casta pureza, demostrándome la mirada pensativa y la sonrisa soñadora de la doncella que hasta en las solitarias montañas



el dios arquero puede herir los corazones. He oído al pastorcillo en la cumbre del monte evocando con sus breves manos monótonos acentos del caramillo, mientras su compañera infantil, ángel sin alas bello, la niña de los blondos cabellos, la de la tez de rosa, hace media y suenan las esquilas del ganado. He visto la encantadora y púdica novia noruega llevando una corona de oro, como si fuese una princesa: su alma era búcaro que encierra primaverales rosas; en su límpida mirada llena de dulzura había un mundo de sensibilidad y de amor, y su espesa y rubia cabellera era tan copiosa que parecía fatigar con su peso su cuello de cisne y su frente de nácar. He visto el altivo novio noruego contemplando con gozo la que había saludado veinte veces los renuevos de la primavera, la que es alma de su vida, luz hermosa de su alma, única flor que perfuma su existencia, y aquel cortejo nupcial pasaba por el camposanto, como si quisiera decir: «Soy símbolo de la fresca y lozana vida; la existencia sobrevive á la muerte.»

¡Noruega! ¡cuánto amo á tus hijos, cuánto amo tus fiestas, sobre todo la de Dul, esta fiesta verdaderamente nacional consagrada á la Noche-Buena, pero que dura trece días, reuniéndolos á todos en torno de la mesa, el anciano grave ó más bien austero de cabellos blancos como la nieve que cubre casi todo el año las elevadas crestas de los Alpes, los padres, los niños, los criados y los extraños! Todo ha de gozar de la cerveza de Dul, y hasta los pájaros del cielo han de participar de la alegría en la tierra; por eso cerca de los trojes erigen perchas con espigas, para que las cojan las aves.

¡Noruega! ¡cuánto amo á tus prestes, cuya vida es vida de abnegacion, y que en los nebulosos días de otoño y en los hielos del nevado invierno tantas veces exponen su existencia para llegar á su parroquia, para cumplir su sagrada mision, para predicar en la iglesia, para derramar el bálsamo del consuelo sobre un moribundo!

Si es cierto que algunos espíritus privilegiados, desembarazados de las pesadas ligaduras de la materia, se adelantan al comun de los mortales y tienen comunicacion con los espíritus divinos, será indudablemente en el Nordland, que tiene un sol rutilante días y noches durante tres meses con-



tinuos y despues una noche terrible que dura nueve meses. Aquel sol cuyos besos son tanto más ardientes cuanto que sabe cuán larga ha de ser su ausencia, imprime al carácter de los habitantes no sé qué dulzura, y en aquellas noches tan largas su fantasía colosal, como la naturaleza que los rodea, crea gigantes de las montañas y mónstruos de los mares.

¡Noruega! me he sumergido con entusiasmo en las tradiciones de tu Haraldo Haarfager, de tu rey tan caballeresco como cristiano Olaf Fryggvason, de tu San Olaf, de tu rey Sverre y de tu héroe Fordenskiold. He visto en Ringerike, reino de tu rey Ring, el túmulo de uno de tus viejos reyes, Halfdan Svarle (Halfdan el Negro), padre de Haraldo Haarfager, y en Gadbrandsdal, en el pueblecito de Kringen, á las orillas del Glommen, he visto el monumento de tus valientes y patrióticos aldeanos que en 1612 se precipitaron cual alanos sobre los invasores escoceses capitaneados por el coronel Sinclair, esparciendo sus miembros por la tierra. En el teatro de aquella hazaña, en el Gadbrandsdal, ufano con su gloria, en aquel valle donde Céfiro alegre cantaba la victoria, he visto una familia de campesinos residente en Bjolstad que se cree descendiente de reyes, que dió hospitalidad á dos soberanos, Cárlos Juan XIV y Oscar I, y que desdeña contraer matrimonio con otras familias, así como la altanera águila blanca de Dovrefjeldo (Noruega), última de su raza, preferia morir solitaria en su roca á unirse con una águila morena de raza inferior á la suya. He visto tambien el *Miramar* de Cristianía, el lindísimo castillo de Oscarshall, situado en la pintoresca península Ladegaardsoen; en esa perla que nada en el mar, la vista abarcaba todo el fjordoy y descubria en lontananza el pico de Gausta, y en Bergen, la ciudad de Olaf Lyrre, el emporio del Norte, la ciudad del despacho hanseático, la patria del poeta Luis Holberg, del lírico Welhaven, del pintor Dale y del violinista Ole Bull, en aquella poblacion donde, segun dicen, los niños nacen con paraguas para defenderse contra las lluvias propias de la ciudad. He visto la famosa pescadería con sus pescados, tanto más fle-máticos, cuanto las criadas que se inclinan hácia la baran-



da que las separa de la barca donde se encuentran los pescadores y las frutas del mar, hablan, gritan y gesticulan más.

¡Noruega! ¿quién no saludaría tus hospitalarios moradores con simpatía, y quién se despediría de ellos sin un suspiro? ¿Quién no se entusiasmaría con las poesías del ilustrado Juan Sebastian Welhaven y del patriota Enrique Wergeland, con los dramas nacionales de Enrique Sbsen, con las comedias de Bjornsljerne Bjornson, con los cuentos de Pedro Cristian Asbjornsen y de Jorge Moe? ¡Noruega! cristianos son tus hijos; hasta en las camas en que duermen léense versos bíblicos, y de su cristianismo habla también la célebre catedral de Frondjem, ciudad de Olaf Jryggvason y de San Olaf, y aquellas iglesias de madera llamadas Stavekirben, aunque éstas se parecen más á pagodas indias que á templos cristianos. Pero en tus desiertos viven aún los viejos dioses germánicos Odin y Thor, en la memoria de tus escaldas vive todavía el recuerdo de las áureas salas de la Walhalla donde Odin se hace el anfitrión de los héroes, y se me figura oír aún voces desde la profundidad de los valles y desde el rumor de los torrentes clamando: ¡*Walhalla, Walhalla!*

¡Noruega! yo te he visto gozándote con la gloria de uno de tus hijos más célebres, el pintor *Adolfo Tidemand*, y ahora, desde las torres de la iglesia de Oslo, la más vieja de Cristianía, resuenan las campanas fúnebres cuyos acentos acompañan á la mansión de la muerte al gran hijo de Escandinavia, que como el que más, fué pintor de su pueblo, perpetuando en la memoria las costumbres de sus paisanos, su vida, sus figuras, los hijos de los hombres, de las mujeres y de los niños escandinavos, antes de que el tiempo haya pasado con su faz prosáica sobre los montes de Noruega, haciendo nacer bajo sus plantas otras figuras y otras costumbres. Morir en el zenit de la gloria es una muerte bienaventurada para cada artista y morir en los brazos del amor es el último consuelo para cada mortal. *Adolfo Tidemand* alcanzó un dulce término de la vida en la noche del 24 al 25 de Agosto de 1876 en Cristianía en los brazos de los suyos y en la aureola de la gloria. Sobre la tumba que encierra sus restos, las lágrimas del agradecimiento y del afecto reverdecen



constantemente las flores que guardarán su memoria entre los que lo vieron abrazar con el ardor de su fé el arte y honrar por sus producciones á su patria. La losa que cubre su féretro levántase al aura de su posteridad. Para quien ha trabajado como él al frio de la muerte no sigue el frio del olvido: quedarán por recuerdo indeleble sus obras y sus hechos de hermosa humanidad. Y si el honor del trabajo es laurel que no se seca sobre el sepulcro del hombre laborioso, ha de ser iumortal *Adolfo Fidemand*, cuya hábil paleta dibujó los tipos noruegos y que con mano pródiga derramó desde el Rhin, la patria de su arte, sobre los lejanos montes de Escandinavia, el pais de su nacimiento, las semillas de oro de la cultura. Y por haber tenido dos patrias, vivirá tambien en dos *Walhallas*, en la de Noruega y en la de Alemania.

El nombre de *Fidemand* le oí á cada paso al recorrer la Noruega, le oí pronunciar por todos, así los ricos como los pobres, con el mismo orgullo, con entusiasmo igual, como el más genuino de los noruegos, como el más inspirado de los artistas que ejercia el influjo más benéfico tambien sobre las otras artes, la poesía y la música, y como el más modesto y el más noble de los hombres. ¿Qué mucho si al saber su muerte en el momento mismo en que abandonaba la Noruega hé llorado yo como lloran los noruegos por el que impulsado por su entusiasmo pátrio, creaba obras peregrinas, por aquel á quien el castillo de Oscarshall debe un precioso ramillete de diez composiciones, que bien pueden llamarse las bien matizadas flores de aquel rico tejido de inspiracion y talento?

Dos personajes célebres visitaron en el año presente á su pátria, la Escandinavia: *Cristina Nilson*, la reina de la escena lírica, para producir un entusiasmo frenético por su aparicion en las tablas de su país natal, y *Adolfo Fidemand* para despertar un llanto universal, porque su sol en el ocaso acababa para siempre su jornada.

*¡Adolfo Fidemand!* ¡Qué vida tan grande, tan pura, tan noble, de artista y de hombre se ha apagado con tu muerte! ¡Tú, que colocaste siempre tu persona en el fondo, déjame



á mí, tu vecino, tu admirador y quien como tú tiene dos pátrias, en el momento fatal en que la parca acaba de cortar tu vida laboriosa y patriótica, colocarte como lo mereces, en el esplendor de la gloria, consagrando á tí, modelo de los artistas, el primer artículo que he escrito en cumplimiento de mi deber como correspondiente de la Academia de las tres nobles artes de San Fernando! ¡Génio de la pintura de hoy, génio engrandecido desde que duermes el sueño de la muerte bajo la sombra solitaria de fúnebres cipreses, déjame presentar tu imágen á la nacion en que el arte sin igual de la pintura empezó á florecer potente con los Alonso Berruguete, los Becerra, los Juan de Juanes y los Ribalta, para llegar á su apogeo en el pintor coloso de la España, Velazquez, el pintor de lo verdadero, el pintor del *Cuadro de las lanzas* y *Las hilanderas*, y en el pintor de lo sagrado, el inmortal Murillo! ¡Tú que en los corazones todos de los que te conocieron te has conquistado una perpétua memoria de cariño y una aureola de inmortal admiracion, déjame presentarte á la nacion del divino Morales y de Zurbarán, á la nacion de Alonso Cano, el Miguel Angel español, que sirviéndose lo mismo del cincel que de la paleta, pintaba y decoraba sus preciosos retablos, al pueblo de los Goya, á la nacion de los Rosales y Fortuny, cuyo esfuerzo potente prueba que el arte de la pintura no murió entre ellos con la última pincelada de Murillo!

*Adolfo Fidemand* nació en Mandal, plaza situada en la costa occidental de Noruega, el 14 de Agosto de 1814, aquel año memorable en que nació la Constitucion de Noruega segun el modelo de la española de 1812. Su padre, empleado en la aduana, era severo, religioso y concienzudo como los hombres del Norte, mientras la que le dió el sér, flor peregrina cuyo cáliz celestial guardaba su porvenir, brillaba alegre como el alba soberana. Ella en cuyo regazo de flores aprendia á balbucear las primeras palabras, cultivó el huerto de su jóven corazon derramando sobre él la simiente de religion y de amor. *Cree, ama y espera*, fué el primer precepto que hirieron sus oidos, brotando de aquellos dulces y cristalinos lábios. Con aquel don de adivinacion de que las madres



se hallan poseidas, vió ella á la gloria, acariciar con sus alas la frente del niño, cuando éste con su cuchillo formaba de las raíces firmes del pino, figuras graciosas representando vacas. Indudablemente bajo la direccion de un Thorwaldsen, el jóven Adolfo se hubiera hecho tan eminente estatuario como se hizo gran pintor. La mano que sabia vestir con formas tan bellas las figuras de los animales, no era ménos diestra en dibujar, y cualquiera que haya visto sus trabajos, encomiará al niño cual maravilla, y se asociará á las esperanzas y bendiciones con que sus padres en 1830 le acompañaron á Copenhague, donde entró como discípulo de la academia de Bellas Artes. Allí trató de imitar al ingenioso pintor francés David, modelo é ídolo de la juventud de entónces, pero buscando con el alma la pátria de las artes, no la encontró sino en las orillas del Rhin, en Düsseldorf, donde Guillermo de Schadow, en union de una falange selecta de jóvenes artistas, habia fundado una nueva escuela del arte.

Su anhelo hácia lo bello le llevó en el otoño de 1837 á la metrópoli rhiniana, y allí se desarrolló su talento de un modo sorprendente. Como discípulo de Teodoro Hildebrandt y despues de Guillermo de Schadow conquistó los lauros del porvenir y subió de escala en escala, pues desde entónces no habia para él dificultad ninguna, hasta que la muerte le cerró el reino de los colores y el mundo de las formas, entorpeciendo la mano que habia creado tantos cuadros inmortales. Su lienzo histórico *Gustavo Wasa en la iglesia de Mora* (Dalecarlia), que pintaba en 1841, le valió ya toda una reputacion, pero á él no le satisfacía aún su pintura, no hallaba en ella el ideal que habia entrevisto cuando hablaba la inspiracion, cuando hablaba el génio, cuando sentia arder en su frente algo divino que lo elevaba á la hermosa region de los ensueños.

Despues de haber alcanzado por aquella obra carta de naturaleza en la Alemania artista, trató de ensanchar sus estudios conociendo tambien las preferencias de las otras academias germánicas, y sobre todo la de Munich, que se gloriaba de la direccion del sin igual Cornelius. A la sombra de aquel maestro, que le atraia con el clarin de su fama,



practicaba sus inspirados ensayos en la pintura histórica. Por desgracia, su organismo delicado no sufrió el aire rudo de las montañas que se respira en la capital de Baviera, esa nueva Atenas de la Europa, y de la grave enfermedad en que habia caído no se restableció sino en el bendito país del sol, en el Eden de aromas, en el cielo sereno de Italia. ¡Cuántas sensaciones experimentó allí el artista! Rodeado de tantos enigmas en el arte y en la naturaleza cuya solución le parecia imposible, empezó á dudar de su propio poder creador, pero concluyó encontrando la solución que calmaba la tempestad en su pecho, concluyó hallando la dirección que habia de seguir: apartando la cansada vista de las grandes é inaccesibles concepciones del arte, vió de repente las figuras y trajes de los aldeanos itálicos que pintores entusiastas fijaban en sus lienzos, y conoció que á él le ofrecia asimismo pintoresco para cuadros innumerables el pueblo de su patria. Y pintarle en cada situación, en sus alegrías y pesares, en todos los detalles de su existencia y de sus ocupaciones, le parecia la misión de su vida.

Lo que por sus preciosas novelas de costumbres es Fernan Caballero para Andalucía y Antonio de Trueba para Vasconia, lo mismo es *Adolfo Fidemand* por su inspirado y vivo pincel para Noruega.

Desde Italia volvió el pintor noruego al hogar de sus padres, y despues visitó los más apartados valles de Noruega, que convertia en taller y estudio. Vió con los ojos del artista las solitarias chozas de los pastores y de los labradores, encontrando por do quiera los ricos tesoros que anhelaba. Que encontró mucho, lo demuestra la pléyade de cuadros que por espacio de treinta años salieron de su estudio, en Düsseldorf á donde volvió en 1846 y donde en 1849 fijó para siempre su residencia.

Esos cuadros que representaban escenas de familias noruegas eran verdaderamente cual nueva vida de un nuevo mundo. ¡Qué poesía tan singular! ¡Qué gracia tan encantadora unida á una severidad elegiaca! ¡Qué compostura tan noble! ¡Qué verdad del sentimiento, qué representación tan viva, qué individualización tan magistral, unida á la belleza del color! Libres



de contrastes refinados, los lienzos de Fidemand hacen el efecto sencillo de la naturaleza. Si en algunas de sus composiciones predomina el sentimentalismo religioso, hemos de encomiar en todas una sana contemplación. Los labradores de su país los pinta en su fuerza ingénuo, no con adornos académicos.

El que llamaré artista noruego-alemán, porque siendo natural de la Noruega, debió su formación artística á Alemania, reunió en torno de sí en Düsseldorf un círculo brillante de artistas noruegos, entre los cuales se encuentran los distinguidos pintores Fagerlin, Nordenberg, Dernberg y Lorse. El que hoy es una celebridad alemana, Huberto Salentin, que desde el gremio de los herreros entró en el de los pintores, reveló desde sus primeras producciones una feliz trasmigración del talento de *Fidemand*.

Este conquistó la envidiable reputación que disfruta como uno de los mejores artistas europeos por su famoso *Oficio divino de los Haugianos* en que retrataba aquella secta noruega que no se contenta con el oficio divino de la Iglesia, sino que se reúne los domingos por la tarde en una cabaña ennegrecida por el humo, donde puede hablar cualquiera que se sienta inspirado. Véase un aldeano que desde la silla pronuncia un discurso entusiasta ante los que le oyen llenos de devoción. Así como en el rostro de los árabes del desierto, muéstrase grabada la tranquilidad yerma de la inmensa arena ardiente de su patria, las frentes de aquellos sectarios noruegos, inflexibles y tercos en sus creencias, ostentan la fuerza ruda de las regiones polares, la firmeza inquebrantable de las patrias montañas de granito. La composición de *Fidemand* es un adorno de las galerías de pinturas de Düsseldorf. La debió repetir dos veces, una para la galería nacional de Cristianía, otra para un particular residente en Inglaterra. Ella le valió en Noruega la cruz de San Olaf, la gran medalla de oro en Berlin, y en 1855 en París, con motivo de la Exposición, la gran medalla de oro también y además la cruz de la Legión de Honor.

Después de haber llevado á cabo *Los Haugianos*, visitó otra vez á su patria acompañado de su amigo y paisano *Hans*



*Gude*, de quien hizo más adelante el colaborador de algunas de sus composiciones, pintando éste los paisajes y él mismo las figuras. Parece imposible alcanzar mayor armonía, mayor consonancia artística que la que se encuentra en los lienzos que pintaron juntos los dos maestros, disputándose la palma. El primer fruto de esta union tan benéfica para el arte fué *El cortejo nupcial en el Hardungerfjordo*. Siguiéron otras obras magistrales, entre las cuales mencionaremos *El entierro en el Sognefjordo*, que es una joya más del tesoro de producciones de ámbos artistas, así como *La pesca nocturna*.

En el otoño de 1849 regresó *Fidemand* á Düsseldorf; pero ya no sólo, sino acompañado del ángel tutelar de su vida, su jóven y amable esposa, cuyo corazon habia conquistado por su arte y por la nobleza de su carácter. Como regalo de boda recibió el jóven matrimonio el encargo del rey Oscar I de pintar un cielo de diez cuadros para el comedor del palacio *Oscarshall*, cerca de Cristianía, que es para los reyes de Noruega y Suecia, lo que para los reyes de Granada fué el *Generalife*, aquella mansion del placer y la ventura á que sirven de alfombra jardines que embargan los sentidos con sus cuadros de arrayan matizados de flores.

Yo he visto con entusiasmo y con lágrimas en los ojos aquellas composiciones tiernísimas de *Oscarshall*, sacadas de la vida de un pueblo cándido, emanadas del manantial de un puro corazon de artista y terminadas bajo el influjo del amor y del agradecimiento. ¿Quién enumeraria todos las producciones de *Fidemand* que desde Düsseldorf salieron al mundo y en que los asuntos más graciosos alternan con grandiosas composiciones dramáticas? Como corona de estas señalará *Un duelo en el dia de boda*, y es tan poderoso el sentimiento que en él ha sabido imprimir, que sin querer brotan lágrimas. Admirable por su belleza característica y severidad moral es su *Eucaristía en casa del labrador*. Contemplar esta pintura es reconocer hasta la evidencia y fuera de toda duda que existen aún pintores que no han vendido su alma al materialismo, y que por lo tanto, pueden aún deleitar y conmover al mundo con cuadros impregnados de las santas ideas de la religion del Gólgota. Mientras que en sus otros cuadros *Fi-*



*demand* representaba la verdadera religiosidad, el culto puro, pintó en sus *Fanáticos* los extravíos y extravagancias de los celadores. Para los altares de Cristianía y de Drammen pintó *El Baustismo del Señor* y *La Resurreccion*, mezclando algo santo con los colores de su paleta, y con Morten Müller compartió los lauros de la obra *El desembarque del coronel Sinclair en Romsdalen*.

Quien pudiera contemplar el cuadro monumental que le tenia ocupado en el postrer año de su vida, *La fundacion de Cristianía por Cristiano IV*, que debia adornar el nuevo ayuntamiento de la capital de Noruega, no veria sino el último saludo de un finado. El que hace dos años habia apurado el cáliz de irreparable pérdida por la muerte de su único hijo, salió en el verano de 1876 acompañado de su amante esposa para sus montañas patrias con objeto de ganar en ellas nuevas fuerzas. No las halló, pero sí la paz de los que mueren en el Señor. La alcanzó en los lejanos hogares donde sonrieron las auroras de su vida, la alcanzó en la tierra bendita donde vió la luz y donde reposan las cenizas de sus padres.

*¡Tengo paz!* esas fueron sus últimas palabras conmovedoras que desde Cristianía suenan allende el mar penetrando hasta los alemanes que le aprecian como á un maestro y le aman como á un hermano. Dos naciones, la noruega y la alemana, grabarán con letras de oro en su memoria el nombre de *Adolfo Fidemand*, dejándonos en la duda de si el gran pintor honraba más á Noruega ó á la escuela de Düsseldorf.

Colonia, 25 de Octubre de 1876.

JUAN FASTENRATH.





---

## ADELANTOS DE LA ASTRONOMÍA.

---

Uno de los descubrimientos de los tiempos modernos que más se prestan á reflexiones, es que la existencia de nuestra raza depende de un equilibrio entre fuerzas violentas contrarias, de cuya continuacion no nos dá seguridad la ciencia. Cosa evidente debe de haber sido para los observadores profundos de todos los tiempos, que las condiciones de las cuales depende nuestra civilizacion dependen á su vez de la temperatura terrestre y no podrian conservarse si hubiera un cambio grande y repentino en dicha temperatura. Que la temperatura de la tierra depende enteramente de la radiacion solar, y puede elevarse ó descender dentro de ciertos límites por cambios en aquella radiacion, es una proposicion que en ningun tiempo pudo exigir grandes pruebas y que todas las investigaciones referentes al calor han venido á confirmar. Como consecuencia de estas proposiciones, se necesita solamente un cambio pequeño en la cantidad de calor recibida del sol, para producir los cambios más importantes en los medios de nuestro sostenimiento y hasta para destruirlos por completo. Con todo, no se ha fijado nunca mucho la atencion en este asunto, porque no solamente han parecido inescrutables las causas de que el calor del sol depende, sino que jamás ha sugerido ninguna ocurrencia natural la posibilidad de cambio alguno en su cantidad. Contamos con la perpétua invariabilidad de aquello que vemos permanecer constante de edad en edad, con la misma confianza ciega con que descansamos en la estabilidad de la misma tierra. A falta de un exacto conocimiento de la constitucion física del sol, nada



hay que no sea filosófico en esta confianza, supuesto que la larga duracion sin cambio manifiesta una de las mejores pruebas de estabilidad, tan buena en verdad, que á ménos que miremos al porvenir mucho más allá que adonde nuestros intereses llegan comunmente, no puede ser destruida por ningun conocimiento del sol que la generacion presente pueda tener esperanzas de adquirir. Pero las ámplias generalizaciones de la astronomía moderna inducen á la conclusion de que nuestra confianza debe de tener un límite, áun cuando éste no puede determinarse. Tenemos razones de sobra para creer que la constitucion física de los millares de estrellas que esmaltan nuestro cielo es la misma que la de nuestro sol, y sabemos que algunas de ellas están sujetas á variaciones de luz tan grandes, que si ocurrieran otras semejantes en nuestro sol, producirian las más graves consecuencias en el bienestar de la humanidad. Verdad es, que el número de las que varían es sólo una pequeña parte de las que se conocen; pero por otra parte, el período durante el cual se han hecho cálculos exactos de la radiacion estelar es tan pequeño, que no podemos decir cuántas estrellas pueden encontrarse en el curso de un siglo sujetas á variaciones lentas é irregulares. Como cosa corriente, sabemos que los cálculos de las magnitudes relativas de las estrellas hechos un siglo ó dos hace, están en muchos casos en extraño desacuerdo con las magnitudes actuales; y mientras que la tendencia general de los astrónomos es atribuir estas discordancias á la falibilidad de las observaciones antiguas, la hipótesis del cambio no puede ser enteramentê desatendida.

La analogía de nuestro sol con las estrellas fijas y la posibilidad de que en algun tiempo remoto esté sometido á grandes cambios, reviste á la cuestion de su constitucion con peculiar interés. No es, por tanto, maravilloso que la ciencia de la física solar (si puede considerarse que esto es ciencia), aunque desarrollada únicamente en los últimos veinte años, casi podríamos decir en los últimos diez años, ocupe un lugar prominente entre los puntos de la investigacion astronómica de los dias presentes. El instrumento más importante de esta investigacion es necesariamente el espectroscopio. La inmensa



distancia á que el sol está situado hace que sea todo rasgo invisible para el telescopio, á ménos que éste extienda cientos de millas en ancho y alto. Se agrava la dificultad por la circunstancia de que los rayos del sol producen siempre ondulaciones en la atmósfera, que impiden que sea estudiado aquel objeto con grandes poderes telescópicos. Pero el espacio no produce cambio en la composicion de la luz que lo atraviesa, y por tanto, el análisis espectral puede aplicarse con igual éxito á una llama que tenga el experimentador en la mano ó á la más distante nebulosa que revele el telescopio. El instrumento en cuestion es el único que puede ayudarnos á formar idea de la constitucion de un cuerpo por un exámen de la luz que del mismo emane. Al mismo tiempo, apenas puede negarse que las funciones al parecer maravillosas del espectroscopio, especialmente su facultad de descubrir los elementos químicos presentes en los cuerpos celestes, han dado lugar á ideas muy exageradas de lo que es realmente capaz de llevar á cabo. El entusiasmo con el cual se mira algunas veces no puede ménos de quedar debilitado por la reflexion, que no puede darnos idea definitiva respecto á la composicion ó naturaleza de un cuerpo sólido ó líquido en cualesquiera circunstancias. Todos esos cuerpos, encendidos hasta el rojo, si no están vaporizados, dan el mismo espectro, ya estén en forma de una gran masa ó masas, ó ya estén divididos en las más insignificantes partículas, como el humo. Si brillan con luz reflejada, el espectro es el del cuerpo de que la luz emana, y el espectroscopio no puede siquiera informarnos de si la luz ha venido directamente de su primer origen ó si ha sufrido inflexiones durante su curso. Sus *revelaciones* quedan enteramente limitadas á cuerpos en el estado gaseoso. Cuando decimos que en el sol se encuentran el hierro y el magnesio, queremos decir únicamente que se encuentran alrededor del sol los vapores de aquellos cuerpos. Aun para esto, no es el problema siempre tan sencillo como se ha supuesto. Los espectros del mismo gas ó vapor á varias temperaturas y presiones, se diferencian tanto que apenas puede reconocerse entre ellos parecido alguno.

En vista de estos hechos, no será sorprendente que estemos



todavía léjos de poder decir lo que es el sol, y cuál es la naturaleza de las operaciones que vemos verificarse en su superficie en escala tan asombrosa. Los hechos observados son al mismo tiempo tan numerosos y fragmentarios y las fuerzas en operacion tan desemejantes de cuanto al rededor nuestro vemos, que es muy difícil hacer un resúmen de nuestro conocimiento actual de la física solar. La dificultad se agrava por la circunstancia de que si intentamos traspasar los desnudos hechos de la observacion, entrándonos en una region que puede con propiedad llamarse la de la ciencia, encontramos un conflicto de opiniones que más nos trae á la memoria las disputas de los antiguos padres teológicos que las generalizaciones de las ciencias modernas. Un exámen crítico de estas diferencias demostraria quizás que los investigadores no siempre se fijan en el principio fundamental sobre el cual tiene que descansar cualquier explicacion realmente científica de los fenómenos físicos celestes; á saber, que tal explicacion siempre debe de estar de acuerdo con las propiedades de la materia y con las leyes de la fuerza que en torno nuestro vemos. Posible es que esté fuera de cuestion una explicacion semejante, porque la materia en los espacios celestes se presente con formas que jamás puede asumir en la tierra. Admitiendo esta posibilidad, debemos, ó abandonar toda tentativa de explicacion, ó formar alguna idea de las formas que á la materia es posible asumir, cuando está por una parte expuesta en los espacios del cielo sin la atmósfera que rodea á todos los objetos en la superficie de la tierra y por otra parte, sujeta á las fuerzas violentas que vemos en operacion en la superficie del sol. Debemos consiguientemente por ahora reducirnos á una breve exposicion de lo que las investigaciones recientes han enseñado que el sol puede ser, más bien que decir confiadamente lo que es.

Todos los que han hecho observaciones con el telescopio desde el tiempo de Galileo hasta ahora, han visto que la superficie visible del sol es una esfera brillante, en cuyo interior le es imposible penetrar á la vista. Verdaderamente podríamos decir que esto lo ha visto toda la humanidad de todas las edades, si no fuese por la posibilidad de que el sol



fuera un disco plano en vez de ser una esfera, posibilidad que fué por primera vez puesta en claro por el descubrimiento telescópico de la rotacion del sol. Y la investigacion moderna ha podido decirnos con asombro poco más sobre la constitucion de esta superficie que es una esfera brillante. Al principio se supuso que el espectroscopio demostraba que no era ciertamente gaseoso, porque daba un espectro continuo; pero esta consecuencia quedó grandemente debilitada por el descubrimiento de Frankland de que los gases podian dar un espectro continuo cuando estaban sometidos á la presion. Por algo que el telescopio ó espectroscopio puede decirnos, puede ser una corteza sólida, casi continua, que rodease el hirviente interior que constantemente está reventando á través de aquella; puede ser de la naturaleza de una inmensa plancha de hielo roto, flotante en un líquido caliente; puede ser una masa de nubes que flote en una atmósfera caliente; puede ser un gas hecho luminoso por la inmensa presion de sus partes más elevadas; ó puede ser algo que todavía no hemos llegado á sospechar siquiera. Es probablemente una combinacion de todas estas cosas. Sea lo que quiera, está en un estado de cambio constante. Si fuera una corteza entera y no sujeta á cambios, pronto radiaria todo su calor y nos dejaria en oscuridad completa.

Uno de los rasgos más notables de la fotósfera el cual puede todavía dar la clave para la verdadera teoría de su constitucion, es la estabilidad de su forma y posicion, que está en tan chocante contraste con lo que está sucediendo por cima y por bajo de él. Por rápidos que sean los cambios que en él se verifiquen, conserva su nivel general con tal constancia, que las observaciones más delicadas no han descubierto nunca una desviacion cierta de la esfericidad perfecta, excepto insignificantes depresiones en la posicion de las manchas oscuras que se encuentran generalmente en su superficie.

Hasta el año de 1868 nada definitivo se supo de lo que podia haber en la parte de fuera de la fotósfera solar. Las solas ocasiones en que podia percibirse alguna cosa, ocurrían durante esos raros momentos en que el brillante cuerpo del sol estaba enteramente oculto por la luna; y entónces se



encontraba que el cuerpo de la última estaba rodeado por dos clases de objetos completamente distintos: la una, una brillante corona irregular en el contorno y que se elevaba hasta la altura del semidiámetro de la luna; la otra, una serie de masas irregulares de llamas de color de rosa, que aunque más brillantes que la corona, eran generalmente tan pequeñas que apenas hubiera podido descubrirlas la simple vista. También se encontró, por una cuidadosa comparación entre un gran número de observaciones de eclipses totales, que una especie de cubierta delgada, roja, inflamada rodeaba al sol entero y era al parecer de la misma naturaleza que las llamas rojas; pero acerca de la naturaleza de esta envoltura nada podía inferirse. La aplicación del espectroscopio por Lockyer y Janssen en 1868 al estudio de los gases y vapores que rodean inmediatamente al sol, abrieron una nueva era en la física solar. Se vió que el sol estaba completamente rodeado por una atmósfera encendida, cuyo principal ingrediente era el hidrógeno, y que en general se elevaba hasta la altura de dos, tres ó cuatro mil millas sobre la fotosfera. Esta era la cubierta roja, de la cual se habían visto señales cerca del principio y fin de los eclipses totales, y que por sugestión de Mr. Lockyer ha sido llamada cromósfera. Se descubrió después que presentaba fenómenos tan pasmosos que pocos se habían aventurado á suponer cosa que pudieran decir que era una explicación completa y satisfactoria de ellos. Una atmósfera que rodea á un globo que atrae, debía, según las leyes admitidas de los gases, conservar su nivel general. Debería suceder así, especialmente si estaban sometidos á una fuerza de gravedad tan inmensa como la que reina en la superficie del sol. Pero en lugar de esto, la encontramos formando masas y columnas de toda figura posible las cuales se elevan algunas veces á una altura de cincuenta mil y hasta cien mil millas. Estas constituyen las llamas de color rosado ó *protuberancias* que se ven en los eclipses totales. Cuando podamos decir á qué fuerza es debida su elevación, habremos resuelto uno de los grandes problemas que el sol presenta. Una explicación los atribuye á erupciones de gas del interior del sol, que rompe á través de la fotosfera.



con una velocidad que llega á cien mil millas por segundo ó más. Algunas de las protuberancias presentan tanto el aspecto de ser producidas por esta causa, que se llaman eruptivas. Es evidente que toda masa de gas así despedida, debe de caer inmediatamente otra vez, á no ser que esté sostenida por alguna fuerza desconocida; una masa lanzada al alto con una velocidad de cien millas por segundo caería de nuevo en veinte minutos. Una protuberancia verdaderamente eruptiva sería simplemente una fuente de hidrógeno. Pero, aunque así puedan explicarse muchos de los fenómenos, no acontece lo mismo con todos ellos, porque algunas veces se ven suspendidas horas enteras á una gran altura masas en forma de nubes, que desafían al parecer las leyes de la gravitación. Posible es que entren en juego fuerzas eléctricas, pero esto es sólo una hipótesis. Todo cuanto al presente podemos decir es que la fuerza que eleva y sostiene las protuberancias es aún desconocida, y que hasta que deje de serlo, nuestro conocimiento sobre la física solar estará en un estado muy poco satisfactorio.

La corona presenta la misma dificultad en una forma más importante. En cada eclipse total de sol, vemos que éste está rodeado por una capa irregular de materia de alguna clase, que se extiende á una distancia mayor que su semidiámetro. Se habla algunas veces de esta corona como de una atmósfera solar; pero diversas consideraciones hacen moralmente cierto que no puede ser tenida propiamente por tal. Una atmósfera, propiamente dicha, consiste en una envoltura ó capa de gas ó vapor, sostenida por su propia elasticidad. Conocidas la elasticidad, la temperatura y la fuerza de gravedad, la densidad de una atmósfera disminuye al ascender conforme á una ley bien determinada. Haciendo cualquier hipótesis razonable con respecto á la temperatura solar, encontraremos que la disminución de densidad del gas más elástico que se conoce, sería muchas veces más rápida que la de la corona actual. Todavía más deberíamos esperar que el contorno de una atmósfera fuese redondo y uniforme, mientras que el de la corona es extremadamente irregular y se aproxima más á ser cuadrado. La prueba más concluyente



es, por tanto, la dada en los tiempos modernos por el paso de dos grandes cometas directamente á través de la corona, sin que en ellos se produjesen efectos sensibles. El primero de estos fué el gran cometa de 1680; el segundo, y el más notable, el de 1843. El último, cuando llegó al punto en que más se acercó al sol, estaba á ménos de cien mil millas encima de su superficie, y atravesó trescientas mil millas de corona, cuando ménos, con una velocidad que llegó como máximum á trescientas cincuenta millas por segundo. Para juzgar el efecto de una atmósfera de la clase más rara sobre un cuerpo que la atraviere con esta velocidad, tenemos sólo que comparar al cometa con una estrella fugaz ó exhalacion ordinaria, que atraviere nuestra atmósfera. A la altura de cuarenta ó cincuenta millas, se hace la última tan rara, que ya no refleja la luz del sol. Sin embargo, á la altura de cien millas es tal su densidad, que quema ó destruye en unos cuantos minutos un meteoro que pase por su medio con velocidad de veinte millas por segundo. El efecto destructor de una atmósfera en un cuerpo semejante, es proporcional al cuadrado de la velocidad, y, por consiguiente, cientos de veces mayor en el caso del cometa que en el del meteoro. Suponiendo que el primero fuera un cuerpo de volatilidad considerable, hubiera sido totalmente volatilizado por una atmósfera demasiado rara para ser visible; mientras que si fuese un cuerpo sólido, tendria que haber perdido una gran parte, tanto de su masa, como de su velocidad. Pero todas las observaciones con él hechas, no demuestran el más insignificante retardo, ni da su aspecto indicacion alguna de influencia tan destructora como lo hubiera sido el paso á través de una atmósfera.

Nos vemos por todo esto forzados á la conclusion, de que la corona tiene que ser una nube de partículas diminutas de materia, en parte vaporizadas por el intenso calor á que están sometidas. Hacen esto probable en alto grado las observaciones de los profesores Harkness y Joung, hechas en Iowa, durante el eclipse total de Agosto de 1869, que despues han sido confirmadas por otros observadores. Se descubrió una línea brillante en la parte verde del espectro, que jamás ha sido de cierto identificada con línea alguna dada por una



sustancia terrestre. El resultado más valioso de este descubrimiento es que la corona no se compone de una confusa mezcla de los elementos que se encuentran en la superficie del sol, sino que es, al ménos en gran parte, alguna sustancia simple y no determinada hasta ahora; quizás una sustancia que no se encuentra absolutamente en la superficie de nuestro planeta. El problema químico de determinar que sustancia es, no es más importante que el mecánico de descubrir qué es lo que la sostiene contra la fuerza de gravedad del sol. Quizás la explicacion más plausible es la que lo atribuye á una multitud irregular de meteoros que se mueven al rededor del sol en su inmediata vecindad y acaso continúa con la luz zodiacal. Pero aún esta explicacion está rodeada de dificultades que seria prolijo enumerar; y lo más lógico es suspender todo intento de explicacion hasta que tengamos más datos, y mientras tanto reconocer con franqueza que las fuerzas aparentemente en juego fuera del sol son un misterio completo para nosotros.

Aunque no podamos explicarnos satisfactoriamente lo que ocurre inmediatamente al rededor del sol, es claro que allí se verifican ciertas operaciones naturales en una escala, de la cual no podemos formar concepto alguno: el lenguaje no científico no podria describirlas, por la razon de que sobrepujan, no sólo á todo lo que vemos en nuestro globo, sino á cuanto hayan imaginado los más atrevidos vuelos de la fantasía poética. «Torrentes y remolinos de tempestuoso fuego,» «Lagos de fuego y azufre vivo,» son quizá los epítetos poéticos más aplicables á los fenómenos en cuestion. Pero nada que pueda llamarse con propiedad fuego existe en la superficie del sol, por la simple razon de que la temperatura es tan alta que hace la combustion imposible. Las combinaciones químicas que envuelve este término sólo pueden tener lugar á temperaturas semejantes á las que producen nuestros hogares y hornos; bajo la influencia de temperaturas más elevadas las sustancias se combinan y separan con igual facilidad. La imposibilidad de que se trata es muy semejante á la de que hierva el agua en una region en la cual la temperatura sea tan elevada que el agua sólo exista en estado de vapor. Ni «tor-



rente,» ni «lago,» ni «mar,» dan idea alguna de una masa de fluido que es diez mil veces igual á la superficie de nuestra tierra, y más honda que el ancho del Atlántico. Ni «remolino,» ni cualquier otro término que exprese movimientos del aire, da una idea adecuada de una masa de gas candente que, si viniera del Norte hácia nosotros, estaria á los veinte segundos de cruzar el San Lorenzo, en el golfo de Méjico, llevando consigo toda la superficie del continente en una masa, no solamente de ruina, sino de inflamado vapor, en la cual los vapores que produjera la disociacion de los materiales que componen las ciudades de Boston, Nueva-York y Chicago se mezclarian en una sola masa indistinguible.

Grandes como son estos movimientos, son probablemente sólo débiles reflejos de lo que sucede dentro del sol; las masas de hidrógeno que salen á través de la fotósfera no son sino los *hors du combat* de la guerra de átomos que ocurre en el interior. Segun la teoría más aceptada hoy—la única teoría en realidad que explica la cantidad de calor solar,—la materia de que se compone el interior del sol está en un estado de completa «disociacion;» es decir, á causa de la elevada temperatura, cada molécula individual de materia sigue su camino sin formar combinacion permanente alguna con ninguna otra molécula. Por ejemplo, aunque el oxígeno y el hidrógeno existen ámbos, no se combinan permanentemente para formar agua, porque en caso de haber una combinacion de dos moléculas, son separadas instantáneamente por las presiones de otras mil moléculas. Para impedir la solidificacion del interior, la temperatura debe de estar en la misma escala que la presion á que está sujeto el interior por el peso del exterior. Este último está enfriándose constantemente por la radiacion, y así se establecen movimientos en la escala que hemos descrito.

Una de las primeras condiciones para el progresivo adelanto en la comprension de la física solar, es un estudio más detallado y sistemático de los fenómenos solares, hechos tanto con el telescopio como con el espectroscopio. Hasta ahora este estudio se habia dejado casi enteramente á cargo de investigadores individuales, cuyos trabajos, no obstante el celo



con que han sido ejecutados, no tienen siempre la continuidad y perfeccion que seria de desear. La atencion de los hombres más importantes en ámbos lados del Atlántico, por consiguiente, se ha dirigido á fundar uno ó más observatorios para el estudio exclusivo del sol. Alemania, sin embargo, es la única nacion, que nosotros sepamos, que ha tomado medidas activas para alcanzar este fin, y un *Sonnenwart*, provisto de todos los recursos que puede desear el observador y en el cual se han de ocupar los más hábiles físicos de Alemania, se está rigiendo en Postdam. La cuestion de un observatorio semejante ha agitado mucho los ánimos en Inglaterra pero, la opinion pública ha estado tan dividida en el asunto que, segun parece, no se ha llegado aún á una conclusion definitiva. En Francia se ha organizado un observatorio físico cerca de París; pero no sabemos si la física solar será su especialidad.

Nuestro país (1) ofrece una ventaja inmensa para un establecimiento de esta clase. Construido con el exclusivo propósito de estudiar el sol, podria elegirse su situacion teniendo sólo en cuenta la facilidad de llevar á cabo este fin. Ahora bien; en todas las capitales europeas donde se ha proyectado la construccion de estos establecimientos, las condiciones meteorológicas son extremadamente desfavorables. La atmósfera es el mayor enemigo con que tiene que luchar el astrónomo, aún de noche, cuando no está turbada por el calor del sol. Es mucho peor de dia, cuando el efecto de los rayos del sol sobre ella es casi siempre tal, que hace imposibles las observaciones delicadas. En la Europa Septentrional y Central, el sol, no sólo está oscurecido por las nubes más de la mitad del tiempo, sino que cuando brilla, la luz reflejada por los vapores de las regiones más bajas de la atmósfera, impide en gran manera la observacion espectroscópica. Una situacion elevada, donde el aire sea trasparente y el cielo esté generalmente claro, ofrece tan grandes ventajas, que no podrian compensarse por mucho que se perfeccionaran los instrumentos. No puede dudarse de que más de una

---

(1) Los Estados-Unidos.



situación con estas condiciones puede hallarse en nuestros territorios del Oeste, y que por esta razón poseemos una ventaja natural para el estudio en cuestión, que nos pondría en disposición de ir á la cabeza de todo el mundo en su prosecución. Felizmente tenemos una prueba concluyente de lo exacto de esta pretensión. En 1871, la *Vigilancia de la costa* (*Coast Survey*) organizó una expedición con el único objeto de saber por un experimento real si se alcanzaría una gran ventaja colocando un observatorio en situación elevada. El punto escogido fué Sherman, el sitio más elevado que atraviesa el camino de hierro del Pacífico, y los trabajos espectroscópicos fueron encargados al profesor C. A. Young. Aunque durante los pocos meses que la expedición permaneció allí, el tiempo estuvo nublado de una manera excesiva é inesperada; sin embargo, cuando despejaban las nubes estaba tan trasparente el aire y tan libre de luz reflejada del sol, que el profesor Young halló en el espectro de la cromósfera más del doble del número de líneas que se conocían. Tan grandes son las ventajas que por esto tenemos, que sería por nuestra parte un inaudito desprecio de ellas colocar un observatorio semejante de primera clase en cualquier situación donde no pudiera disfrutarse de ellas.

En la más esencial de todas las condiciones para un establecimiento científico, las puramente intelectuales, tenemos tantas probablemente como cualquier otro país. Que el trabajo es de una naturaleza á la que se adapta perfectamente el génio de nuestra nación, se hace evidente por el número de norte-americanos que han demostrado las más relevantes dotes en este ramo. En trazar instrumentos de observación, ninguno era superior al lamentado Winlock. La mayor parte de las líneas de la capa de gas y vapores que rodea inmediatamente al sol, no han sido vistas por ningun observador hasta Young. A través de la atmósfera de humo de Pittsburgo, ha hecho Langley estudios telescópicos en la superficie del sol, que exceden en tal manera á los que existían en exactitud y detalles, que sus resultados han sido vehementemente acogidos por los defensores de teorías rivales sobre la estructura de la fotósfera para sostener sus diferentes opinio-



nes. Langley y Mayer han hecho mediciones del calor emitido por diferentes partes del disco solar, que difícilmente dejarán de conducir á resultados importantes. Méenos directamente aplicable al asunto de la física solar, pero igualmente digno de citarse para apoyar la proposicion general que ahora sostenemos, son los trabajos de Rutherford y Draper en las aplicaciones de la fotografía á las investigaciones astronómicas.

Es quizá una dificultad para realizar este proyecto, que su primer coste sea tan ridículamente pequeño, comparado con la importancia del asunto. El hecho mismo que el objeto que ha de estudiarse es aquel de que depende toda vida sobre nuestro planeta, presta una importancia al trabajo que no se disminuye por el hecho admitido de que no podemos asegurar el pronto logro de ningun resultado utilitario. Hay casi la seguridad de alcanzar resultados definitivos de la más alta importancia, porque como el sol es el manantial de la vida, en los cambios de esa lumbrera es donde puede nuestra especie esperar leer por primera vez su fin. A nuestro modo de ver, el sol es el único libro del destino que estará siempre abierto para nosotros. Sin embargo, el coste de la construccion de un observatorio solar, y el proveerle de todos los recursos necesarios para las observaciones del sol, apenas excederia al de la casa de un caballero rico en una ciudad. La dotacion necesaria para sostener á los observadores seria, por supuesto, mayor; pero no excederia de las sumas apropiadas constantemente á objetos de méenos importancia.

A pesar del actual estado, que dista en extremo de ser satisfactorio, de nuestro conocimiento sobre la constitucion del sol, la cuestion de la edad y origen del calor solar ha conducido á resultados muy interesantes, cuyo conocimiento no ha sido tan extensamente diseminado como merece. El progreso de esta cuestion explica de un modo patente el principio de que los sentimientos de admiracion y misterio son incompatibles, tanto con la entera ignorancia como con el conocimiento completo, y pertenecen enteramente al estado intermedio de conocimiento parcial ó incompleto. Antes de los descubrimientos de Rumford y Carnot, no sorprendia en ma-



nera alguna que el sol hubiera radiado calor por miles de millares de años, y no se conocía razón alguna para que no siguiera emitiéndolo en una cantidad no disminuida en épocas venideras indefinidas. Cuando llegó á descubrirse que el calor solamente podía ser producido por el consumo de alguna cosa, cuya cantidad era necesariamente limitada, y que dicho consumo envolvía necesariamente un cambio progresivo en el cuerpo que emitía calor, lo que en un principio no necesitaba explicación se convirtió en un misterio. Era como la salida de un chorro no interrumpido de agua de una vasija, que pudiéramos examinar por todos lados, y dentro de la cual pudiéramos convencernos de que no entraba agua alguna. Un cálculo sencillísimo demostró que aunque tuviera el sol el mayor calor específico de todas las sustancias conocidas, no contendría una cantidad suficiente para el período histórico, y mucho ménos para las épocas geológicas anteriores. Todas las explicaciones evidentes que pudieran alegarse, eran tan completamente insostenibles, que ni aún vale la pena de citarlas. Hace unos quince años se indicó, y creemos que fué Helmholtz, que la cantidad de calor del sol podría estar conservada por la lenta contracción del mismo sol; y esta es ahora, no tan sólo la explicación generalmente admitida, sino que es, en cuanto puede fiarse en la inteligencia humana, la única posible, que no esté fundada en una supuesta subversión de las leyes bien establecidas de la naturaleza. Vemos al sol despidiendo un torrente incesante de calor á los espacios celestes, y también que no vuelve á recobrar sino la más insignificante parte de este calor, porque si así sucediera, nuestro planeta interceptaría la misma parte de calor á su vuelta que intercepta en su salida, y así recibiríamos tanto calor desde el espacio celeste opuesto al sol, como de este mismo. La teoría de los meteoros, que atribuía el mantenimiento del calor solar á la importación de sustancia meteórica en la superficie del sol, se encontró fácilmente que era insostenible por completo, porque si hubiera en nuestro sistema el número necesario de meteoros, la tierra los encontraría en cantidades tales, que elevarían fácilmente su superficie al calor rojo. Y en general, podemos decir que, sin suponer



las más fantásticas combinaciones de causas, es imposible trazar una teoría de sostenimiento externo del calor del sol que no esté sujeta á la *reductio ad absurdum* de que la tierra y los planetas están recibiendo un refuerzo proporcional, y se están haciendo rapidamente demasiado calientes para ser habitables.

En cuanto á la conservacion del calor solar, no solamente ahora sino en varios millones de años trascurridos, la teoría de la contraccion llena por completo las exigencias de la ciencia. Al enfriarse el sol tiene que contraerse en volúmen, y el calor generado por esta contraccion ó más bien por la caída de los elementos del sol unos sobre otros que envuelve la contraccion, sustituirá casi por completo el que se habia perdido. Nuestro conocimiento actual del equivalente mecánico del calor, y de la cantidad de éste emitida por el sol, nos pone en aptitud de determinar la suma de contracciones necesaria para conservar el repuesto del mismo. El resultado es, que una disminucion del diámetro del sol de doscientos piés al año bastaria justamente para este fin. Esta contraccion no seria vista por las mediciones más delicadas que pudiéramos hacer en un millar de años; no hay, por lo tanto, ningun resultado de observacion que milite en contra. Pero llegaria al fin á hacerse sensible, y se sigue de la teoría que el sol era mayor hace un millon de años que ahora de un modo perceptible. Siendo tambien, por consiguiente, ménos denso, hubiera sido necesario una contraccion mayor para producir la cantidad actual de calor y la disminucion de volúmen consiguientemente más rápida. La consecuencia más importante de la teoría es que la duracion total del calor solar está necesariamente limitada, porque la línea de calor generada por los choques de la masa entera del sol desde un espacio infinito es limitada y serviria sólo para conservar el repuesto actual durante unos veinte millones de años. Si la cantidad de calor emitida era mayor en épocas anteriores que ahora, el tiempo que ha durado debe de haber sido menor que éste; si la radiacion era menor, la duracion debió ser más grande. No son compatibles grandes cambios en la radiacion con la continuacion de la vida sobre el globo, porque un aumento,



aunque sólo fuera de una fracción de la cantidad actual, haría hervir el Océano entero, mientras que una disminución todavía más pequeña no permitiría al agua existir sino en forma de hielo. No es probable que la radiación permaneciera constante con cambios considerables de la densidad del sol; es, por consiguiente, improbable que hayan existido en la tierra el agua corriente y la vida animal durante muchos millones de años. Y no se compadece con las leyes de la naturaleza, tales como las vemos hoy funcionando, suponer que han existido sobre la tierra veinte millones de años, porque en la única hipótesis que la ciencia nos permite hacer ahora respecto al origen del calor del sol, la tierra estaba hace veinte millones de años envuelta en la ígnea atmósfera del sol.

Puede ocurrirse el preguntar si está dentro de los límites de lo posible que se descubran nuevas leyes de la naturaleza que demuestren que nuestro sistema, como lo vemos ahora, se sostiene completamente á sí mismo, y que extienda de esta manera indefinidamente hácia atrás el tiempo, durante el cual la superficie de la tierra pueda haberse encontrado en su estado actual y el sol pueda haber lucido con su presente brillantez. Contestaremos que sería una aplicación temeraria de la filosofía declarar imposible cualquier fenómeno, y puesto que la ciencia considera á todos los fenómenos como productos de las leyes naturales, sería temerario negar la posibilidad de una ley natural adecuada para producir el resultado que se desea. Pero si nos limitamos á lo que todas las investigaciones nos permiten considerar creíble, desde un punto de vista científico, declaramos increíbles ciertos fenómenos, y la posibilidad de que ocurran al borde del milagro.

Por ejemplo, que nuestros telescopios puedan revelarnos seres inteligentes que se muevan á voluntad en los espacios celestes, se presenta á todos como una idea extraordinaria y como increíble á muchos. Pero en el estado actual de la ciencia, dudamos que haya idea más extraordinaria ó increíble que la de que el sol está recibiendo de un origen externo un suplemento de calor igual al que emite. Y el fenómeno de la conservación del calor solar sin recibirlo del exterior,



y sin un cambio progresivo en su interior, conduciendo á un estado en que el suplemento debe cesar, seria aún más milagroso que el que acabamos de suponer. Por supuesto, que si las observaciones demostraran que el sol poseia el poder de producir así un perenne suplemento de calor con nada, tendríamos que aceptarlo, y multiplicar nuestras ideas acerca de ciertas leyes naturales, lo mismo que el caso de ver flotar seres en los espacios celestes; pero en el presente estado de nuestro conocimiento, ninguna de estas suposiciones puede ser admitida en la categoría de las posibilidades científicas.

Hemos hablado de física solar como la que se refiere exclusivamente á la constitucion de nuestro sol. Para impedir cualquiera mala interpretacion posible, preciso es decir que el sol no puede ser investigado con éxito, sino en union con las estrellas, una de las cuales es, así que un observatorio solar podia alcanzar su fin sólo estando dedicado al estudio de los soles en general. Ni debia esto marcar los límites de su campo, porque es del todo probable que las leyes de la conservacion del calor solar se aprendan en último término en el estudio de las nebulosas gaseosas. El caso prueba la regla general de que las operaciones en la naturaleza están tan íntimamente enlazadas, que es imposible aprender una por completo sin saber un gran número de las que le están asociadas.

La parte de la astronomía, que en estos tiempos está más relacionada con las necesidades inmediatas de la vida, es la que trata de los movimientos celestes, usando este término en su más lato sentido. Es de lamentar que no tengamos un término que se emplee general y exclusivamente para designar esta rama especial. El término «astronomía física» ántes muy empleado, es ahora igualmente aplicable tambien y con más propiedad al exámen de las propiedades físicas manifestadas por los cuerpos celestes, más especialmente al trabajo del espectroscopio. «Astronomía teórica» es un término excesivamente vago y que abarca demasiado; y «astronomía gravitacional» bastante estrecho, aunque tiene la ventaja de ser preciso y definido, incluyendo justamente tanto de la cues-



tion como envuelve la determinacion de los movimientos celestes de la teoría de la gravitacion. Un cuarto término, usado con bastante frecuencia, es «astronomía de precision;» pero esto incluye una calificación á que debia aspirarse, por lo ménos, en todos los ramos de la ciencia. Sin pretender escojer el mejor término, puede definirse concisamente la naturaleza de esta rama, diciendo que es la parte de la astronomía que predice los movimientos de los cuerpos celestes, combinando la teoría de la gravitacion, las leyes del movimiento y las observaciones exactas de las posiciones relativas de los cuerpos cuyos movimientos hay que determinar. La razon por la que está más inmediatamente asociada con las necesidades de la vida, es que de ella depende la medida del tiempo por años y dias, y la determinacion de posiciones en la superficie del globo.

Cuando Newton halló que los movimientos de la luna y de los planetas podian probablemente ser determinados con entera precision, resolviendo el problema puramente matemático del movimiento relativo de un sistema de cuerpos sometidos á sus mútuas atracciones, no se halló dificultad alguna en alcanzar una completa solucion para el caso de dos cuerpos; pero cuando se abordó el célebre «problema de los tres cuerpos» se vió que estaba fuera del alcance de los más hábiles matemáticos de aquel tiempo una solucion completa, y los esfuerzos de sus sucesores no han tenido mejor éxito. El hecho es, que aún siendo tan extraordinarios algunos de los trabajos de los matemáticos, como predecir los cambios de las órbitas planetarias á través de millares de siglos con datos derivados de un corto número de años de observacion, nuestro análisis matemático es totalmente inadecuado para la solucion rigurosa de cualquier problema, que no sean los más sencillos que se presentan en la investigacion de la tierra y los cielos. Esto no parecerá sorprendente, si reflexionamos que todas las operaciones matemáticas pueden resolverse en último término en las cuatro operaciones primarias de la aritmética, sumar, restar, multiplicar y dividir, combinadas con la extraccion de raíces y algunas formas geométricas simples, y en consecuencia, que cuando un problema



no tiene solución por estas operaciones, está fuera del dominio del matemático. Pero aunque no es posible una solución estrictamente rigurosa de los problemas que presentan los movimientos de los planetas, los esfuerzos de las generaciones sucesivas de matemáticos desde Newton, han dado por resultado la invención de métodos por los cuales los movimientos de los planetas bajo la influencia de la atracción solar ó de la atracción recíproca puedan ser determinados con cualquier grado de precisión que se desee. Por la aplicación de estos métodos, combinados con largas y numerosas observaciones, se han construido grandes tablas de los movimientos de los planetas mayores, que representan sus posiciones en todos tiempos con una precisión que, bajo cualquier otro punto de vista que el astronómico, es muy grande.

Una de las cuestiones más importantes y de más interés sugerida por estos resultados, es si los movimientos efectivos de los planetas están en perfecto acuerdo con la teoría de la gravitación. Esta cuestión no ha sido aún completamente fijada ni afirmativa ni negativamente, consistiendo la dificultad para hacerlo en que la astronomía de observación está mucho más adelantada que la teoría. El trabajo de construir una teoría del movimiento de cualquier planeta, según la ley de la gravitación, y de corregir los elementos por comparación con todas las observaciones existentes, es tan inmenso, que solo puede emprenderse á largos intervalos. Las últimas tablas de Saturno, por ejemplo, tienen ya más de cincuenta años. Además, las tablas más modernas son imperfectas, por la falta de conocimiento exacto respecto á las masas de los planetas. Cuando se encuentran, pues, pequeñas discrepancias, no es siempre posible decir si provienen simplemente de una acumulación de pequeños errores en los datos en que se fundan los cálculos del matemático y errores en los mismos cálculos, ó si indican una desviación real en el movimiento del planeta de su curso normal.

Hoy por hoy, la tierra es el único planeta que se ha hallado que siga sus movimientos tabulares con tal precisión, que no se ha podido descubrir ninguna desviación pronunciada. En la mayor parte de los otros, aunque existen desvia-



ciones, son tan pequeñas, que podemos atribuir las á las imperfecciones que acabamos de describir. Hallamos excepciones en esto, sin embargo, en el caso de Mercurio y Saturno. Le Verrier halló que el perihelio del primer planeta estaba sujeto á un movimiento de 36'' por siglo, que no podía explicarse por la atracción de los planetas conocidos; y en esta desviación fundó su hipótesis de la existencia de un grupo ó anillo de pequeños planetas entre Mercurio y el sol. La existencia de un grupo que pudiera producir este efecto, parece difícilmente posible por dos razones. Una es que nunca se han visto ni rastros de él, á no ser que la materia que dá origen á la luz zodiacal sea considerada como formada de una masa suficientemente grande para motivar la desviación observada. A no ser los supuestos planetas tan pequeños que se necesitaran miles de ellos para producir el efecto deseado, serian vistos frecuentemente cuando pasaran por frente del sol. Pero ninguno de los astrónomos que han observado tan cuidadosa y asiduamente el sol durante los últimos cincuenta años han visto nunca semejante tránsito, siendo desconocidos los que pretenden haber observado estos supuestos fenómenos. En cuanto á la luz zodiacal, parece altamente probable que puede haber en ella suficiente materia para completar un planeta de tamaño moderado. La otra razón es que semejante grupo de cuerpos, aún suponiendo que la luz zodiacal constituya el grupo, se esparciria cerca del plano de la eclíptica, y produciria, por consiguiente, un cambio muy sensible en la posición de la órbita de Mercurio. Pero las observaciones no indican semejante cambio de posición. Podemos, por consiguiente, decir que en el caso de este planeta, la discrepancia entre la teoría y la observación no ha sido explicada satisfactoriamente. En el caso de Saturno, es completamente probable que la discordancia provenga de errores en los cálculos teóricos, siendo su teoría la más difícil de las de los planetas mayores, no habiendo sido sujetos los resultados á una comprobación suficiente.

De todos los cuerpos celestes, la luna es uno de los que ha dado á los matemáticos y astrónomos más trabajo, desde los días de Hiparco hasta los que corren. La historia de sus es-



fuerzas sugeriría la idea de que nuestro satélite se había complacido siempre en eludir los esfuerzos de la humanidad para predecir sus movimientos. Toda teoría completa de sus movimientos ha sido declarada errónea por la generación ó la época que seguía inmediatamente á la que la promulgara, y aunque la magnitud de los errores así hallados ha disminuído en conjunto grandemente, la dificultad de explicarlos sigue siendo tan grande como siempre. Las desviaciones que ahora causan mayores dificultades, son aparentemente de largo período; es decir, durante un largo período de años, quizás de medio siglo ó más, la luna se mueve gradualmente más adelante de su sitio predicho, y durante otros períodos vuelve á ponerse detrás de él otra vez. Estas desviaciones fueron descubiertas por primera vez por La Place estudiando las observaciones del siglo XVIII, y él indicó varias maneras de explicarlas y representarlas. Pero todas sus explicaciones se han hallado hasta ahora inadecuadas en teoría é incompatibles con las observaciones subsiguientes. El fenómeno permaneció completamente inexplicable hasta que Hansen halló que las desviaciones de esta clase en los movimientos de la luna debían ser producidas por la acción de los planetas mayores sobre ella, especialmente la de Vénus, y después de largos y penosos cálculos, anunció el descubrimiento de dos desigualdades, teniendo la una un período de doscientos sesenta y cinco años y la otra de unos doscientos cuarenta y tres años. Añadiendo estas dos desigualdades á las tablas, se encontró que el movimiento de la luna desde 1750 á 1850 estaba representado con tanta exactitud como las observaciones hacían posible.

Estas desigualdades tienen su origen en una especie de ritmo musical entre los movimientos de la tierra, la luna y Vénus. Si de diez y ocho veces el movimiento medio de Vénus, sustraemos diez y seis veces el movimiento medio de la tierra alrededor del sol, la diferencia se hallará próximamente igual al movimiento medio anómalo de la luna. Esta relación dá origen á la primera de las desigualdades de Hansen. Aunque la gravitación de Vénus sobre la luna es casi insensible, el resultado de esta armonía de movimiento es que la



atracción del planeta se siente, justamente del modo que una cuerda musical vibra en respuesta á una nota en unísono con ella. Tenemos aquí una realización tan buena de la «música de las esferas,» como podría esperarse que produjera el tosco é impoético espíritu de la ciencia moderna. La segunda desigualdad surge de una relación entre los movimientos medios de la tierra y Vénus simplemente; es decir, que trece veces el período de revolución de Vénus es casi ocho años, la misma relación que conduce al retorno de un tránsito de Vénus en el curso de ocho años.

La adición de estos términos á la longitud de la luna dió origen á grandes discusiones, cuyo resultado fué demostrar que dejaban de satisfacer las exigencias del problema. Dos cuestiones distintas están envueltas en esta discusión: una puramente matemática, la otra de observación. La primera es si la resultante de la atracción de Vénus sobre la luna, la tierra y el sol es ciertamente capaz de dar origen á los términos calculados por Hansen. Este declaró que el cómputo de los términos en cuestión era el problema más difícil que se presenta en la teoría de los movimientos de la luna; y en cálculos de tal complejidad, es extremadamente difícil para cualquier matemático asegurar que sus resultados alcancen el grado necesario de exactitud. Hansen mismo nunca estuvo satisfecho con su cálculo del segundo término, y se vió obligado finalmente á determinar su valor, no por la ley de gravitación, sino por las observaciones. Cuando el problema fué abordado por otros, se halló que mientras el primero de los nuevos términos de Hansen era indudablemente correcto, el segundo no lo era, siendo debida la desviación al hecho de que trece períodos de Vénus hacen casi ocho años, encontrándose que era demasiado pequeño para ser tenido en cuenta en las observaciones. La segunda cuestión, que había que tratar de una manera del todo diferente, era si por la adición de estos términos, el movimiento de la luna convenía con la observación. Puesto que por la ayuda de dos términos Hansen satisfizo las observaciones desde 1750 á 1850, es claro que cuando se quitó uno de sus términos, la conformidad quedó destruida. El resultado fué, por consi-



guiente, que la mejor teoría matemática no estaba de acuerdo con las observaciones. Además, podía existir la segunda desigualdad de Hansen, y, sin embargo, ser debida á alguna otra causa; y cuanto mayor es el tiempo durante el cual representaba observaciones, tanto más poderosa era la evidencia en su favor. Se hizo, por consiguiente, importante comparar las tablas de Hansen con las observaciones ántes de 1750 y despues de 1850. Las pocas comparaciones hechas con las imperfectas observaciones antes de 1700, parecen demostrar que estaban entónces en un error considerable. Este resultado, debido al carácter imperfecto de las observaciones de aquellos tiempos, es apenas concluyente. Es, por consiguiente, en las observaciones recientes en las que debemos fijarnos principalmente para fijar la cuestion. Las tablas en cuestion fueron impresas en 1857, y los sitios de la luna, segun ellas, aparecieron en el Almanaque Náutico inglés de 1862. Se habia hallado que, remontándonos hasta ese período, la conformidad de las tablas con las observaciones era buena. Pero desde ese tiempo, la luna ha estado atrasándose á las tablas en tal medida, que su longitud computada tiene ahora un error de diez segundos, cantidad pequeña en sí, pero que llevaria á un error de cinco millas en la longitud terrestre de cualquier punto de la tierra ó del mar, de terminada por observaciones de la luna.

Siendo este el resultado de las últimas investigaciones en esta cuestion, parece que los movimientos de la luna burlan todavía la habilidad del investigador. Pero la cuestion está tomando ahora otra forma, y tenemos que averiguar si, despues de todo, las aparentes irregularidades no podrian consistir en la rotacion de nuestra tierra sobre su eje, y de ninguna manera en la luna. Cuando decimos que un tren está en retraso, debemos averiguar si nuestro reloj no está muy adelantado. En el presente caso la luna es el tren, que hace sus revoluciones sucesivas alrededor de la tierra; y ésta es el reloj que marca el tiempo para nosotros por su revolucion sobre su eje. Las indicaciones de este reloj han sido recibidas hasta ahora con completa confianza, suponiéndose que no era posible que pudiera desviarse el movimiento de rotacion



de la tierra de la perfecta uniformidad. Pero ahora se concede que tales desviaciones no son imposibles, y el descubrirlas, si existen, debe considerarse como uno de los problemas astronómicos más importantes de nuestro tiempo, así como uno de los más difíciles. Lo que es necesario, es un término de comparacion entre la tierra y la luna, un medio por el cual podemos decidir si la luna se retrasa ó la tierra se adelanta. Un reloj perfecto, que pudiera marchar medio siglo sin variaciones, resolveria la cuestion; pero esto es mecánicamente imposible. El mediador, debe ser algun cuerpo celeste con revoluciones suficientemente rápidas para que podamos servirnos de ella para medir el tiempo. El que mejor se presta para este objeto es el primer satélite de Júpiter, que hace una revolucion al rededor del planeta en unas cuarenta y dos horas, y se eclipsa en su sombra en cada revolucion. Por desgracia, las observaciones de estos eclipses son tan difíciles, que su incertidumbre asciende á una considerable fraccion de la discrepancia entre la tierra y la luna; por consiguiente, tan sólo por una larga y laboriosa sucesion de ellas puede llegarse á una decision. Puede decirse, sin embargo, que las observaciones más recientes favorecen decididamente la opinion de que el error está en la rotacion de la tierra y no en el movimiento de la luna. Si esto se confirmara, tendríamos que borrar á nuestro satélite de la pequeña y dudosa lista de los planetas que no se mueven en perfecto acuerdo con la teoría de la gravitacion.

Por los sucesivos adelantos en los métodos matemáticos introducidos en el curso del presente siglo, especialmente por Hansen, se ha alcanzado un gran aumento de exactitud en los métodos por los cuales se determinan los movimientos de los planetas con arreglo á la teoría de la gravitacion. Para hacer este adelanto realmente fructífero, tiene que hacerse un adelanto correspondiente en la exactitud de las observaciones astronómicas. Tal adelanto ha sido realizado actualmente en el curso de los últimos treinta años y puede servir de ejemplo por la gran correccion hecha á la anterior y supuesta distancia del sol, que ha sido conocida



por recientes investigaciones, y que presta un gran interés adicional á los resultados que se esperan obtener del reciente tránsito de Vénus.

Bien sabido es por todos los que toman algun interés en la astronomía, que la distancia del sol, deducida de los tránsitos de Vénus en 1761 y 1769, era un poco mayor que noventa y cinco millones de millas, y que este resultado era recibido con incuestionable confianza hasta hace muy poco tiempo. Si hubiera sido imposible determinar la distancia en cuestion por ningun otro medio que por los tránsitos de Vénus, cualquier adelanto sobre este resultado hubiera sido imposible hasta despues de la vuelta del tránsito en 1874. En realidad, sin embargo, son aplicables otros varios métodos, que rivalizan en exactitud con las mejores observaciones de tránsitos de Vénus, y todos estos métodos concuerdan tan bien en indicar una disminucion de la distancia de unos tres millones de millas, que en los últimos diez ó quince años no se ha dudado de que los resultados de los antiguos tránsitos estaban afectados de este enorme error. Este descubrimiento se confirmó cuando el asunto de observar el tránsito de 1874 empezó á excitar la atencion; se hizo por lo tanto importante determinar con alguna certeza la causa del error, con el fin de evitarlo en las observaciones que han de hacerse ahora. El hecho parecia ser que los observadores estaban equivocados en cantidades que variaban desde medio minuto hasta un minuto próximamente en observaciones, que se suponía tendrían un error solamente de uno ó dos segundos, y en las cuales, los observadores suponían que habían alcanzado próximamente este grado de exactitud. Se hizo necesario por consiguiente someter las antiguas observaciones á un nuevo exámen, con el fin de arrojar más luz sobre este punto.

Este trabajo fué emprendido primeramente por Powalky, un calculador de Berlin. Demostró que si alguna de las antiguas observaciones eran completamente desechadas y se hacia depender el resultado solamente de las restantes, podría llegarse á un valor de la paralaje de sol, que estuviera de acuerdo con los obtenidos recientemente. Desgraciadamente, no dió ninguna razon concluyente para desechar las obser-



vaciones que conducian al resultado erróneo, que eran en toda apariencia, tan dignas de confianza como muchas que se conservaban. No puede decirse, por consiguiente, que decidiera la cuestion satisfactoriamente.

El único astrónomo que ha publicado además una investigación formal de la cuestion, es Mr. E. J. Stone, entónces primer ayudante en el real Observatorio de Greenwich, y hoy director del real Observatorio del Cabo de Buena-Esperanza. La bien merecida reputacion astronómica de Mr. Stone, junto con el entusiasmo desplegado por los escritores ingleses sobre cuestiones científicas, en hacer conocidos los méritos de cualquier trabajo científico de sus compatriotas, han dado una celebridad universal á su trabajo, y un interés grande á una descripcion crítica de él. Para comprender las cuestiones que surgen de él, y la aplicacion de los principios que envuelve el asunto de observar el tránsito de 1874, es necesario describir y explicar ciertas apariencias ópticas notadas por los observadores del tránsito de 1769. Imagínese el lector al planeta Vénus como un disco oscuro y redondo que entra en el sol. Al pasar sobre el borde del sol, hace una escotadura redondeada cada vez más honda en éste, hasta que la mitad está sobre el sol. Continuando su curso, en el momento en que entra del todo sobre el sol, las dos afiladas puntas del sol, que le hace formar, se encuentran juntas detrás de él, formando un hilo continuo de luz, y el planeta queda rodeado del todo por la luz del sol. El momento en que esto ocurre, es el de contacto interno de los bordes, y éste era el momento que se pedia á los observadores que notaran con toda la precision posible. Cuando el planeta está á punto de dejar el sol, las mismas apariencias tienen lugar en órden inverso. Cuando se aproxima al borde del sol, la faja de luz solar entre el borde del planeta y el del sol se va haciendo cada vez más delgada; se reduce á un hilo finísimo y entónces, cuando el planeta llega realmente al borde, se rompe y se forman dos cuernos ó puntas separadas. Este momento debia notarse tambien como el del segundo contacto interno. Se creia que estos momentos podian anotarse con un error de uno ó dos segundos, que nos llevaria á determinar



la distancia del sol, hasta una pequeña fracción de un millón de millas.

Pero cuando los observadores llegaron á sus respectivas estaciones y procedieron á anotar los fenómenos, muchos de ellos se encontraron perplejos por una inexplicable conducta del planeta, que les impedía hacer una observación satisfactoria. Cuando el planeta había entrado al parecer por completo sobre el sol, los cuernos del último no cerraban inmediatamente al rededor del planeta como se había esperado, sino que este último parecía que se extendía hácia fuera del borde del sol, y que se unía á él, por lo que tenía el aspecto de una «gota negra.» Cuando esta gota se rompía finalmente, el planeta había entrado sobre el sol una distancia completamente apreciable. Lo mismo á la salida, medio minuto ó cosa así antes de que el planeta estuviera al parecer para llegar al disco ó borde del sol, la misma gota negra se extendía repentinamente llenando el intervalo, dejando al observador en duda sobre si se había verificado ó no el contacto. En este caso, había dos caminos que seguir: el observador podía anotar como el momento del contacto, aquel en que aparecía por primera vez la gota negra, ó esperar hasta que él calculara que el borde redondo del planeta hubiese llegado al del sol. Este momento, sin embargo, no podía ser apreciado con ninguna exactitud, porque la gota negra impedía que se viera realmente el borde del planeta en el punto crítico. La causa de este enojoso fenómeno fué indicada primeramente por Lalande, que demostró que era debido á la irradiación, ó á que el sol parecía mayor y el disco oscuro de Vénus más pequeño de lo que en realidad eran. Esta explicación ha sido después universalmente admitida, con la única modificación producida por el descubrimiento de que la gran cantidad de irradiación necesaria para producir esta apariencia era debida á la calidad imperfecta de los telescopios de entónces; y que con los mejores telescopios de ahora, apenas se vé apariencia alguna de gota negra, á no ser que la atmósfera esté tan oscilante que embarace la visión.

La ingeniosa explicación de Mr. Stone sobre el error en los primeros resultados, estaba fundada en la posibilidad de que



un observador, en el contacto, anotara una de las dos fases que acabamos de describir, es decir, á la entrada podia observar el momento en que el planeta estuviera, por apreciacion, completamente dentro del disco del sol, pero todavía unido con el borde por la gota negra; ó podia esperar hasta que ésta hubiera desaparecido y estuviera el planeta enteramente separado del borde. Al primero de estos se le llamaba contacto aparente, al último contacto verdadero, suponiendo que el último marcaba el momento preciso en que tenia lugar el contacto real. Además, cuando al fin del tránsito el planeta estaba á punto de salir del sol y se aproximaba al borde de su disco, el momento en el cual la gota negra llenaba el estrecho espacio entre el borde del planeta y el del sol, era considerado el momento del contacto verdadero; mientras que el momento en que los dos bordes (si hubiera podido vérselos á través de la gota negra) estaban tangentes, marcaba el contacto aparente. Ahora bien; la razon en que se apoyaba Mr. Stone era que ciertas observaciones que habian interpretado todos los observadores anteriores como observaciones del contacto verdadero, eran realmente observaciones de contacto aparente. Las observaciones de este modo alteradas, fueron las del abad Chappe en San José de California, y las del capitan Cooke y sus ayudantes en Otahiti. Las observaciones de Cooke, que Encke y otros habian juzgado que se referian al contacto aparente, las desechó él enteramente, cambiando enteramente sus contactos verdaderos en aparentes. Con estas alteraciones no sólo sacó un valor de la paralaje bastante de acuerdo con las determinaciones modernas, sino que puso todas las observaciones en conformidad entre sí, vindicando de este modo, suponía él, su exactitud.

Si quisiéramos demostrar la cuidadosa crítica á que se supone estar sujeto todo resultado científico, ántes de ser aceptado como mera hipótesis, no podriamos aducir prueba más fuerte que la manera de juzgar los escritores astronómicos de Inglaterra el trabajo de Mr. Stone.

La gran mayoría de los lectores hubiera supuesto, al leer la revista y otros artículos, que habia resuelto el gran problema del siglo. Se indicó con fuerza que Encke no entendió



la naturaleza y causa de la gota negra, y que habia disparatado, por consiguiente, al tratar de las observaciones. «Reservado estaba al génio de Mr. Stone desenredar esas intrincadas apariencias, que hace justamente un siglo dejaron perplejo á su predecesor, Mr. Green, en Otahiti.» Hasta que ocurrió el tránsito de 1874, fueron recibidas las opiniones de Mr. Stone como una especie de evangelio científico, que no podia controvertirse sin cometer heregía. Y, sin embargo, no se necesitaba más que un inteligente exámen de las descripciones de los observadores, citados por el mismo Mr. Stone, para demostrar que las interpretaciones de éste eran enteramente incompatibles con aquéllas descripciones. En el caso de la observacion de la salida por Chappe, él pretende que aquel observador dejó de ver la formacion de la gota negra cuando el planeta estaba á punto de llegar al borde del sol; y esto, á pesar de los hechos de que Chappe, no solamente hace saber con claridad que buscaba la gota negra, y describe el contacto como formado instantáneamente (cuya descripcion podia aplicarse sólo á la gota negra), sino que tambien discute minuciosamente las precauciones que tomó para percibir la primera apariencia del contacto. Y como si fuera para no dejar duda sobre este punto, aconteció que un jóven oficial llamado Pauly, que estaba á su lado observando con un telescopio más pequeño, anotó el contacto y dejó el instrumento unos pocos segundos ántes que Chappe, lo que dió ocasion al último para decir que vió muy bien que Pauly se habia adelantado demasiado. Los cambios hechos en las observaciones de Cooke y Green en Otahiti son igualmente inadmisibles, porque aunque las descripciones de los observadores son ménos explícitas que en el caso de Chappe, está acompañada de dibujos, que no dejan motivo razonable de duda de que, si algun cambio hay que hacer á la interpretacion de Encke, es en la direccion contraria á las de Mr. Stone.

Hemos dicho que se habia demostrado que la gota negra era debida á las imperfecciones de la vision telescópica, que producía la irradiacion; y claramente se demostró algunos años ántes del último tránsito, que si las circunstancias per-



mitieran buenas observaciones de contacto, es decir, si la atmósfera estuviera clara y el telescopio fuera bueno, y práctico el observador en su uso, entónces se vería apenas señal de gota negra. Esta proposición no militaba en contra de la validez de las interpretaciones de Mr. Stone sobre las observaciones del antiguo tránsito; sin embargo, este caballero y sus amigos consideraban, al parecer, que el honor de su trabajo dependía de dar á la gota negra buena fama; y sostenían, en frente de todos los hechos, que aquel fenómeno sería siempre visto por todo buen observador. Esta opinión condujo á un mal positivo en las observaciones del último tránsito, pues engañó á los observadores y les hizo dedicar su atención á esperar una cosa que probablemente no habían de ver sino forjada por la imaginación. Lo que vino á suceder fué que, á excepcion de Mr. Stone, casi ningun observador hábil y práctico vió la gota negra.

La opinión generalmente admitida hoy respecto á la causa del error en la antigua determinación de la distancia del sol, es que es debido simplemente á las incertidumbres y dificultades de las observaciones. Pueden obtenerse varios resultados cambiando la manera de conseguirlos; pero ninguno que sea legítimo dará un resultado materialmente distinto del de Encke. Las cuestiones que ahora más nos interesan, son hasta qué punto será cierto el resultado de las observaciones del último tránsito, y si valdria la pena de enviar expediciones que observen el tránsito de 1882. Sobre la primera, poquísima luz puede hacerse hasta que las observaciones estén completamente concluidas, y puedan compararse las de las diferentes naciones. No debería hacerse ningun esfuerzo para prever el resultado hasta que esté realmente alcanzado, y esto requerirá por lo ménos dos años y quizá más. Aunque ninguna duda cabe de que los resultados serán en todos conceptos mucho más seguros y exactos que los de 1769, no hay que esperar que sobrepujen á los alcanzados por otros caminos, y hasta tal vez se encuentre que otros métodos que no sean los tránsitos de Vénus son más exactos y de ménos trabajo.

Quizás el mejor de dichos métodos es el de la velocidad de



la luz. El tiempo necesario para que la luz pase del sol á la tierra, puede ser determinado en la milésima parte, y solo exige un conocimiento exacto de su velocidad para determinar la distancia del sol con una exactitud que exceda á la obtenida por cualquier otro medio. El aparato será costoso y los experimentos pesados; pero los resultados que pueden alcanzarse compensarán ámpliamente ámbas cosas, el trabajo y el gasto.

SIMON NEWCOMB.

(*North American Review.*)

—  
A N. R.  
~



De esta que envío anciana generosa,  
Frágil tapada, indúbita doncella,  
Cuanto más en edad mucho más bella,  
Rival temible á la mujer hermosa;  
No queda en el origen ni aun la hojosa  
Vid de que fué racimo y es botella;  
Quiso el deleite hasta saciarse en ella  
Tenerla en claustro por gozarla añosa.  
Profana, amigo, su recinto escaso,  
Pues que á sensual Naturaleza plugo  
En breves bordes provocar á exceso.....  
La boca femenina es chico vaso,  
Y allí embriaga el amoroso jugo  
Que vierte el labio al exprimirle un beso.

ANTONIO ROS DE OLANO.

~



---

JUAN JORGE HAMANN.

---



*Lieber nichts als halb.*

An Jacobi.

(JACOBI W W.)

Algunos de los lectores de este artículo recordarán sin duda al leer el epígrafe que le hemos puesto, uno de los más interesantes episodios de la discusión que se sostuvo el pasado invierno en el Ateneo de Madrid sobre la importancia y trascendencia de las doctrinas positivistas. Acababan de terciar en el debate con el calor y la resolución propios de meridionales espíritus algunos oradores, entre los cuales toca ciertamente el último lugar á quien este artículo escribe, cuando hubo de levantarse con germánica templanza el Rev. Federico Fliedner, pastor evangélico, que en anteriores discusiones dió á conocer en aquella ilustre casa, y á favor de la tolerancia que en ella reina, sus no comunes conocimientos y la admirable constancia que en un tiempo relativamente corto le ha hecho aprender nuestra difícil lengua con perfección bastante para dirigir su voz á un público tan autorizado, sin que las naturales dificultades con que á fuer de extranjero tuvo que tropezar, impidieran que con gusto y provecho le oyese tan escogido concurso. Sorpresa no pequeña hubo de causar el orador alemán, al ver que después de descartar dificultades y ahuyentar intransigencias, afrontaba el problema positivista buscando armas con que resistir y vencer sus oscuridades en las doctrinas de Hamann, autor de quien dijo ser sobremanera oscuro y por demás desconocido, merced á circunstancias personales é históricas bastantes á disculpar y aún á justificar oscuridad y desconocimiento tan grandes.



Túvose este aserto del reverendo pastor por muy abonado y cierto, pues no obstante estar allí los más que en cosas de literatura y filosofía alemanas se ocupan, sonaba el nombre de Hamann como un ruido asaz discordante y desacostumbrado. Sin embargo, fué llamado este autor el *Mago del Norte*, y Goethe, Herder, Jacobi, Juan Pablo, Kant y otros escritores eminentes de su tiempo tuvieronle mucha estimacion, no de otra suerte que otros tambien muy distinguidos como Roth (1), Ruge (2), Gervinus (3), Faber (4), Weber (5), Heinrich (6), Lichtemberger (7), Gildemeister (8), Brœmel (9), Diesselhoff (10), Schlegel (11), Hettner (12), Erdmann (13) y otros le han dedicado posteriormente trabajos estimabilísimos. Importaba, pues, averiguar cuáles fueron el carácter y las doctrinas de este extraño pensador, fijar un momento la atención en lo que fué y en lo que hizo, consagrando á su existencia un recuerdo y á su génio un tributo de consideracion. La posteridad no debe escribir nunca los epitafios que dedica á las ilustraciones pasadas sin una detenida é imparcial consideracion de sus méritos y servicios.

## I.

Juan Jorge Hamann nació en Kœnisberg el año de 1730. Su padre era cirujano y la casa del futuro pensador era muy frecuentada por estudiantes pobres, que daban á los hijos del dueño en sus útiles conversaciones los rudimentos de diversos estudios. Hamann y su hermano menor, que era el de más

- 
- (1) *Obras de Hamann*. Berlin. 8 t.  
 (2) *Hallische Jahrbücher*. 1839.  
 (3) *Geschichte des Deutschen Dichtkunst*.  
 (4) *Revue Germanique*. 1860.  
 (5) G. Weber. *Histoire de la litterature allemande* Trad. de F. Lautre. París. Lacroix. 1867.  
 (6) *Histoire de la litterature allemande par G. Heinrich*. París. Franck. 1870.  
 (7) G. Lichtemberger. *Histoire des idées religieuses en Allemagne*.  
 (8) Gildemeister. *Hamann's Leben und Schriften*. Gotha. 1857.  
 (9) Brœmel. F. G. *Hamann*. Berlin. 1870.  
 (10) Diesselhoff. *Wegweiser zu J. G. Hamann*. Elberf. 1870.  
 (11) T. Schlegel. *Geschichte der Literatur*.  
 (12) Hettner. *Literaturgeschichte des Achtzenden. Jarhrjunderts*.  
 (13) Erdmann. *Geschichte del neuern philosophie*.



porvenir en apariencia, pero que más tarde tornóse imbécil, pudieron adquirir, como ya hemos dicho, una idea de los distintos ramos del saber, bastante á despertar su inteligencia y á descubrirles anchurosos horizontes. Los padres de Hamann desplegaron una extraordinaria actividad para asegurarle los beneficios de la educación. Hicieron cuanto les fué posible por iniciarle en el conocimiento de las ciencias, por enriquecer con las más diversas nociones su juvenil entendimiento. Mas sucede en estas cosas lo que en todas las que conciernen al desarrollo físico y moral del hombre: el exceso de interés en los que han de dirigirlo suele ocasionar grandes extravíos. De falta de método resintióse siempre su educación y él mismo nos dice en páginas elocuentes que el demasiado trabajo inútil fué nocivo para su carácter y disposiciones. Adornado de algunos conocimientos de escasa aplicación, faltábanle, sin embargo, los que pueden considerarse como base más segura y firme de la cultura. A los diez y seis años comenzó su vida universitaria. Dedicóse á la teología, que hubo de abandonar primero por el derecho y luego por la filología y las bellas letras. Hamann nos ha dejado interesantes noticias sobre las vacilaciones que le llevaban del un al otro campo del saber. Errante en los senderos de la ciencia, perdió, según dice él mismo, la vocación que creyó tener un tiempo para la teología. Débil de memoria, difícil de palabra, profundamente penetrado de la importancia de las funciones eclesiásticas y de las escasas condiciones de un clero pervertido para llenarlas satisfactoriamente, sintióse incapaz de sobreponerse á tantos obstáculos. Despertáronse después en su impresionable espíritu inclinaciones muy vivas que le llevaban á los estudios arqueológicos, á la crítica, á la poesía y á las lenguas. Dominaban sobre todo á su pensamiento en aquel período la afición á los escritores franceses y el deseo de imitarlos. Encantábanle las dotes brillantes de estos escritores, la rapidez que tienen todavía para concebir, sus incontestables cualidades para deleitar á la imaginación, para conmover á las almas y para acariciar con blanda música á los sentidos. Y luego la exaltación de su espíritu le pintaba con los más brillantes colores una existencia dedicada con desinterés completo al cultivo de la ciencia



y de las letras. Creyó encontrar una grandeza imponente y sublime en la abnegación de un trabajo ajeno de todo propósito de lucro, de toda esperanza de inmediata utilidad. Se necesita haber nacido con la vocación de poeta ó de filósofo para darse cuenta de estos hermosos sueños de Hamann. Se necesita haber considerado como un verdadero sacerdocio la difusión de los conocimientos ó la contemplación de la belleza en éxtasis purísimos que hacen resonar en el fondo del alma los ecos solemnes y misteriosos de las grandes armonías del mundo, haber puesto toda la vida interior, ideas, sentimientos, instintos, pasiones, en el libro que se lee ó en la página que se escribe, para comprender ese olvido santo de toda mira egoísta, de todo propósito interesado, de toda ambición secundaria, ese espontáneo y entusiasta sacrificio de la propia utilidad, del medro, de la gloria en aras de la impersonal verdad, de la impersonal virtud y de la impersonal belleza. Ilusiones son estas que se desvanecen poco á poco dejando enfermas de incurable y tristísima nostalgia á las almas que las abandonan. Hamann se curó bien pronto, mas no se curó radicalmente de la peligrosa enfermedad de soñar. Después de los sueños propios de los poetas que viven de imágenes, de los filósofos que viven de ideas, vinieron los del hombre desengañado que busca en las riquezas el descanso de las luchas y penosas incertidumbres de la vida diaria. Hamann acarició la idea de ser rico, opulento. Mas la manera de ser con que nacemos es como la figura: solo se pierde en la hora de la muerte. Hamann no podía aspirar á la riqueza como un comerciante, como un industrial, como un hombre de negocios que trabaja, acumula ahorros y prepara operaciones maduramente pensadas y reflexivamente dispuestas. Esperaba que la riqueza entraría algun día por sus puertas de extraña é inesperada manera, como las hadas, indisolublemente ligadas con los hermosos recuerdos de la infancia, entran en los castillos de naipes que albergan las risueñas ilusiones de los niños. Estos nuevos propósitos le llevaron á más prosáica esfera. Entró en el seno de una acomodada familia en calidad de preceptor. Y en verdad que se necesitaba confiar desmedidamente en la suerte para prometerse tan considerable fortuna



del enfadoso ejercicio de unas funciones tan modestas. Esperábanle en esta jornada muchas amarguras y nuevos desengaños. Entristecen, á pesar de su estilo sencillo y familiar, las quejas de Hamann al verse encargado de la educacion de tres personas que eran, segun nos cuenta con admirable ingenuidad, el alumno que le habian confiado, la madre de éste, mujer brutal é inculta, y él mismo. No habia nacido Hamann para preceptor. Cúlpase de sus debilidades, quéjase amargamente de su ciega confianza en sí propio y en los demás y confiesa con dolor las heridas que hacian en su impresionable carácter tantos desengaños y contrariedades tan repetidas.

Cansado de buscar fortuna por estos caminos, decidióse Hamann á emprender la más decisiva prueba. Hallábase en 1755 en casa de un amigo leal y querido, que vivia en Riga, y que se llamaba Berens, y con el cual se dedicó á los estudios económicos. Esta casa fué un refugio para Hamann, despues de tantos disgustos. Queríale este amigo como á un hermano, y, segun dice Hamann, *casi como á un hermano mayor*. Por aquel tiempo hallábase el desengañado profesor firmemente resuelto á sujetarse á las aficiones utilitarias que ya predominaban en Europa. Hablóle su amigo de proyectados negocios que presentaban lisonjera perspectiva, y como confiase grandemente en los talentos de Hamann, encargóle de gestionar aquellos. Para dirigirlo era necesario trasladarse á Lóndres, y así lo hizo. Mas nada hay tan engañoso, nada tan inútil como contrariar caprichosamente la propia vocacion. Y al surcar los mares en direccion de la gran ciudad comercial, al dejar en el lejano horizonte el sagrado suelo de la pátria, las ocupaciones predilectas, los amigos queridos, al encontrarse solo con un enigma delante, con la duda en el pensamiento y la tristeza en el corazon, pudo Hamann reconcentrarse en sí propio, afrontar las eventualidades de su nueva vida, darse cuenta de su impremeditacion y de los riesgos de la empresa en que estaba comprometido. Reprendióse severamente por haber variado una vez más de objeto y de opiniones. Atraído del un lado por la ciencia, del otro por los negocios llamándole una y otra carrera con



voces distintas, y que resonaban las dos profundamente en su agitado espíritu, penetróse de una duda profunda en sí propio. ¡Oh! Cuando el hombre no encuentra en la intimidad de su conciencia un pensamiento, un propósito, algo que le advierta de la existencia de una voluntad firme en las profundidades de su sér interior, tíñense todas las cosas con tristísimos colores. De estas largas meditaciones resultó para Hamann una idea clara de su posición. Resolvió no ocuparse en otra cosa más que en hacer fortuna y en corresponder á la confianza que su amigo habia depositado en él. Habia tenido siempre por Inglaterra una inclinación profunda. Muchas veces se la habia figurado rodeada de los mares, envuelta en la bruma, como el hermoso secreto de su ventura, como la pátria de sus fascinadoras quimeras. Allí esperaba encontrar el hada tantas veces presentida que habia de traerle la fortuna acariciada por sus locos deseos. No bien hubo llegado á Lóndres, cuando trazó su plan de campaña. Urgia, sobre todo, darse á conocer en ese emporio de las riquezas, adquirir buenas relaciones, que le sirvieran para encontrar el deseado y siempre oculto vellocino de la felicidad. Faber ha observado con tino que el hombre á quien le fué forzoso abandonar la carrera eclesiástica por la dificultad y torpeza de su palabra, queria abrirse paso con los dones de la conversacion y la galantería en los salones á que su ambicion le llevó, y en los cuales iba á tropezar inevitablemente con el mismo obstáculo. Mas sólo le aguardaban desengaños en esta nueva fase de su vida. Causaban, segun cuenta él mismo, grandísimo asombro en Lóndres la importancia del negocio, la calidad de los medios y las circunstancias verdaderamente inadecuadas de la persona encargada de llevarlo á cabo. Los caractéres más benévolos no tuvieron más que compasion para el pobre Hamann. Cansado ya de buscar en su pensamiento grandes recursos de iniciativa, decidióse á tener calma y á esperar con los brazos cruzados alguna buena ocasion. Y de esta suerte, al verse en medio de la agitacion y el movimiento que reinan en la Bolsa de Lóndres, en vez de ir de comerciante en comerciante tomando parte activa en los negocios que se realizaban, entreteníase



el extraviado filósofo en estudiar el corazón humano, descubriendo con paciente observación en los cambios de fisonomía y en las palabras, secretos psicológicos, revelaciones del alma, ó bien contemplando las estatuas ó hablando solo en voz alta para ejercitarse en el manejo de la lengua inglesa y dominar á la torpeza de su palabra en medio de aquel ruido atronador, no de otra suerte que el orador insigne de Grecia, el incomparable Demóstenes, acudía á orillas del mar para ensayar ante las olas y en medio de sus imponentes rumores las arengas que habían de conmover poderosamente á sus compatriotas y á la posteridad.

Hacíase poco á poco muy angustiosa la situación económica de Hamann. Sus mercantiles tareas tuvieron un fracaso. Era natural, como observa Heinrich, que lo tuvieran. No fueron los procedimientos adoptados por Hamann los más oportunos para que alcanzaran término feliz. Y si los procedimientos resultaron inadecuados, más inadecuado todavía era, á decir verdad, el carácter del personaje. Engañado por falsos amigos, quedó al cabo reducido á la mayor miseria y con el espíritu angustiado por el remordimiento de algunas faltas á que se dejó arrastrar.

Despertóse por aquel tiempo en su corazón el sentimiento religioso. Entre otros libros, había comprado una Biblia, que hasta entonces permaneció cerrada sin que su dueño cuidara de leerla y estudiarla. De pronto, convirtió toda su atención á esta lectura, y ella le dió nuevas fuerzas y consuelos sublimes. La poesía hebráica, llena de imágenes, de misterios, de parábolas, de símbolos, de oscuridades sublimes y de fulgores celestiales, tenía que encontrar ecos profundos en el alma del mago del Norte. Este amor á la Biblia ejerció una influencia decisiva sobre Hamann, y por medio de éste, sobre uno de los hombres que andando el tiempo habían de glorificar más poderosamente á su patria y á sus doctrinas, el gran Herder. Cuando se estudian las admirables páginas consagradas por este hombre ilustre al *espíritu de la poesía hebráica*; cuando se lee la carta enternecedora en que contaba el estado de su ánimo mientras lo escribía á su excelente y desdichado amigo J. J. Hamann, salta muy luego á la vista la parte



que á éste cabe en una vocacion tan declarada y en una veneracion tan religiosa como las que se notan en ese escrito admirable.

Mas no perdamos el hilo de nuestra narracion. La asídua lectura de la Biblia ocasionó, como he dicho ya, una revolucion en el espíritu de Hamann. Terminaron sus indecisiones y sus quimeras porque se pronunció francamente su aptitud y se declararon sus tendencias. Resolvió emprender el viaje de regreso al continente y partióse para Riga. Allí le esperaba con los brazos abiertos su leal é invariable amigo. Decidióse Hamann á dirigir la educacion de algunos de los individuos de la familia que le ofrecia una hospitalidad tan franca y generosa, particularmente á formar y completar la de la hija mayor de la casa, y hubo un dia en que brilló para él la esperanza de una felicidad no buscada y por esto mismo más completa. Preparábase su matrimonio con esta jóven, cuyo corazon habia podido conocer profundamente, cuya inteligencia habia educado con sus lecciones. Mas todo vino á tierra de un golpe. La union proyectada debia unirle con más estrechos lazos á su amigo, y el fracaso que aquella tuvo los separó.

Inútil es querer expresar en pocas páginas la profunda huella que dejó este nuevo desengaño en el alma de Hamann. Cuando habia trascurrido ya algun tiempo desde este triste suceso, el pobre místico recordaba aún con profunda emocion aquel hermoso sueño tan ardientemente acariciado y tan pronto desvanecido. Daba á esa mujer querida el nombre de compañera ideal, de su Maintenon y su Sevigné. Contemplábala en su imaginacion, reproducia todos los rasgos de su cuerpo y todas las aptitudes de su alma, como si todavía pudiera observarla en aquel tranquilo hogar de Riga, donde volvió fatigado y triste de su inútil excursion á Inglaterra, y no lo hubiera dejado para recorrer á solas ó con una compañía muy diferente el camino de su apesadumbrada existencia. Nuestros lectores comprenderán, sin duda, que nos detengamos un poco en estos hechos particulares: ellos saben perfectamente que uno de los grandes progresos de la crítica consiste en apreciar con exactitud la considerable



parte que toca á las peculiaridades del carácter y á las vicisitudes de la vida en el talento y en las obras de un hombre ilustre.

Herido profundamente en su alma, alejóse Hamann de Riga y volvió á Koenisberg, al lado de su padre, despues de haber visto desvanecerse tantos sueños de gloria y de ventura.

Mas importa estudiar esta ruptura, que se relaciona estrechamente con el objeto de nuestro trabajo, encaminado á poner de relieve el carácter de Hamann al par que la verdadera importancia de sus doctrinas. Y precisa para alcanzar este resultado darse exacta cuenta de la disposicion de su espíritu cuando volvió á Riga. Volver á esta ciudad desde Londres casi era lo mismo para este pensador que volver á su pátria. Nuestros lectores saben que Koenisberg está muy próxima á Rusia. Puede decirse que Alemania extiende sus brazos en esta ciudad inmortalizada por Kant para recibir en ellos amorosamente al espíritu slavo, siempre ingrato á sus caricias. Riga á su vez es una poblacion que ha sido sucesivamente arzobispal, independiente, polaca, sueca y rusa, que es hoy dia capital de Livonia y que ofrece á los navegantes un buen puerto sobre el Báltico. Basta lo dicho para que se comprenda cuán cerca está de Prusia y cuán impregnada debe de estar del espíritu y las costumbres alemanas. Al hallarse, por decirlo así, entre los suyos, expresion que justifica todavía más el verdadero cariño que Berens tuvo siempre por él, Hamann debió sentirse profundamente tranquilo; mas esto no era posible. No se concibe tormento mayor ni más íntimo para un hombre que la ruina y destruccion de todas sus esperanzas, de todas sus aspiraciones. Habia ido á Lóndres en pos de la fortuna, y ésta habia huido cruelmente de sus proyectos. Objeto de compasion para unos, de ironía para otros, martirizado por los desengaños y por la escasez de recursos en uno de esos grandes centros de poblacion en que la multiplicacion de los adelantos y de los refinamientos llama sin cesar al deseo, profundamente arrepentido de las vacilaciones que gastaban sus fuerzas, y de las quimeras que atormentaban su imaginacion, grandemente penetrado de



la extension de sus deudas de todas clases para con un amigo tan leal y generoso, así como de la imposibilidad de pagarlas, tenia por fuerza que suceder á Hamann lo que siempre acontece en casos tales, tenia que sentir profunda tristeza é inquietud, amarguras grandísimas y desconfianza más grande aún de sí mismo y de cuantos le rodeaban. Ya en Lóndres, queriendo hallar un refugio para su intranquilo espíritu, habia tratado de aturdirse algunas veces con el ruido y bullicio del mundo. ¡Inútil afan! El destino no suelta nunca su presa, y Hamann estaba condenado á buscar en todos los manantiales la satisfaccion de la inextinguible sed de su alma sin encontrarla en ninguno. La desgracia tiene exigencias durísimas. Pocos son los hombres que pueden afrontarla sin que sus defectos se agranden desmesuradamente y sin que sufran lamentable atrofia esas cualidades modestas y fecundas que endulzan la vida serenando las almas. Inútil seria querer entender las cartas de Hamann á Berens y á Kant sin estas reflexiones prévias. Su amor propio, exacerbado por la contradiccion y nutrido de místicas imágenes; su ironía, que le hizo incurrir muchas veces en grandes injusticias para con el generoso amigo que le habia ayudado tantas veces, y para con el ilustre filósofo que deseó mediar en aquella lamentable contienda; el extraño escepticismo con que á las veces se expresa y que es muy propio de los místicos siempre dispuestos á hundir en el polvo todas las aspiraciones y todas las tendencias que tienden á enaltecer nuestra desdichada naturaleza; la escitacion constante de su espíritu propenso á la amargura y al exclusivismo, ¿no son por ventura señales de una interior tempestad imposible de calmar para la cristiana conversion, que despertó en lo más íntimo de su alma las ideas que él habia de representar en el movimiento literario de su país? Sin ir tan léjos como Roth, que, llevado de su celo ortodoxo por la gloria de Hamann, cree encontrar en sus confidencias la ingénua revelacion de su alma, toda su rectitud, franqueza, sinceridad y pureza de motivos, el candor y la dichosa combinacion de humildad y justa confianza en sí mismo que en el personaje encuentra, ni mostrarnos tan injustos como Ruge ó tan severos como Gervinus, diremos



por nuestra parte que nada hay tan aventurado como buscar en las confesiones escritas y en las cartas de aquel tiempo los caracteres verdaderamente íntimos de una personalidad, que Hamann expresa sus cualidades en sus cartas y relaciones, pero también sus no pequeños defectos, muchas veces confesados por él mismo, que era un hombre débil, aunque emprendedor, descorazonado al par que impresionable, y menospreciador de las cosas del mundo y del hombre al par que grandísimo apreciador de ciertas cualidades que las más veces encontraba en sí propio.

De ciertas acusaciones que el mismo Hamann se hizo alguna vez y que han dado lugar á que la opinion se extravíe con frecuencia al considerar sus condiciones de carácter y los hechos de su vida privada, sólo nos ocurre que es más prudente atenerse al texto de las confidencias á que nos referimos. Si Hamann quiso aturdirse, si fué víctima en ocasiones diversas de tentaciones atormentadoras, si habla de esto con la forma extraña y apasionada que le distingue, no es por eso ménos cierto que él mismo nos dice que pudo detenerse al borde del precipicio y dominar de este modo á los impulsos que amenazaban despeñarle. Y aunque así no fuera, aunque alguna vez hubiera caído, ¿no sería oportuno recordar las frases sublimes del Redentor del mundo, cuando la muchedumbre amotinada se desbordaba en imprecaciones contra la mujer adúltera, y decir á los severos jueces de Hamann que arroje la primera piedra quien esté sin pecado? Sentiria que mis lectores viesan en esta sencilla frase la menor intencion de justificar culpas que no me constan ó de zaherir con amarga ironía una conducta que no tengo motivos para censurar duramente.

Vuelto Hamann á casa de su padre, vivió con él cuatro años, ó sea hasta la muerte de este. Fecundos y laboriosos fueron esos años de su vida. El griego, las lenguas orientales, la teología y el Nuevo Testamento fueron sus estudios favoritos. Leía al mismo tiempo todos los libros que podia proporcionarse con la rapidez y fácil penetracion que le distinguian. Pocas veces se ha visto un hombre más apto para comprender y asimilarse rápidamente las ideas. Mas tuvo en su edad ma-



dura el mismo inconveniente con que hubo de tropezar en sus primeros años. Una ansiedad inacabable, un absorbente deseo de recorrer todos los campos del saber y de apropiarse todos sus progresos, le hacían desordenarse no poco. Trabajaba, á pesar de todo, sin descanso y con aprovechamiento. Presentase ahora ante nosotros una cuestión que no carece de importancia. Muchas veces se ha dicho que más bien que amor al saber había en Hamann una vana y nerviosa curiosidad. ¿Se ha querido decir con esto que lo útil y profesional no le preocupaba en cosas de ciencia? ¡Qué gran delito! El lector comprenderá de sobra que utilidad es ésta á que ahora nos referimos.

Nos cuesta trabajo comprender y refutar este cargo, ó mejor dicho, decidírnos á reducir á sus verdaderas proporciones la cosa de que se trata. Detrás del cargo estamos viendo á esos espíritus vulgares que han hecho regla obligatoria de la vida intelectual las circunstancias personales á que se han sujetado en su carrera literaria; oscura gentecilla, á cuyas ridículas pretensiones brinda favor inmerecido y lamentable el modo de ser reglamentario y formalista que prepondera en la sociedad europea de no pocos años á esta parte. Lo que había de cierto en el particular es que Hamann tenía un espíritu algo indisciplinado é irregular, que su primera educación había introducido algún desorden en sus estudios y en su manera de pensar, que sus continuados desengaños y las repetidas contrariedades que cayeron sobre él le habían quebrantado y contristado profundamente. Mas dejémosle hablar á él mismo. *Oro y trabajo como un cristiano, como un peregrino, como un soldado en tiempo de paz. Mi destino no me lleva al comercio ni á la política, ni á la sociedad. Nada soy y puedo serlo todo cuando quiera.* No creo que pueda hallarse más bella y profunda frase que la siguiente de Hamann en el orden de ideas á que se refiere; *Carezca por siempre mi nombre de autoridad á condicion de que pueda consagrar mis días á los deberes divinamente bellos de la oscuridad y la amistad.* Aquellos cuatro años los pasó nuestro filósofo dedicado á prestar á la ancianidad de su padre los cuidados filiales y á trabajar asiduamente, aunque en su manera de hacerlo se vislum-



brara cierto desórden que está íntimamente relacionado con su característica originalidad.

Así trascurrieron estos años de la vida de Hamann, cuando llegó para él un momento difícil y angustioso en que hubo de buscar un empleo para atender á su subsistencia. Obtuvo este empleo en el ramo de aduanas, en la de Koenisberg.

Inútil seria buscar hechos importantes en la vida de nuestro personaje á partir de esta resolucion, que le llevó á vivir tan modestamente y á dedicarse al ejercicio de unas funciones tan subalternas. En este período de su vida solo tienen verdadera importancia sus estudios y sus obras. Olvidábamos, sin embargo, un hecho bastante capital: el matrimonio de conciencia, como dicen los franceses, que introdujo en su hogar una mujer ruda, pero muy buena y querida. Este enlace despierta el recuerdo de Rousseau en casi todos los espíritus. Faber lo apunta, y no es extraño en quien tantas veces se acuerda de Rousseau con motivo del carácter y las cartas de Hamann. Refiramos el caso tomando por base de nuestra narracion las confidencias del interesado. Una campesina, hija de honrado aldeano, asistió al padre del filósofo en sus últimos años. Este cuidado asídúo en que resaltaba la naturalidad de un carácter exento á los múltiples artificios de las educaciones esmeradas, hizo que Hamann la adoptara luego por señora de su casa. Su lozana y florida salud, dice él mismo, al par que su fortaleza y ruda honradez, llena de consistencia y terquedad, produjeron en su ánimo una impresion que no pudieron borrar la ausencia ni el extremo de la desesperacion, ni la reflexiva calma. No la hizo su esposa legítima por temor á que un cambio tal hubiese hecho de esta criada lo que no podia preverse: decidió por consecuencia confiarle las llaves de su casa, sin elevar la union que entre ellos existia al grado de legítimo consorcio. Y no procedió de esta suerte por orgullo, sino por creer que una posicion diferente hubiese sido ménos favorable á su felicidad y á la de sus hijos. Sostenia, además, que las relaciones de este género eran más frecuentes en Alemania que en otro cualquier país. Hemos dado cuenta del hecho, con-



formándonos con las explicaciones que el mismo Hamann daba á su ilustre amigo y admirador Herder. Claro está que no tratamos ni podemos tratar de defender su conducta, ni de llevar al ánimo de nuestros lectores la convicción de que puede justificarse fácilmente. Si alguna justificación tiene, la hallará en los motivos de más íntimo carácter que es posible reconocer á una acción del hombre, y en este caso, el lector verá de qué modo le llevan á entender el caso sus condiciones de sensibilidad y de carácter, su modo de ser y de pensar.

Los últimos años de su vida fueron tal vez los más risueños para Hamann. Un jóven y opulento admirador le señaló una pensión considerable. Estos rasgos que recuerdan el hermoso tipo que nos ha legado la antigüedad en la persona de Mecenas, no han sido raros en Alemania y países limítrofes, donde los rigores del clima favorecen la concentración interior, y con esta el amor á las letras y la protección al génio. Los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA han podido admirar recientemente la correspondencia de Schiller y el duque de Schleswig Holstein, admirablemente coleccionada y comentada por Max Müller, esas bellísimas cartas llenas de generosos sentimientos, de entusiasmo, de fé en el progreso, de desinterés y de génio. Solicitado por ese amigo, trasladó Hamann su residencia á Pempelfort y á Munster, donde vivió al lado de Jacobi y de la princesa de Galitzin, á quien aquel le recomendó. Esta dama se distinguía por su amor al arte y al génio: era, como ha dicho admirablemente, nuestro autor *una mujer consumida de pasión por lo grande y por la bondad del alma*. Allí murió Hamann á 30 de Junio de 1788.

## II.

Hémos ya á mitad del camino. La dificultad grande de esta segunda parte de nuestro trabajo proviene del propósito mismo que lo ha hecho nacer. Se concibe una exposición sistemática de las doctrinas filosóficas que con tal sistema aparecen. Querer hacer esto mismo con las de Hamann fuera una grandísima equivocación. Porque Hamann no era un



filósofo propiamente hablando, ni él mismo hubiera querido que así le llamaran. Se suele decir que su oscurísima forma dimana de su originalidad; así como las dificultades que su lenguaje y estilo presentan, sobre estar ocasionadas por esa misma originalidad, proceden de una inmensa erudición á que recurre sin cesar por vía de comparación, ejemplo ó imágen, no siempre comprensibles para la generalidad de los lectores. Sin negar esto que se dice, quédanos el derecho de sostener que hubo más poderoso motivo para que Hamann no se expresara clara y sistemáticamente. Había en su espíritu una curiosa combinación de desordenada fantasía y de abstracta reflexión. De aquí que anduviera rozándose constantemente con las más complicadas especulaciones, al par que revistiéndolas incesantemente con las galas extrañas y asombrosas de su fecunda y desarreglada fantasía. Hamann coincide con Kant en las conclusiones críticas de este insigne autor. Mas sepárase del pensador ilustre que descompuso con una paciencia y maestría tan grandes el mecanismo de la inteligencia, desde que la obra de Kant presentase con todos sus caracteres propios y distintivos. El conjunto de la obra kantiana repugnaba á Hamann. Parecíale una síntesis mística ó escéptica. ¡Extraña acusación por lo que toca al misticismo! Reprochábale también cierta idolatría de las funciones puramente dialécticas del pensamiento, por lo cual no podía ver los objetos tales como son.

Ha de vivir el hombre más intensamente, según Hamann, cuanto más extensa y armónicamente se desarrollen todas sus facultades. La revelación íntima no es sólo de razón, sino también de sentimiento. Donde la razón no llega sola, llega con éste. La vida plena y santa es la de aquel que desechando vanos escolasticismos, busca en los manantiales interiores las puras aguas que han de calmar su sed espiritual. Y aquí nos ocurre una imágen que servirá para hacer más comprensible el punto de vista que Hamann tomó. No podrá calmar su sed quien no la tenga tan grande que le estimule con fuerza á buscar las más abundosas fuentes. De aquí, que sólo cuando el hombre sufre y padece, cuando nota un vacío en su sér y necesita imperiosamente que se llene, es cuando em-



pieza su verdadera iniciación, la que ha de llevarle al grado de perfeccionamiento intelectual y moral en que radica la más alta excelencia de la vida. Y luego la ciencia no ha de tomarse cual generalmente se la considera. No ha de ser una fórmula vana, sino una viva obra. El hombre ha de ir á ella por propio impulso, espontáneamente, cuando mejor le parezca, y en la forma y método que más á propósito estime por inclinación propia y vocación verdadera. Nótase una incomparable monotonía en la historia de la especulación filosófica. Cae ésta siempre cuando se aleja de un campo en el que ántes ocupó y vice-versa. Por manera, que no se puede seguir el mismo camino que en tan lamentable suplicio ha puesto al pensamiento, y que es fuerza entender y practicar de otro modo los deberes de la vida intelectual. No se comprende bien esta manera de entender y explicar la ciencia. Tal vez hubiera sido más claro y más práctico negarla por completo. La ciencia no puede ser la obra individual que Hamann quería. Cuando el individuo se aísla en su sola razón, poco ó nada alcanza. Ni hay limitaciones tan grandes como las que pesan sobre el individuo. Sus sentidos solo le descubren una pequeñísima parte de las cosas. Sus condiciones físicas le imponen restricciones y límites que en vano querría superar. Decidle á un Pascal que vaya como un Livingstone á tierras desconocidas, que para enriquecer la geografía con grandes progresos penetre atrevidamente en tierras ignotas, que navegue en lagos sin nombre, que desafíe la ignorancia de tribus incultas, que duerma á la intemperie en un suelo húmedo y rodeado de fieras que le despierten sin cesar con sus rugidos, que riña descomunales batallas con gente ruda y salvaje, que nutra su cuerpo con agrestes alimentos y martirice su alma con la incertidumbre, la angustia, la soledad, y vereis cómo la salud de este nuevo Pascal os sale al encuentro y os prueba que no es posible en manera alguna lo que ha fingido vuestra acalorada fantasía. Y luego vienen las más altas limitaciones. El espíritu aparece en la naturaleza. Puede decirse que la vida de todos los hombres no es más que una lucha entre el espíritu y la materia. Y cuánto trabajo silencioso y rudo há menester el espíritu para desprenderse poco á poco



de las garras del sér natural! Este despertar es sublime, pero es muy lento. El individuo entregado á sus propias fuerzas, tendria que rehacer eternamente el trabajo de toda la humanidad. La humanidad, pensando durante largo trascurso de tiempo, crea y constituye las ciencias. Estas vienen á ser una expresion viva y adecuada de la razon universal que se manifiesta en el hombre, no en un hombre. El hijo del siglo XIX recibe por todas partes las revelaciones de la razon universal, que ha dejado sus testimonios en los sistemas de los filósofos, en los descubrimientos que se han verificado en las ciencias particulares, en las grandes creaciones del arte y de la poesía, en las religiones positivas, en los progresos políticos, en las costumbres, en la moral, en el derecho estricto, en el espíritu de las naciones, en el de raza, en el de familia, en la educacion. Aquel que está en mejor aptitud para asimilarse todos los procesos inconscios y conscios que caracterizan á su edad, es el más grande de los hombres. Mas hay al lado de esta iniciacion fatal una iniciacion consciente y voluntaria; la iniciacion científica, propiamente dicha, que se hace con el método, con la meditacion, con la lectura, con la polémica, con la produccion exterior. Quitad todo esto y ya no hay ciencia. La obra solitaria de un pensador que se reconcentra en la intimidad de su sér, queriendo que esta reconcentracion le baste, es un geroglífico que ni él mismo entiende. Mientras el hombre no se eleva á la razon universal que se manifiesta en la historia, inútil es que quiera elevarse á la verdad. Y aún así...

Hamann no queria oír hablar de filosofía sistemática. Todos sus escritos son una enérgica reivindicacion del sentimiento personal y subjetivo, del hombre real y de sus conocimientos empíricos. Tenia este extraño pensador un espíritu indisciplinado. Era filósofo, y censuraba acerbamente á la filosofía. Hablando de Mendelsohn y Lessing, inteligencias tan elevadas y superiores á todo artificio, lamentábase de que la filosofía hubiese acortado tal vez los dias de ámbos, y comparábala con las prostitutas. Aceptando por un momento esta extraña comparacion, podriamos contestar al autor que de la filosofía, como de la Magdalena, es fuerza decir que se sal-



vará por haber amado mucho. ¡Y por qué decir que envenenó los días de sus ilustres amigos! ¿No ha dicho él mismo que *fueron dulces y amables en vida, quedando unidos aún despues de muertos, más ligeros que las águilas, más fuertes que los leones?*

Siendo tales las disposiciones de Hamann con respecto á la filosofía, no es maravilla encontrarle muy predispuerto contra la religion natural, que es una creacion esencialmente filosófica. Y no creyendo en la filosofía, mal pudo creer Hamann en la religion natural. La razon general era para este pensador una vacía abstraccion. Y como la religion natural radica en esa razon misma, es tambien abstracta y vacía. Alégase que la revelacion es discutible, mínanse sus fundamentos, desconócense sus testimonios, atribúyese todo su contenido á la ignorancia supersticiosa de los unos y á la falsa creencia de los otros. Mas ¿cómo querer que no sea igualmente dudosa y problemática esta religion natural, nacida en las soledades de una razon siempre variable y subjetiva? La religion natural, como el lenguaje natural, es un ente de razon. No habia para Hamann más ridícula y absurda idolatría que la de tantos espíritus fuertes, que dieron en consagrar su culto á la madre Naturaleza. Redúcese toda religion natural, en sentir de Hamann, á pura supersticion y pura incredulidad. En los más suntuosos templos de la filosofía, parecíale que se admiraba su arquitectura rica y ostentosa, sus deslumbrantes frescos, la inagotable riqueza de la ornamentacion, mas que no habia llegado quien osase entrar en ellos con la antorcha en la mano para que, á su luz, apareciera en toda su fealdad el mono burlon, en aras del cual se hacian tantos y tan señalados sacrificios. Veia nacer en las filas de la religion natural algo como una gerarquía análoga á la católica. Y luego creia encontrar signos de grandísima decadencia moral en una hipocresía farisáica, nacida á la sombra de las especulaciones que combatia. Alejábanle de la filosofía popular, de esta filosofía religiosa, estrechamente enlazada, sin embargo, con los nombres de Lessing y Moisés Mendelsohn, á quienes, como hemos visto, profesó siempre una admiracion profunda y cariñosa, sus nociones



vacías, sus fantasmagorías ideales, y lo que llamaba idolatría de las palabras. No quería prescindir del entendimiento ni de los principios, sino reivindicar los derechos del sentimiento. Tendía á conciliarlos de tal suerte, que mutuamente se regulasen y completasen. Toca al sentimiento vencer á la larga; mas precisa someterlo ántes á un riguroso exámen, en la inteligencia de que si resultara triunfante de este exámen, quedaria demostrado que merece predominar sobre las ideas, por grandes y elevadas que éstas aparezcan. Cuando el razonamiento se resiste á toda regla, es tan falso y perjudicial, como la imaginacion cuando se resiste á toda disciplina. Mas no llegó Hamann á formular esta perfecta reconciliacion que apetecia. Deplora sin cesar que toda su vida resulte escasa para llegar á la armonía que, con esfuerzo y ansiedad tan grandes, buscaba por doquier. Lo ideal y lo real, puestos el uno frente al otro, parecíanle hallarse en lastimosa é insostenible contradiccion. El gran problema de la identidad que habia de preocupar á la filosofía post-kantiana, y de procurarle sus más altos triunfos, aparecia ya ante Hamann en sus solitarias meditaciones. ¡Oh! Señálense los grandes filósofos como los grandes poetas, por altísimos presentimientos. Y cuando buscamos afanosamente en la confusion laberíntica de las opiniones de Hamann, de sus extrañas metáforas y de sus complicadísimas digresiones, algo que nos persuada á reconocer en este pensador dotes relevantes, cuando fatigados y entristecidos nos sentimos propensos á convenir con sus adversarios y detractores en negarle toda superioridad filosófica, esta ansiedad que tuvo por llegar á la armonía, estos presentimientos que le animaban, este reñidísimo combate que su alma sostenia con las preocupaciones y los exclusivismos, son para nosotros compensacion felicísima de trabajos, al parecer inútiles de desvelos, en apariencia infructuosos. Luchó, en efecto, por unir lo sensible y lo intelectual contra Kant, que los separaba, y estas dos formas del pensamiento son retrotraidas por él á una luminosa y concreta unidad, más bien entrevista que formulada.

Las más felices aplicaciones de este presentido principio



de identidad son las que hace Hamann en los dominios de la teología. Eran para él divinas al par que humanas todas las cosas. Dios se ha revelado al hombre por la naturaleza y por la palabra. La relación de estas dos revelaciones no ha sido aún completamente dilucidada, mas no es posible negar que ambas se explican mutuamente y que las dos se sostienen. No es propio de un verdadero filósofo creer que demanda el culto de la razón un incomprensible menosprecio de la palabra divina.

La gran aspiración de Hamann era en verdad nobilísima. Quería relacionar íntimamente á la religión con todas las fuerzas vivas del espíritu humano, con todos los ramos del saber, con todas las aspiraciones del alma, con todo lo que produce en sus esferas varias la actividad del género humano. Afligida sobremanera la soledad y aridez en que quisieron encerrarla algunos espíritus estrechos. Sabido es que Hamann influyó grandemente para llevar al alma generosísima de Herder estas hermosas ideas.

¡Lástima grande que los mismos hombres que más frecuentemente invocan á estos dos autores no hayan sabido continuar la grandiosa tradición de su universalidad y su espíritu expansivo!

No deja de ser, en efecto, materias de largas investigaciones la gran predilección de los ortodoxos alemanes por Hamann y sus escritos. Hamann era sin duda un enérgico defensor de la ortodoxia y de la Biblia. Mas su espíritu indisciplinado propendía, sin embargo, á la indiferencia. Radicaban todas las ideas de Hamann en su firme creencia de que nada es verdaderamente grande en las obras del hombre, á excepción de lo que nace espontáneamente en la intimidad de su conciencia. No se ha conocido tal vez una individualidad más poderosa y atrevida. Religión, ciencia, moral, arte, lenguaje, todo en Hamann es de Hamann, y no se concibe de otro modo. Lo que hay es que el hombre en su desesperante ignorancia de la verdadera finalidad de las cosas, no sabe nunca ó casi nunca dónde han de ir ni para qué han de valer sus actos y palabras. Sucede con todas las cosas algo de lo que el ilustre pesimista Hartmann dice á propósito del amor sexual. Piensan los enamorados que el



fin de la pasión que los domina no es satisfacerse y realizar la reproducción de la especie, á pesar de lo cual obra inconscia aunque poderosamente este fin del amor, y los lleva por los caminos que más le convienen con arreglo á las condiciones que presiden en el desarrollo de la especie humana. Esto sería tristísimo si hubiera de entenderse al pié de la letra: bueno es, sin embargo, que nos acostumbremos á oír cosas tristes de la filosofía. Por grandes que fueran el culto y el amor de Hamann á la ortodoxia protestante, cosas que convendría reducir á los términos de la singular idiosincrasia de nuestro personaje, parécenos evidente para todo aquel que con calma é imparcialidad examine el caso, que no pensó nunca en los desenvolvimiento á que llegaron en manos de los románticos las doctrinas á que prestó servicios tan grandes como dicen los que en las filas de aquél le han ensalzado tanto. ¿Tienen por ventura tantos puntos de contacto Hamann y su ilustre amigo Herder con las exageraciones sombrías de los Schlegel, del mismo Novalis, de Brentano, de Tieck, y sobre todo del nuevo Juliano Federico Guillermo IV, y de Hengstenberg? La ortodoxia estrecha que habia de venir andando el tiempo era muy opuesta sin duda al verdadero genio de Hamann. Y sin embargo, éste ha sido uno de los más señalados precursores de aquella importante reacción. Ha sucedido así porque, á despecho de nuestros más firmes propósitos, de nuestros quiméricos planes y engañosísimas ilusiones, la inmanente lógica de los acontecimientos nos demuestra todos los días con precisión abrumadora que, si el mundo obedece en verdad á las ideas, radican éstas en una razón absoluta y se rigen por una dialéctica eterna, muy superiores sin duda á nuestra limitada razón y á la limitadísima dialéctica subjetiva á que atribuye vanamente nuestra credulidad un poder y evidencia que les faltan. El ejemplo de Hamann vale para muchos hoy como ayer, y mañana como hoy. Tienen razón los ortodoxos en referir sus trabajos á Hamann, porque en éste habia dos hombres: el de su hogar, que ya murió llevándose todas sus imaginaciones, quimeras é inconsecuencias, y el de la historia, que vive en las ideas cuyo representante fué con arreglo al carácter sentido y necesidades del tiempo en que vivió.



Mas algo hay en lo que pensó y en lo que dijo superior á la misma causa ortodoxa y á todas las ortodoxias posibles. Y no nos sorprenda esta observacion, pues las ortodoxias y los ortodoxos pasan, pero las verdades del sentimiento y de la razon resplandecen eternamente en los horizontes del tiempo, sin participar de los yerros, ni contagiarse con el exclusivismo de ortodoxos ó heterodoxos: que unos y otros, en cuanto son copartícipes del eterno espíritu, son históricos, y en cuanto no son más que accidente, límite y negacion piérdense en los espacios y en los tiempos como vacías abstracciones.

### III.

Acabo de leer todo lo que precede y hago una nueva division en mi trabajo para recoger algunos de los más importantes hilos de mi trama. Reconócese generalmente que la influencia de Hamann fué indirecta más bien que directa. Para hacerse cargo satisfactoriamente de todo esto, precisa recordar cuál era la situacion del espíritu y las letras germánicas al aparecer Hamann lo mismo que en su tiempo y aún en los posteriores: en una palabra, precisa ponerlo en contacto con sus contemporáneos, ó mejor dicho, advertir y explicar su relacion con éstos.

La literatura alemana fué durante largo tiempo una literatura de imitacion. La primera escuela de Silesia, fundada y dirigida por Opitz, era académica, afectada, formalista hasta la exageracion. Los poetas de la segunda escuela silesiana conservaron gran parte de estos vicios, aunque corrigieron la incomparable afectacion de los Hoffmannswaldau y los Lohenstein, é hicieron algunas obras dignas de recordacion y de aplauso. Habia sobre todo en estos simpáticos cultivadores de la poesía una falta de brio, de estilo, de valentía, una carencia tan grande de afecto, y de esponteneidad, que desposeyeron de todo duradero atractivo á sus apreciables composiciones. Mas no nos detengamos ante esta escuela, en la cual llama sobre todo la atencion un grupo de poetas, los cuales murieron todos jóvenes, dejando sus poesías impregnadas de tristeza, y notables por una gravedad que es sólo comparable



con su melancolía. El criterio de la imitación seguía prevaleciendo y dando los frutos más nocivos. La primera mitad del siglo décimo octavo, fué en este sentido una verdadera desdicha para Alemania. En las cortes, en los círculos elegantes, y en los centros científicos, sólo se hablaba la lengua francesa, que competía con el latín en el aprecio de los doctos y de la aristocracia. Por todas partes recitábanse versos franceses y se comparaba con los griegos como sus únicos émulos, á Corneille y á Racine.

¡Pobre lengua alemana! ¡Pobre espíritu alemán! En vano Lutero había dado á una y otro aquel ímpetu propio de su vigoroso temperamento y enérgico carácter, aquel vigor con que trasformó la conciencia religiosa y levantó su frente de heresiarca, maldito por Papas y Concilios, coronada con el laurel de la victoria y del genio: poco á poco había ido perdiéndose el soplo de vida que infundió en la patria literatura y en su pueblo. Naciones rivales por excelencia son Francia y Alemania. Parece que la sangre vertida en las fronteras que las separan por bárbaros y romanos, despide aún vapores sanguinolentos que inflaman con guerrero ardor los nervios y las venas de una y otra gente; parece que las dramáticas luchas de güelfos y gibelinos, apoyados aquéllos en Alemania y éstos en Francia para hacer de la hermosa península italiana el teatro aterrador de la eterna lucha entre el Sacerdocio y el Imperio han dejado inextinguible odio como huella de fuego en estos pueblos ilustres. Lo que resulta evidentemente demostrado, es que á partir de una fecha ya remota, puede decirse que la historia de las guerras más sangrientas de Europa es ni más ni ménos la historia de la rivalidad de francos y germanos. A ellas nos arrastró en siglos pasados la monarquía patrimonial con sus pactos de familia y sus alianzas: unidos al imperio germánico dejamos en todos los territorios señales de nuestro poder y testigos de nuestro heroísmo, ilustrando los anales de esta histórica enemiga con las insignes proezas de la gente española que hubo de resistirla. Quiso entonces la Providencia que en un momento dado, ganosos de dominios y supremacía levantáramos sobre franceses y alemanes el emblema caba-



llesco de nuestro sin igual poderío hasta que los yerros de los monarcas que tuvimos y el político descaecimiento de nuestros mayores, rendidos ya á teócratas y déspotas, fueron causa de nuestro empobrecimiento y ruina, al par que menguada y triste ocasion de nuestra asombrosa decadencia. Mas dejemos estas amargas memorias y volvamos al asunto que estábamos tratando. Por extraña combinacion de circunstancias habia empezado para Alemania el período en que sus asuntos interiores estuvieron casi á merced de las naciones más apartadas, y como legítima consecuencia de este estado de cosas, el movimiento intelectual tuvo la menor cantidad posible de genuino y verdadero germanismo. La imitacion de los franceses era casi preceptiva y obligatoria en los círculos cultos, como ya hemos dicho. El representante más caracterizado de esta perniciosa tendencia fué Gottsched. Se necesita leer el curioso bosquejo que nos ha dejado Goethe en sus *Memorias* para darse exacta cuenta de este extraño personaje, que hubo de huir de Koenisberg hácia Leipzig para sustraerse á las codiciosas pesquisas de los reclutadores de Federico, que no podian ménos de querer para la famosa guardia de este monarca ilustre á un mancebo tan forzado y arrogante. Mas al cabo en este tiempo, que es el mismo de Hamann, ó sea la segunda mitad del siglo décimooctavo, el espíritu aleman despierta de su largo sueño y lucha por recobrar su autonomía en los dominios de la filosofía y la literatura. De Suiza vinieron las voces que le despertaron. Bodmer y Breitinger, que se habian nutrido con el estudio de los modelos ingleses, á la manera que Gottsched y los suyos se habian educado en el estudio y la admiracion de la literatura francesa, vuelven elocuente y denonadadamente en Zurich por la emancipacion del génio aleman. Dos grandes poetas confirman al cabo con el ejemplo lo que la nueva escuela enseñaba con sus predicaciones. Estos grandes poetas fueron Klopstock y Wieland. No tarda en llegar Lessing, y con la aparicion de este ingenio colosal decídese por completo la victoria. Muy pronto van á aparecer Goethe y Schiller en el cielo del pensamiento aleman como astros de eterna luz. Este movimiento literario no se produjo aisladamente.



La filosofía, que apenas habia alcanzado aún forma y expresion verdaderamente nacionales, conquistólas poco á poco. Sabido es que el gran Leibnitz manejó casi exclusivamente las lenguas latina y francesa en sus obras inmortales. Ocupóse, sin embargo, en preparar dias mejores para la literatura de su patria, y dió poderosísimo impulso á los estudios históricos con los frutos de su vasta erudicion. Y en los tiempos de Wolf y sus discípulos, declaróse más abiertamente la tendencia á favorecer el desarrollo de la cultura nacional. Thomasius se valió de la lengua alemana en sus explicaciones y en sus trabajos jurídicos y filosóficos. Por todas partes se preparó el próximo advenimiento de la verdadera filosofía alemana. Kant estaba para llegar de un momento á otro. Llega al fin, y Alemania conquista un lugar preeminente, el más preeminente tal vez, si exceptuamos á Grecia, en la historia del pensamiento filosófico.

La historia es siempre accion y reaccion. Una inflexible dialéctica depone los hechos en series lógicas que se enlazan sistemáticamente. A la postracion anterior sigue en Alemania un movimiento vertiginoso. La imaginacion se declara señora. Aliada con el sentimiento, niégase á reconocer límites y á consentir trabas. Este nuevo período va á tener un nombre muy significativo. Se llamará del *Sturm und Drang: de la tempestad y el ímpetu*, ó si se quiere de crisis. Un jóven poeta, Klinger, que se presentó con el alma atormentada por la duda, el dolor, la ansiedad de las grandes cosas, como uno de los campeones más decididos de este romanticismo aleman, y que acabó por refugiar su corazon de poeta *tempestuoso y resuelto* en el tranquilo refugio de una posicion lucrativa, escribió un drama titulado *Tempestad y violencia*. Este título hizo fortuna, y sirvió para caracterizar á todo el período literario á que pertenecen la obra y el poeta.

Ahora nos será más fácil comprender á Hamann y explicarnos sus aciertos y sus errores. La aficion que un tiempo tuvo á los escritores franceses, no debe de tenerse en cuenta para explicar su actitud. Verdad es que siempre admiró á Hamann. Pero valen más que esto sus continuas protestas contra la invasion del gusto y de la gente extranjera. Aquí



conviene recordar una de las pequeñas mortificaciones de su vida que más influjo tuvieron en el desarrollo de sus inclinaciones intelectuales. Sabido es que Federico II puso la hacienda prusiana en manos de algunos especuladores franceses, que no tardaron en introducir considerable número de compatriotas suyos en calidad de empleados. Inútil hubiera sido querer montar una buena administración de esta manera. Aquellos codiciosos extranjeros explotaban y esquilaban al país en vez de administrarlo sábiamente. Hamann pudo observar de cerca todos estos males, y ellos le inspiraron sentimientos de aversión y rencor hácia la Francia. Su carácter extraño y apasionado le hizo confundir bajo el mismo anatema á todo lo que tenia procedencia francesa.

El movimiento literario que en Alemania se verificaba, la emancipación del espíritu nacional, valientemente acometida por hombres de entusiasmo y de genio; la importancia que comenzaba á adquirir la lengua alemana en cosas de ciencia, lo cual significaba desde luego un nuevo desarrollo intelectual y moral para todo el país; la agitación que conmovía á la patria alemana al prepararse para el cumplimiento de los altos destinos que la esperaban; la tendencia congénita al protestantismo que le empuja siempre hácia las doctrinas racionalistas, y que en aquellos tiempos, sobre todo, obraba eficazmente en las conciencias, ayudada también por influencias exteriores, llevaron á la teología los materiales de las futuras construcciones críticas y especulativas; monumentos que había de levantar más tarde, ante la Europa asombrada, el genio alemán. Se quiso poner á la teología en estrecha comunicación y en armonía con toda clase de investigaciones filosóficas, críticas y exegéticas, con objeto de dar á la revelación una base racional. El principal representante de esta tendencia regeneradora fué Nicolai. Muy sujetos á la influencia del deísmo inglés estuvieron estos pensadores, y conviene recordarlo para que se les entienda mejor. Fairbairn dice que este deísmo de los racionalistas era superficial. Mas importa tener en cuenta que ellos sirvieron de preparación para todo lo que después se hizo. Strauss lo ha reconocido y proclamado en las últimas fases de su accidentada carrera,



refiriéndose á representantes, más ó ménos indisciplinados, y sin duda más ilustres, de la tendencia á que me refiero. La gran aspiracion de estos hombres era levantar por cima de todo las excelencias y el valor de la moral cristiana, á la cual reducian casi por completo la religion de Cristo. Spalding excitaba á los predicadores para inspirar en este sentido, tan libre y tan nuevo, todas sus oraciones ante los fieles. No consentia la nerviosa excitacion de los tiempos aquella calma y mesura, propias de estas escuelas conciliadoras. La fuerza de las cosas, el impetuoso carácter con que se distinguia á la sazón el pensamiento aleman, y la influencia que ejercian sobre el mundo culto con una universalidad extraordinaria las doctrinas de los materialistas franceses, precipitaron al racionalismo en grandes exageraciones. Los que más lejos llegaron en este camino fueron Mauvillon, Unzer, Dippel, Bahrdt, que negaron audazmente los fundamentos de la fe religiosa.

Inútil es decir el efecto que produjeron estas doctrinas en la masa de la poblacion. Suscitóse una de esas reacciones ortodoxas cuyas causas y verdadero alcance explicaba con su melancólica y profunda elocuencia Teodoro Souffroy en su célebre artículo *De cómo acaban los dogmas*. Era preciso luchar denodadamente con esos hombres atrevidos que no retrocedian ante las cosas más sagradas. Era preciso confundir á los blasfemos que como Edelmann negaban la revelacion y atacaban violentamente á la Biblia. Piérdense todas las reacciones por el error de extremar sus tendencias y desconocer temerariamente las necesidades de los tiempos. Los adversarios del racionalismo hicieron todo lo posible por desautorizarse ante las personas sensatas é imparciales. Apegados ciegamente á la letra, con menoscabo del espíritu; entregados á la supersticiosa adoracion de los dogmas simbólicos, sin descubrir entre tantos aditamentos y formalismos introducidos por la teología, aquel eterno principio de verdad que explica el hecho de que las religiones pasen sin que la religion desaparezca; ciegos de ira y de intransigencia diéronse á toda clase de exageraciones. El más genuino intérprete de esta ortodoxia fué un pastor hamburgués que se llamaba Mel-



chor Goeze, y que dió tales muestras de indiscrecion y violencia, que hubo de salir de la ciudad en que ejercia sus funciones sacerdotales con el peso abrumador de un inmenso fracaso sobre su alma atormentada. Este desgraciado reaccionario pasará sobre todo á la posteridad por el famoso *Anti-Goeze* de Lessing.

Mas hubo otro grupo de ortodoxos igualmente empeñados en luchar con el racionalismo, grupo á que perteneció Hamann, y que generalmente es conocido por los historiadores con el nombre de círculo místico ó piadoso de Munster. La princesa de Galitzin, católica de fe y fanática por temperamento y educacion, dotada de una gran intensidad de sentimientos y de un amor ardentísimo á la poesía y al genio. reunió á su lado un número de hombres dedicados á proclamar los fueros de la sensibilidad y de la inspiracion, y á nombre de éstos, la eterna verdad del cristianismo, siendo para ellos una Egeria y una marquesa de Cordorcet por los resplandores de su genio y de su hermosura. Estos escritores eran muy diferentes de los que luchaban por la pura ortodoxia. No buscaban sus armas en los dogmas ni en el simbolismo, sino en el sentimiento y las inspiraciones del arte. Perdidamente enamorados de la grandeza de los textos bíblicos y evangélicos buscaban en ellos sus recursos y su defensa, proclamando la religion cristiana como la verdadera y más alta revelacion de la Divinidad. Este grupo tuvo por principales representantes á Jacobi, Hamann y el conde de Stolberg, que acabó por convertirse al catolicismo. Sabido es cuánto lucharon estos escritores con los más elocuentes propagandistas de la nueva tendencia. Jacobi acusó á Lessing de Spinogismo, dando lugar á una sentida defensa de Moises Mendelsohn, y acortando los dias de este hombre respetable con aquel ataque de que habia sido objeto su mejor amigo.

¿No es verdad que ahora se comprende mejor á Hamann? El punto de vista del círculo de Munster era muy á propósito para que se desarrollara la extraña originalidad de nuestro personaje. El sentimiento y la imaginacion proclamados con tanto brio por un hombre en quien preponderaban de una manera tan extraordinaria, tenian que desbordarse impetuosa-



mente. Y luego Hamann no cedia á disciplina ninguna. El libre vuelo del alma era su norte y su doctrina. Dejó que la suya volara como quiso, y sucedió lo que era de esperar: se perdió en los cielos.

#### IV.

Resulta de todo lo que antecede que Hamann era un hombre superior, pero incapaz de dominarse á sí propio lo bastante para crear cosas dignas de perpetuar su fama. El genio es siempre un desequilibrio: es una enfermedad, como ha dicho admirablemente el ilustre Castelar. Una enfermedad sublime Suele la gente ridiculizar con evidente injusticia á los genios desconocidos. Nada más desacertado que este desden. Entre los genios sólo pueden vencer las grandes dificultades que su misma naturaleza opone, aquellos en quienes la voluntad es suficientemente poderosa para convertir la inmensa fuerza de la inspiracion á un fin clara ú oscuramente concebido, pero profundamente arraigado en la conciencia. Entonces empieza la lucha diaria dentro del alma y con los obstáculos de fuera: lucha terrible en que muchos desfallecen.

La gran erudicion de Hamann, su fácil penetracion, su entusiasmo, su rica fantasía, su talento á veces profundo y siempre activo, explican los grandes elogios que le han dedicado notabilidades de primer orden. De Herder no hay que hablar, pues ya he dicho varias veces el aprecio en que le tenia. Juan Pablo le ha dirigido frases encomiásticas en su estilo chispeante, nervioso y extraño. Jacobi le tuvo siempre en grande estimacion. El mismo Kant seguia con atencion sus trabajos. Goethe le ha dedicado páginas llenas de simpatía en sus *Memorias*. Llámale hombre respetable é influyente, que era para sus contemporáneos un misterio tan grande como para la posteridad: declara que á su influencia fueron debidos en gran parte los trabajos que hizo sobre los Testamentos; describe la sensacion producida por las *Memorias socráticas*; declárale pensador profundo y sólido, que tenia un profundo conocimiento del mundo exterior y de la literatura; dice que se proponia llevar á cabo ó recomendar al ménos una comple-



ta edicion de sus obras; señala con acierto el principio fundamental de Hamann, y si bien explica el no haberle conocido personalmente por los defectos de su carácter, y sobre todo por su orgulloso desden de los demas, trátale constantemente con simpatía y consideracion innegables.

Un escritor distinguido, un profesor alsaciano que ha ido á buscar en el estudio de la ciencia alemana consuelos para su alma desolada por las desgracias de la patria francesa, ha dedicado á Hamann una curiosa parte de curiosísimo capítulo. Me refiero á Lichtemberger y á su *Hsitoria de las ideas religiosas en Alemania*. No cree este autor que haya entre los pensadores religiosos de Alemania una individualidad más original que Hamann: recuerda que Goethe le comparaba gustoso con Fausto, por lo que toca al indomable ardor que le llevaba á querer conocerlo todo: compárale á su vez con Shakspeare, y diríase á su juicio que heredó del inmortal autor de *Hamlet* no sé qué de desordenado, atrevido y sublime que nos explica la naturaleza de este hombre extraordinario: encarece elocuentemente su sinceridad y expone con simpatía y acierto sus doctrinas, diciendo que aquella idea de reconciliacion y armonía, que aquella extraña manera de abordar las cuestiones, aquellos volcanes interiores y abismos nunca salvados y siempre aterradores nos hacen ver en el ilustre y desgraciado Hamann un Pascal aleman en un siglo racionalista (1).

Otros escritores se fijan en el contraste de Hamann con Winckelman. Nada, en efecto, más notable y sorprendente que este contraste. Y sin embargo, ambos tuvieron sobre Herder una decisiva influencia. Débil, enfermizo, melancólico el pobre Hamann, cultivó todas las ciencias sin enriquecer á ninguna con obras verdaderamente importantes. Falto de plan fijo y de voluntad firme, no pudo conquistar nunca una posicion social ni dar cima á sus trabajos literarios. Era el azar su norte. Por su enemistad á la escolástica y á las formas convencionales, tocóle desencadenar la tempestad. Y

---

(1) Lichtemberger. *Histoire des idées religieuses en Allemagne*, t. I, chap. VIII, pág. 283-296.



luego tenia un espíritu profundamente reconcentrado y tenebroso, un tanto oscuro y sibilino. De aquí que sean sus obras tan oscuras. Discípulo y apóstol de la naturaleza, despreciaba todas las reglas y los modelos aceptados, llevándole siempre sus más ardientes simpatías á los poemas hebraicos. Para juzgar acertadamente sus aptitudes literarias, basta recordar que tenia por únicos poetas de verdadero mérito á Homero, Ossian y Shakspeare.

Para Heinrich (1) debe Hamann á Herder lo poco que de renombre le queda. Para convencerse de que este juicio es inexacto, no se necesita más que tener en cuenta el significativo hecho de que en estos últimos tiempos se han publicado las obras de Gildemeister, Broemel y Diesselhoff sin recordar la excelente edicion dirigida por Roth, presidente del consistorio de Munich, y que de esta suerte cumplió el voto noblemente expresado por Goethe. Tal vez hay, en cambio, algo de verdad en lo que dice este mismo autor (Heinrich) á propósito de la influencia que Hamann ejerció sobre Herder, y al compararla con los servicios prestados á la ciencia por los alquimistas de la Edad Media, cuyos sueños han dado más de una vez propicia ocasion á las grandes inspiraciones de la ciencia moderna.

Si hubiéramos de resumir en una sola frase nuestra opinion, diríamos que no comprendemos una buena historia de las ideas religiosas y de la literatura alemanas sin un buen capítulo dedicado á Hamann; pero que tampoco se nos alcanza la posibilidad de que tenga discípulos en el estricto sentido de la palabra. Se le llamó el *magó del Norte*, porque en medio de las laberínticas complicaciones de sus escritos brillan algunas ideas luminosísimas, como las estrellas en una noche lóbrega. Esto es verdad, y lo será siempre, por grandes que sean los progresos de la cultura.

En estos tristes y difícilísimos tiempos, la desesperacion nos lleva muchas veces al escepticismo. Heridos mortalmente en el corazon, llenos de ansiedades sin término, de tribula-

---

(1) G. Heinrich. *Histoire de la litterature allemande*, Paris, Franck. 1870. Vol. II, lib. VI. Chap. IV. Pág. 331-332.



ciones profundas, de amargos desengaños, de tristes convicciones sobre la ciencia y la vida de los hombres, aleccionados por una filosofía pesimista que aumenta sin cesar el número de sus adeptos, nos revolvemos nerviosamente en el lecho del dolor, y, al ver que no tiene cura, preferimos muchas veces un cielo sin Dios á un Dios que desoiga nuestras súplicas y permanezca indiferente á nuestros sollozos. Y, sin embargo, acaso deberemos estar hoy más convencidos que nunca de que sólo viviendo en íntima compenetración con la eterna realidad, conocida ó sólo vislumbrada por nosotros, podremos dar á esa misma filosofía del desencanto una base racional y justa. Por eso el estudio que dediquemos á las escuelas místicas será siempre provechoso. Y cuando con el alma acongojada veamos trascurrir los años de nuestra existencia entre dolores sin término y aspiraciones nunca satisfechas, los místicos de todos los tiempos nos hablarán desde los libros que nos han legado de la eterna realidad, que, sobreponiéndose siempre al accidente y á la contingencia, recibe amorosamente todas las aspiraciones de las almas predilectas y por esto mismo, más desdichadas en la triste prision de la existencia terrenal; porque ella es la eterna raíz de la vida y del sér, porque es la vida y el sér, ante los cuales, toda vida y todo sér no son más que formas transitorias, destinadas á perderse en ese insondable océano, descrito por el gran Averroes, donde las olas aparecen un momento sobre la superficie para perderse luego en el inmenso abismo; porque es la idea absoluta que, desenvolviendo sin cesar el inagotable contenido de sus determinaciones, puebla y poblará eternamente los cielos y la tierra con criaturas pasajeras. Amémosla, porque ella nos ama hasta en la hora misma de la muerte; bendigámosla, porque es la deidad suprema, y de ella venimos y á ella volveremos; busquémosla en amorosa exaltación, porque sólo así podremos sobrellevar nuestra vida y ser mejores, prosiguiendo nuestra marcha con la vista fija en ese oscuro punto del horizonte donde nos despedimos de la tierra para transfigurarnos en la purísima esencia de lo absoluto.

RAFAEL MONTORO.



---

## LA CUESTION DE ORIENTE

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS CRISTIANOS DEL ORIENTE. (1)

---

Tanto se ha escrito sobre la cuestion de Oriente, que el tema parece que deberia estar agotado. De ninguna manera. La cuestion de Oriente continúa siendo imperfectamente conocida aún con respecto á sus puntos esenciales y fundamentales. A pesar de los artículos que realmente han arrojado torrentes de luz sobre la posicion de las poblaciones cristianas en Turquía, pues con la Turquía europea me propongo ocuparme solamente, la mayoría de los periodistas y de los escritores que han tratado y todavía tratan de la cuestion, da pruebas diariamente de conocer tan superficialmente las condiciones geográficas, etnográficas y estadísticas del país, la historia de la parte mayor de los que lo habitan, su estado social verdadero, y sus verdaderas aspiraciones para el porvenir, que los que viven en el Este de Europa y saben algo de lo que á su alrededor está pasando, no pueden ménos de sonreirse cuando leen. Esta ignorancia relativa de parte del público europeo en lo referente á la Europa oriental se ha hecho muy patente en la guerra actual, y publicistas que ni aún han llegado á comprender sus hechos más elementales, tienen la presuncion de presentar soluciones á esta cuestion de Oriente, llenas de complicaciones interiores, con otras exteriores de

---

(1) Este artículo está escrito por un hombre político servio de importancia que reside en Belgrado. El autor es muy conocido en Europa; pero por razones fáciles de comprender oculta su nombre por ahora.



no menor dificultad: y es cuestion, no obstante, de altísima importancia por lo que atañe á los intereses presentes y futuros de la Europa y del mundo entero.

Esta ignorancia, perdonable hasta cierto punto, y esta ligereza completamente imperdonable, han sido causa de que se cometan desde el principio de la guerra faltas enormes que han costado á Europa millares de víctimas sacrificadas sin razon y millones de dinero literalmente tirados á la calle. Mientras tanto, la cuestion de Oriente no ha adelantado ni una pulgada. Por el contrario, las dificultades de su solucion se han aumentado, se ha hecho intolerable la situacion de los cristianos de Oriente y tambien la de la misma Puerta, y la diplomacia se ha manifestado más irresoluta que nunca.

He dicho que la relativa ignorancia de la Europa occidental respecto al Oriente era hasta cierto punto perdonable: porque, aparte del poco interés tomado en separar los numerosos hilos con los cuales está tejida la cuestion de Oriente, la Puerta otomana y los gobiernos de Austria y de Inglaterra, interesados en mantener el *status quo*, han presentado siempre de mala manera el carácter y significacion de los acontecimientos de la península eslavo-helénica, aunque han sido estos con frecuencia de tal naturaleza que debieran haber abierto los ojos del público europeo y haber asegurado para la cuestion la atencion séria y persistente de los hombres estudiosos.

El que estas líneas escribe no se propone corregir las ideas falsas, ni suplir las omisiones que puedan haberse cometido en lo tocante á la cuestion de Oriente; todavía ménos tiene la pretension de ofrecer una solucion que pudiera más ó ménos satisfacer á todos. Solamente desea, en su calidad de cristiano de Oriente, manifestar con exactitud las ideas, los sentimientos y las aspiraciones que ponen en movimiento á las poblaciones cristianas de Turquía; exponer los orígenes históricos y nacionales y las causas sociales de que brotan estas ideas, sentimientos y aspiraciones; las razones en que se fundan ó su falta de base, y finalmente, las dificultades internas y externas contra las cuales tienen que luchar. Será necesario, por consiguiente, decir algo de la historia antigua



y moderna de estas poblaciones, de sus condiciones sociales actuales y del modo posible de ponerse de acuerdo las diferentes razas para realizar sus propias aspiraciones legítimas reconciliándolas al mismo tiempo con los intereses generales de Europa y con la marcha seguida para conseguirlas por la diplomacia. En este último respecto tendrá el escritor presente, ante todo, la política de Turquía, Austria, Rusia é Inglaterra, tal como aparece á los ojos de estas poblaciones y tal como es realmente.

De esta manera estará el público inglés en disposición de formar una idea exacta del verdadero estado de las cosas en la península eslavo-helénica, y quizás llegará á una decision en cuanto á la política que seria más justo y oportuno que Inglaterra siguiera en este asunto.

Como las ocurrencias actuales son las que prestan el principal interés á la cuestion, he determinado en este breve estudio adoptar un método que sea exactamente el reverso del ordinario. Empezaré exponiendo y tratando de apreciar en su verdadero valor los acontecimientos que se están realizando á nuestra vista. Retrotraeré despues los mismos á sus causas, más ó ménos distantes. Al hacerlo así, recurriré á un folleto que publiqué en 1865 (1). Lo que entónces preví se ha verificado de un modo extraño. Entónces fuí cuidadoso y concienzudo; no he de serlo ménos ahora.

«Como la cuestion de Oriente», escribí hace once años, «está avanzando á pasosrápidos á su crisis final, no nos asombrará encontrar el mejor dia á la mayoría de los estadistas sorprendidos por una repentina explosion, y colocados enfrente de sucesos que ellos creian todavía remotos, pero que sin embargo serán perentorios é irresistibles. De esta crisis puede surgir un estado de cosas en armonía con los intereses generales de Europa, si Europa ha tenido cuidado de prepararse. Hasta ahora, sin embargo, hay que confesar que Europa no ha prestado gran atencion al asunto, y es fácil prever cuál ha de ser el resultado de esta negligencia. Una

---

(1) *Dangers de la question d'Orient, par un observateur impartial.* París, 1865.



» vez despertados por la explosion, los gabinetes desearán  
 » obrar; ¿pero estarán entónces en aptitud de hacerlo eficaz-  
 » mente? ¿No es posible que una voluntad más poderosa, ocu-  
 » pada muy de antemano en preparar el terreno, en apode-  
 » rarse de los principales medios de accion y en combinarlo  
 » todo para hacer más seguro el conseguir su propósito, de-  
 » muestre ser más fuerte que ellos y capaz de tomar la direc-  
 » cion de los acontecimientos? Por nnestra parte, empezamos  
 » á alimentar sérios temores en cuanto á las inevitables con-  
 » secuencias de la vacilacion mostrada por ciertos gabinetes  
 » respecto á la cuestion, de la persistencia de otros en procu-  
 » rar mantenerla en un estado de completo sosiego, y final-  
 » mente de la imprudente, ya que no criminal, tolerancia  
 » con el gobierno otomano manifestada por todos, tolerancia  
 » que tiene su origen bien en aprensiones injustificadas, bien  
 » en cálculos egoistas.»

La exactitud de esta profecía no necesita ser indicada en presencia de los sucesos recientes. El movimiento insurrecto en las provincias eslavonas de Turquía estalló justamente cuando ménos lo esperaba Europa, y áun sin la cooperacion de las otras razas indígenas, fué bastante para poner sobre el tapete la cuestion de Oriente en toda su amplitud y gravedad. La diplomacia, súbitamente despertada, ha estado tratando durante más de quince meses, por unos y otros medios, de extinguir el volcan. Pero todos sus esfuerzos, resistidos por la firme é inalterable determinacion de los *rayahs* y vasallos eslavones de sacudir el yugo turco ó morir, prueban una sola cosa: su impotencia. Entre todas las potencias, sólo Rusia domina la situacion, y á no ser por las moderadas y pacíficas inclinaciones del emperador Alejandro, Europa estaria á estas horas sumida en una guerra tan ruinosa y estéril como la de Crimea. El conde Andrassy con su «*status quo* mejorado», y Mr. Disraeli con su escuadra en la bahía de Besika, creyeron conjurar una vez más el peligro. ¡Extraordinaria falta de prevision! El peligro no hizo sino hacerse mayor cada dia hasta que al cabo llegó á tal punto que el conde Andrassy se vió obligado á abandonar su «*status quo* mejorado», y Mr. Disraeli juzgó prudente tocar de pronto



retirada, y retroceder más allá de las cláusulas del *Memorandum* de Berlin, al cual, en el primer caso, habia rehusado adherirse. Jamás firmó el jefe del ministerio de un gran poder de manera tan humillante el certificado de su propia incompetencia, ni se encontró de parte de la opinion pública de su país con reprobacion tan completa y solemne. La nacion inglesa no solamente ha salvado así su honor, sino que ha dado una prueba de la superioridad de su prudencia política sobre la de los consejeros de la Corona, hombres que se han encanecido en la rutina, y piensan que el Oriente es tan estacionario como ellos.

Ni las medidas á medias, en cuya eficacia únicamente creerán desde ahora las medianías, ni todas las escuadras del mundo, pueden volver la paz á los cristianos de Oriente y detener la descomposicion de un imperio, que en sus condiciones actuales es imposible en la Europa moderna. Hay que introducir en su sistema profundas modificaciones, que le den nueva vitalidad, ó tiene que abandonársele á su inevitable destino. Sean los que quieran los motivos que puedan mover á Rusia—aún cuando se originen en la ambicion tan sólo—es lo cierto que el gabinete de San Petersburgo juzga acertadamente cuando rehusa ver otros medios para mejorar realmente la condicion de los cristianos de Oriente que la adopcion del sistema autonómico, desembarazado todo lo posible de los obstáculos que la Puerta seguramente interpondrá de continuo en el camino de su desarrollo. Esto es lo que constituye la fuerza moral de Rusia entre los cristianos de Oriente, y tambien entre las naciones civilizadas de Europa, y esto es lo que más pronto ó más tarde conducirá al triunfo definitivo de su política sólo con que la lleve á cabo con resolucion y desinterés.

Las mismas causas producirán los mismos efectos; y en tanto que los cristianos estén gobernados por una administracion turca continuarán verificándose las revoluciones. Hagamos caso omiso por el momento de causas remotas de un órden más elevado. La causa inmediata de todos los trastornos en Oriente es la administracion otomana. Sobre ella se sabe bastante en Inglaterra, para que sea necesario que yo la cali-



fique. Tiene profundas raíces en la conciencia de todos los cristianos de Turquía la convicción de que ningun funcionario turco, por excelente que pueda ser en otros conceptos, aplicará sinceramente el principio de igualdad cuando se trate de un cristiano. Nunca puede administrar imparcialmente. Su naturaleza, su educación, sus simpatías íntimas hacen imposible que obre así. Los castigos á que son condenados los cristianos son siempre humillantes ó crueles, y dejan en los corazones de las víctimas un ardiente deseo de venganza. Esta administración es la que está en el fondo de todas las insurrecciones de la Turquía europea desde que se tuvo con los musulmanes el miramiento de admitirlos al rango de los pueblos civilizados. Fué la causa determinante de la sublevación del año pasado en la Herzegovina y Bosnia y este año en Bulgaria. La guerra turco-sérvia tiene también que agregarse al capítulo de sus culpas. Estos acontecimientos estaban íntimamente relacionados, consecuencia natural unos de otros, y serán sucedidos infaliblemente por otros del mismo carácter, á ménos que su desarrollo se contenga lo más pronto posible por la conclusión de la paz.

La Puerta ha sido siempre bastante astuta para atribuir las revueltas de los cristianos á la propaganda de comités rusos, búlgaros y servios, para no tener que confesar que tenían su origen en la indescriptible conducta de su propia administración. Aun cuando existieran dichos comités con programas revolucionarios, no tendrían influencia en súbditos que estuvieran contentos con su suerte. Pero la verdad es que en ninguna parte existe un comité servio ni montenegrino, mientras que los eslavones de Rusia funcionan públicamente, y, en general, no tienen más objeto que el sostenimiento de iglesias ortodoxas—que la población musulmana siempre está dispuesta á atacar—y el proporcionar ayuda á las infelices víctimas de la injusticia, concupiscencia y crueldad de los funcionarios turcos. Los comités rusos tienen un gran parecido con la sociedad bíblica anglo-americana. El único comité búlgaro, residente en Rumanía, tenía un objeto revolucionario; ¿pero no son suficientes para justificar su existencia las atrocidades cometidas por los turcos en Bulgaria? Pero aún



hay más, este comité obraba independientemente. No tenía inteligencias con Belgrado, Cettigne, Moscow y San Petersburgo, y por esta razón precisamente fracasó en su empresa. La prueba más notable de que no había conexión entre los movimientos que estallaron en Turquía y los pretendidos centros revolucionarios de las poblaciones dichas es la variedad de fechas en que empezaron y las diferentes direcciones que tomaron. Los gérmenes de la insurrección se manifestaron en Herzegovina durante el invierno antepasado, á consecuencia de más vejaciones que de ordinario por parte de las autoridades turcas, que forzaron á un gran número de herzegovinos á refugiarse en Montenegro. Al volver confiados en las promesas hechas por estas mismas autoridades, muchos de ellos fueron traidoramente muertos, y esto fué lo que produjo la sublevación armada á principios de Julio. Pronto se extendió el movimiento á Bosnia; pero en ambas provincias, en vez de aproximarse á la frontera sérvia, como infaliblemente hubieran hecho si hubiese sido Sérvia su foco, se extendió en una dirección completamente opuesta: en la Herzegovina hácia la frontera de Dalmacia, y en Bosnia hácia la de Croacia. Así, en lugar de aproximarse al principado de Sérvia, el movimiento se apartaba de él. Lo mismo puede observarse en Bulgaria. Allí la insurrección estalló diez meses después, bastante lejos de la frontera sérvia, para seguir todavía alejándose más de ella en dirección del mar Negro y del Danubio. Estos hechos prueban suficientemente que la acusación lanzada por la Puerta de que los movimientos revolucionarios venían de fuera á perturbar su tranquilidad interior, es una pura calumnia, un medio adoptado por los ministros turcos para ocultar á Europa el verdadero origen de estos movimientos que periódicamente se renuevan. Ese medio, sin embargo, ha sido empleado tantas veces, que ya no puede servir para engañar á Europa.

La Puerta al mismo tiempo ha echado sobre Sérvia la responsabilidad de la guerra actual, y la acusa de haberla declarado. La acusación á primera vista parece verdadera, porque el ejército sérvio fué realmente el primero que cruzó la frontera. Pero bastará recordar, aunque sea por encima, los



acontecimientos del año pasado para convencerse de que los pasos dados por la Puerta eran todos de tal índole, que hacían á Sérvia temer verse invadida, y que la obligaban á medidas extremas en interés de su propia conservacion. Para llegar á la verdad en este asunto, es necesario escudriñar la conducta de los gabinetes de Belgrado y de Constantinopla desde los comienzos de la insurreccion herzegovina. Apenas habian llegado las nuevas á Sérvia, cuando corrieron á la frontera voluntarios servios en número suficiente para formar dos bandas. Este primer impulso de parte de la poblacion del principado, fué contenido por una órden del gobierno prohibiendo la formacion de nuevas partidas. Al mismo tiempo, el príncipe Milano dió las más formales seguridades de sus intenciones pacíficas tanto á la Puerta como á las potencias garantes. En efecto, jamás cesó de oponerse con éxito á las corrientes belicosas de la opinion pública, que habian llegado hasta la Asamblea nacional. Todas las demandas de ayuda que los insurrectos dirigieron al gobierno y á la Asamblea, fueron inútiles. El príncipe con esta conducta desalentaba todos los sentimientos y aspiraciones de su pueblo, y al mismo tiempo se exponia á una terrible insurreccion dentro de sus mismas fronteras; pero estaba determinado á no faltar á su palabra dada á la Puerta y á las potencias europeas. En el entretanto, los ministros del sultán, en vez de aligerar la difícil tarea del príncipe, aumentaban sus responsabilidades y peligros. En vez de ocuparse sériamente en los medios de dominar esta revolucion, concentraban en las fronteras del principado todas las fuerzas de que podian disponer. Esta demostracion hostil no produjo más efecto que excitar los sentimientos belicosos de la poblacion sérvia hasta el más alto grado, y convencerla de que la Puerta se estaba preparando para invadir el país. Esta opinion se arraigó más por haber cometido los pachás Midhat y Avni la imprudencia de decir sin reserva que era necesario dar el golpe á la insurreccion de los *rayahs* en el corazon, es decir, en Sérvia.

Para calmar la excitacion y prepararse á todo evento, se vió el príncipe obligado á enviar tropas á la frontera, y en vista del reducido número de éstas, á protegerlas por medio



de fortificaciones. De esta manera el primer paso de hostilidades fué de la Puerta, mientras que el principado no hizo en cambio sino tomar medidas de precaucion. Al aproximarse el invierno se desbandaron las tropas sérvias. La Puerta, sin embargo, dejó sus soldados en la frontera, donde los puso en cuarteles de invierno. Nuevo motivo de desconfianza fué esto para los servios. Conforme se aproximaba la primavera, iban gradualmente los turcos tomando un aire más amenazador. Constantemente crecia el número de sus tropas por la llegada de bachi-bazouks y circasianos. Se erigieron fortificaciones en todo el circuito de las fronteras sérvias; se armaron éstas con cañones y se las guarneció con tropas. Las repetidas observaciones de Sérvia en Constantinopla sobre la inutilidad, y hasta peligro, inseparable de la presencia de fuerzas militares en las fronteras de un país ya sobrecitado aunque perfectamente tranquilo, no surtieron efecto, hasta que al fin pueblo y gobierno se convencieron de que la Puerta meditaba realmente un golpe de mano contra el principado. Hasta entonces no se envió otra vez la milicia nacional á la frontera; entonces se procedió apresuradamente á terminar las fortificaciones y se tomaron todas las medidas necesarias para una enérgica defensa. Pero la idea de atacar á los turcos estaba todavía lejos de las intenciones del príncipe Milano. En este momento estalló repentinamente la revolucion en Bulgaria. Durante todo el tiempo que duró, conservaron los servios una estricta neutralidad, haciendo fácil de este modo para la Puerta el trabajo de dominarla, y dando al mismo tiempo una prueba más de su lealtad. Pero los soldados turcos, embriagados con la sangre búlgara, fuera de sí por un fanatismo sin freno, y halagados por la atraccion del botin, no pudieron permanecer más tiempo tranquilos en las fronteras del principado. Destacamentos de bachi-bazouks, á cuya cabeza iban oficiales del ejército regular, violaron el territorio servio diariamente en varios puntos, mataron á los guardias de la frontera y á los pastores, se llevaron el ganado y prendieron fuego á las casas aisladas en el campo y á una iglesia. Los distritos de la frontera estaban por consiguiente en continúa alarma, y la gente se veia con



frecuencia obligada á tomar las armas para perseguir por sí al enemigo. Corrió sangre, el saqueo y el incendiario eran la órden del dia, y habian ya empezado una guerra de frontera y la estaban haciendo los turcos, sin que fuera posible á los servios ponerla término. ¿No deseó la Puerta provocar de esta manera á Sérvia á que pasara la frontera para poder decir que habia sido atacada? Hay razones de sobra para creer que sí. La Puerta demasiado sabia que el príncipe Milano no podia siempre mantener una situacion que condenaba á su pueblo á soportar las penalidades de la guerra en medio de la paz, y que se veria forzado á salir de ella de un modo ú otro. Se habian agotado los medios de conciliacion. La diplomacia nada habia conseguido hasta entónces; ni calmar la insurreccion en las provincias sérvias, ni impedir las horrosas escenas que estaban ocurriendo en Bulgaria, ni asegurar el respeto al territorio de Sérvia, no obstante estar garantizada su inviolabilidad por Europa. Esperar proteccion eficaz de la diplomacia, era, dadas las circunstancias, completamente inútil; y todo lo que quedaba por hacer, era repeler la fuerza con la fuerza, tener el azote de la guerra lo más lejos posible de la frontera, y destruir para siempre las causas de su reproduccion. Las causas consistian en la condicion política y social de las provincias sérvias vecinas; condicion que llevaba á revoluciones periódicas, acompañadas de consecuencias morales y materiales tan inevitables como perniciosas eran para Sérvia.

Reducido á esta extremidad, el príncipe Milano, ántes de contestar á una guerra pérfida y sin declaracion prévia, con una abierta y leal, resolvió tentar un último medio de conciliacion. Ya en Noviembre habia enviado á Mr. Philip Christitch, ministro sin cartera, á Montenegro, para llegar á una inteligencia con el príncipe Nicolás en la conducta que los principados hermanos debian seguir con sus sobreexcitados súbditos, con los insurgentes cristianos que rehusaban deponeer sus armas y estaban clamando por socorro, con la Puerta, que estaba provocando una declaracion de guerra, y con las grandes potencias, que unánimemente aconsejaban la paz. Nunca se habia presentado ántes una situacion más compli-



cada, más insoluble y más llena de peligros. El primer paso que se decidió en Cettigne fué por completo de carácter pacífico. Los dos príncipes habian de presentar separadamente á los poderes garantes una nota idéntica, rogándoles que hiciesen que cesara el derramamiento de sangre, mejorando la situacion de los cristianos de un modo tan positivo que pudiera inspirarles confianza. En caso de que este paso resultara infructuoso y de que continuara la insurreccion, habia que dar otro. Consistia éste en enviar una exposicion á la Puerta, proponiendo la pacificacion de las provincias insurgentes por medio de una administracion autónoma encargada al príncipe Milano en cuanto á Bosnia, y al príncipe Nicolás para la Herzegovina. Se pagaria un tributo anual al Tesoro otomano, para que no salieran perjudicados sus intereses financieros; y con objeto de dejar intacta la integridad del imperio, reconoceria el príncipe Nicolás la soberanía del sultan sobre la Herzegovina (1). Los dos príncipes fueron disuadidos del primero de estos pasos, que no parecia probable que condujera á nada. Efectivamente, así sucedió cuando las grandes potencias por sí lo tomaron. Quedaba el segundo, pero fué aplazado por algun tiempo. Mientras tanto el *Memorandum* de Berlin se habia ido á pique, habia estallado la insurreccion en Bulgaria, y estaba ya indicada la invasion de Servia por la guerra de guerrillas que los turcos estaban haciendo en sus fronteras. Entonces fué cuando el príncipe Milano decidió adoptar el segundo paso, y por consiguiente dispuso que saliera para Constantinopla la misma persona que habia sido enviada á Cettigne. Pero la Puerta aseguró que su mision era inoportuna, y sir Henry Elliot aseguró al agente servio en la capital turca que si el enviado del príncipe iba á Constantinopla á proponer la extension de la administracion sérvia á Bosnia, no seria recibido por los ministros del sultan. Rechazado de este modo Mr. Christitch, hizo un último esfuerzo y sometió por escrito al Divan la proposicion que tenia en-

---

(1) Recuérdese que el príncipe Nicolás no reconoce la soberanía de la Puerta con respecto al Montenegro, como el príncipe Milano la referente á Sérvia.—Nota de *Macmillan's Magazine*.



cargo de someter á su consideracion. Cuando el agente servio presentó el documento al gran visir, éste no quiso ni siquiera enterarse de él, y por supuesto mucho ménos dar una respuesta. Todos los medios de llegar á una inteligencia agotados ya, por estas razones, empezó la guerra.

¿Quién tuvo la culpa? El «*status quo* mejorado» del conde Andrassy no habia tenido éxito, por razon de su insuficiencia. El *Memoradum* de Berlin habia sido desechado; las proposiciones de Servia no habian sido oidas; y mientras tanto continuaba la insurreccion en Bosnia y Herzegovina, la de Bulgaria habia sido extinguida con sangre de una manera que excita el horror y la indignacion de todo el mundo civilizado, mientras que Servia, la primera amenazada, habia sido por fin arrastrada á la guerra. Por un lado, en resúmen, todas las tentativas posibles para producir la paz y una paz duradera; por el otro, provocaciones y todo cuanto se calculaba que podia hacer perpétuas las conmociones en la Europa oriental. Tales son los hechos como ellos ocurrieron. Que el lector forme juicio por sí mismo.

Las insurrecciones de la Herzegovina, de Bosnia y de Bulgaria marcan la primera fase de los últimos acontecimientos de Oriente; la guerra turco-servia marca la segunda.

Esta guerra ofrece al mundo el raro espectáculo de dos pequeños principados, con una poblacion escasamente de millon y medio, resistiendo, á despecho de la desaprobacion de los gabinetes europeos, á un imperio colosal, que pone enfrente de ellos fuerzas sacadas de tres partes del mundo. Del lado de los turcos vemos superioridad de número, de armas, de organizacion y de experiencia militar. Los servios tienen únicamente su milicia nacional, que jamás se ha fogueado, que no está acostumbrada á la disciplina militar, y que está armada, en su mayor parte, con fusiles de sistemas antiguos. A pesar de toda esta inmensa desigualdad, están lejos los turcos, despues de tres meses y medio de guerra abierta, de haber dominado á los principados, y únicamente acaban de conseguir entrar en su territorio por algunos puntos de la frontera. Aun esta pequeña ventaja está compensada por la



ocupacion de territorio turco, en varios puntos, por los serbios y montenegrinos. Hasta ahora, el único resultado es hacer el juego tablas. Los turcos, despues de tres meses de esfuerzos, son todavía impotentes para forzar las líneas fortificadas de serbios y montenegrinos, quienes les han dado muy duras lecciones. La igualdad entre los combatientes ha llegado ahora, sin embargo, al término, y los servio-montenegrinos están empezando á llevar la mejor parte. La tendrán por completo si continúa la guerra. Parece ser sólo cuestion de tiempo.

A tal punto está reducido ese formidable imperio otomano, que en un tiempo hizo temblar á toda Europa.

Hay escritores que manifiestan su sorpresa de ver que Turquía despliega aún la fuerza que ha demostrado, y los tales deducen del fanatismo despertado en las masas de la poblacion musulmana que hay todavía vitalidad en aquel imperio. Por mi parte, nada veo en ello sino una confesion de la debilidad extrema del gobierno turco; y en las masas turcas, un último esfuerzo de barbárie, porque tienen la conciencia de que su fin se aproxima. Si la Puerta se hubiera encontrado realmente lo bastante fuerte para subyugar á sus súbditos y vasallos cristianos, nunca hubiera recurrido á medidas tan extremas como lo es la de despertar el fanatismo musulman, sabiendo muy bien que así corre el riesgo de enajenarse á todos los poderes. Su política fué la de la desesperacion. Por lo demás, el atizar el fanatismo produjo resultados, que fueron pequeños bajo el punto de vista militar, pero inmensos y fatales en un sentido social y político. Los softas, los circasianos y los bashi-bazouks nunca fueron muy numerosos ni muy solícitos para tomar las armas; y probaron ser muy malos soldados, mucho más fanáticos del robo que de la religion. A ellos es debido el infranqueable abismo abierto entre las poblaciones turcas y cristianas del Estado, y todavía más, la conviccion, que se ha abierto paso en toda Europa, de que semejante imperio no puede ya subsistir en suelo europeo. Al dar suelta á la ferocidad de estos salvajes, la Puerta cometió un suicidio moral ante el mundo civilizado.



Pero la guerra actual ha tenido otros resultados, no ménos fatales para Turquía. Además de debilitar sus recursos militares, ha agotado absolutamente su erario. La bancarota moral y material han venido juntas. Tal es mi opinion sobre esa supuesta vitalidad del imperio otomano, y de ella participan todos los cristianos de Oriente.

La Puerta ha sido siempre la causadora de todas sus desgracias, y ahora más que nunca. A pesar de la miserable y desesperada condicion á que se encuentra reducida, persiste con terquedad inconcebible en negarse á acceder al armisticio pedido por todas las potencias. No parece reconocer siquiera la gravedad del peligro que la amenaza; y sus órganos, en idioma turco amenazan en su frenesí, exterminar, no solamente á todos los cristianos del imperio, sino á todas las naciones europeas, incluyendo á la inglesa. Esta explosion de rabia ocurrió al saberse en Constantinopla que Sérvia habia rehusado la prolongacion de la tregua. Pero ¿á quién se debió que la rehusara? A Rusia, contestan los que en todo y en todas partes ven las intrigas secretas del gabinete de San Petersburgo. Pero desde que los turcos se portaron traidoramente, durante los ocho dias primeros de la tregua, atacando á las tropas sérvias en seis puntos diferentes, y tendiendo dos puentes sobre el Morava, no eran necesarias las intrigas rusas para hacer comprender á los servios que la tal tregua era una trampa, en la cual seria locura caer por segunda vez. Los ministros turcos tomaron entonces un camino más indirecto para invalidar el armisticio que las potencias continuaban exigiendo. Lo aceptaron, pero de tal modo, que fuera inaceptable para los sérvios y montenegrinos, los cuales, no teniendo más tropas que la milicia nacional, arrebatada á la agricultura, industria y comercio, no podian aceptar un armisticio de seis meses (que podria terminar en renovarse la guerra) sin arruinarse en todos sentidos. Para esto era infinitamente preferible la continuacion de la guerra.

Pero las maniobras de la Puerta no concluyeron ahí. Para eludir la proposicion de autonomía que las potencias habian hecho en favor de la Herzegovina, Bosnia y Bulgaria, hizo la contraproposicion de una reforma general del imperio. Po-



niendo á un lado lo absurdo de la idea de un gobierno constitucional en un país mahometano, el proyecto que concibió la Puerta reveló una intencion oculta de hacer sus resultados tan estériles como lo han sido los de las reformas precedentes. ¡El Consejo nacional, propuesto con tanta gravedad por los estadistas de Stamboul, habia de componerse de ciento veinte miembros, de los cuales cincuenta y uno serian cristianos y sesenta y nueve musulmanes; treinta y cinco habian de ser elegidos en Constantinopla, cincuenta y cinco en el resto del imperio, y los treinta restantes habian de ser nombrados por el gobierno! Sin temor puede decirse que en ese Consejo, áun con toda la seguridad personal para la libertad de expresarse, la voz de los cristianos seria sofocada por la mayoría musulmana. Aparte de este inconveniente, que bastaria él solo para dejar sin valor para los cristianos semejante Consejo, ¿cuáles serian sus deberes? Comprobar el presupuesto de gastos é ingresos, examinar los asuntos de las obras públicas y regular los negocios de la administracion interna. Estoy convencido de que esa asamblea en nada cambiaria el actual sistema del imperio, del mismo modo que el sistema de la autonomía musulmana en los blayetos ha sido impotente para impedir todo género de injusticias é iniquidades, cuyo fin natural era la insurreccion. Hay que admitir de una vez para siempre que la autonomía, con una administracion exclusivamente musulmana, es imposible en Turquía. Puede únicamente dar buenos resultados, tanto para los habitantes cristianos como para los musulmanes, si los administradores son exclusivamente ó en su gran mayoría cristianos, y no dependen directamente del gobierno central de Constantinopla. El imperio, para regenerarse realmente en Europa, tiene que descentralizarse bajo el punto de vista administrativo, como lo estuvo en tiempos de los primeros sultanes, que dejaban á todas las provincias que habian formado parte del antiguo reino servio el derecho de gobernarse á sí propias en cambio del pago de un tributo, y de proporcionar un contingente militar en tiempo de guerra. En el trascurso de siglos, la Puerta ha destruido, en parte por estratagemas, en parte por violencias, la libertad interna



de estas provincias, de suerte que la insurrección se ha hecho ahora casi su condición normal. Para recobrase, tiene la Puerta que volver al sistema que constituyó primitivamente su fuerza y aplicarlo á todas sus provincias eslavo-griegas de Europa. En Asia sólo puede mantener el sistema centralizador con la introducción de aquellas modificaciones que sea posible que un Estado musulmán admita.

A pesar del orgullo de los turcos, por mal fundado que esté, y de su extremada ceguera, es imposible explicar la obstinación con que durante mes y medio han resistido á las representaciones de toda Europa, excepto en la suposición de que á pesar de la conformidad aparente entre las potencias, están apoyados secretamente por algunas de ellas. De Austria-Hungría se sabe que no es favorable á la introducción de la autonomía en las provincias insurrectas. Mr. Disraeli ha aceptado, al parecer, la idea, pero probablemente ménos por convicción que por la presión de la opinión pública de Inglaterra. A los gabinetes de Viena y Londres se les juzga, pues, con razón ó sin ella, alentando á la Puerta bajo cuerda para que persista en su actitud de resistencia. Esta sospecha de los cristianos de Oriente ha sido fuertemente confirmada desde que se ha visto que el *Levant Herald*, órgano de la embajada inglesa en Constantinopla, es el primero que aconseja á la Puerta que adopte un compromiso «para evitar las graves proposiciones de las potencias garantes y salvar el honor é intereses del imperio.» «¿Por qué», pregunta el *Levant Herald*, «tener una autonomía administrativa para estas provincias y no para todas?....» «El gobierno turco puede replicar que Albania, Macedonia, Tesalia, Epiro y Tracia son á sus ojos tan importantes como la Herzegovina, Bosnia ó Bulgaria, y que no hay razón para que una provincia sea preferida á otra, y mucho ménos para premiar las insurrecciones. Anticípese la Puerta á las grandes potencias concediendo una reforma administrativa general, y así cerrará las bocas á los que le aconsejan.» El *Forakir*, diario armenio, cogió la pelota lanzada al aire por el *Levant Herald*, y adoptando su proposición, continuaba: «¿Por qué en Europa solamente y no en Asia? ¿No hay cris-



«tianos tambien en este país, y no sufren las mismas persecuciones?»

Las sugerencias del *Levant Herald*, recogidas por el *Forakir*, fueron la estrella de salvacion para la Puerta, cuyos altos funcionarios desecharon las proposiciones de los grandes poderes, proponiendo en su lugar la creacion de administraciones locales en cada provincia, con una asamblea central electiva y mixta para los asuntos exteriores y para el imperio como conjunto.

No necesitan comentario estos hechos y justifican las sospechas alimentadas por los cristianos de Oriente, de que la monarquía austro-húngara y, sobre todo, el gabinete inglés, á pesar de los deseos de la nacion, están tratando en Constantinopla de interponer obstáculos que impidan el triunfo de la diplomacia europea. El gabinete inglés, desechando primero abiertamente el *Memorandum* de Berlin, y contraminando secretamente ahora las proposiciones á que se ha adherido, ha hecho mucho para causar la explosion y la continuacion de la guerra turco-sérvia, y para hacerse moralmente responsable de los acontecimientos ulteriores. Ardiendo en deseos de engañar á fuerza de tretas al príncipe Gortschakoff, no ve el gabinete que puede acabar por ser su juguete.

El conde Andrassy está en la misma posicion. Oponiéndose á toda idea de extender las fronteras de Sérvia con la anexion de Bosnia, con el pretexto de que un Estado eslavo de una extension considerable seria peligroso para Austro-Hungría, está lejos de tener presentes los verdaderos intereses de su imperio, y lo que hace es favorecer las pasiones y los proyectos, tan ambiciosos como impracticables, de los magyares con respecto á los eslavos del Sur. Un estado mucho más vasto y mucho más poblado se ha formado en la frontera del Este de Austria, con el nombre de Rumanía. Austria se opuso á la union de Moldavia con Valaquia, como ahora se opone á la de Bosnia con Sérvia. Pero la primer combinacion no la ha perjudicado, ni la perjudicaria la segunda. El Estado servio, áun aumentado con todo el territorio de Bosnia, apenas llegaria á tener tres millones de almas, y aparentar tener miedo á un Estado así, es dar á Europa



una mala idea de la consistencia de un imperio tan grande como el de los Hapsburgos. La política del conde Andrassy es notablemente indecisa; no tiene un fin claro ni práctico. El canciller austro-húngaro rechaza toda idea de anexión de Bosnia y de la Herzegovina á Austria; ciertamente no le gustaria ver á los rusos establecidos en estas provincias; ni quiere oír hablar de la formación de un Estado servio. ¿Qué es lo que quiere entónces? Un «*status quo* mejorado»; es decir, lo impracticable, lo imposible.

De esta manera, el gabinete de Viena, no ménos que el de Lóndres, es un gran obstáculo para las otras potencias para restablecer y consolidar la paz de la Europa oriental. Por culpa de estos dos gabinetes, Europa se está alejando cada vez más de su objeto. La insurrección y la guerra no cesan; hay que esperar nuevas complicaciones del movimiento popular que al fin ha empezado en Grecia y amenaza ahora al Oriente con una conflagración general; mientras el emperador Alejandro, reconociendo á su vez la imposibilidad de resistir mucho más tiempo los impulsos de su pueblo, está ya meditando la ocupación de Bulgaria, dejando la de la Herzegovina y Bosnia á Austro-Hungría. Cuanto más se alteran los planes más se demoran las decisiones, más se pone en peligro la paz de Europa y más se hace sufrir á las poblaciones de Oriente. A esto están conduciendo las políticas de Inglaterra y de Austria-Hungría.

Consultado no hace mucho tiempo un hombre político de este último Estado respecto á los motivos que habian inducido al gabinete de Viena á rechazar la proposición de Rusia de ocupar, juntamente con Austria, las provincias insurgentes de Turquía, dió las siguientes razones: «Aun admitiendo que se haya hecho la proposición, lo que creo muy dudoso, el gabinete de Viena no podia haberla aceptado sin indisponerse, por un lado, con los magyares, y sin ayudar á Rusia, por otra parte, á poner un término al gobierno otomano en Europa, y tambien á minar los cimientos de nuestra monarquía. Se ha dicho que esta ocupación sólo equivaldria á una garantía de la ejecución de las reformas que se piden á la Puerta. Pues bien: como estas reformas se han de realizar



»tarde ó nunca, tendria Rusia un pretexto para permanecer  
»mucho tiempo en Bulgaria, y su ocupacion pronto tomaria la  
»forma de conquista, Nosotros haríamos lo mismo, me direis,  
»en Bosnia y en la Herzegovina. ¿Pero qué ventaja traeria si  
»Rusia habia llegado á conseguir instalarse definitivamente  
»en una parte de la península balka? De esto á la realizacion  
»del imperio panslavita, que se tragaria á Austria-Hungría,  
»no hay más que un paso. Seria preferible que Rusia decla-  
»rara la guerra á Turquía por cuenta propia, con tal de que  
»se comprometiera formalmente á no pedir para sí aumento  
»de territorio.»

Si esto realmente acaeciera, si Rusia tomase á su cargo la noble mision de rescatar á los eslavos de Turquía de un yugo que les es insoportable y que constantemente está amenazando la paz del mundo, y todo esto sin fin egoista ó ambicion ulterior, el triunfo de su política sobre la de Inglaterra y Austria seria no ménos completo, y ciertamente mucho más honroso, que en el caso de una guerra que se termine con engrandecimientos territoriales. En lugar de una ventaja material ganaria una moral, inmensa y llena de consecuencias para el porvenir. La influencia en Oriente equivaldria al dominio, sin suscitar los embarazos que no podrian ménos de acompañar al dominio efectivo. Tal es en el fondo el verdadero motivo que impulsa al gabinete de Viena á oponerse á la formacion de ningun Estado eslavo más, en su vecindad inmediata, y que hace á Mr. Disraeli temer que su frágil y efímera existencia desapareceria despues de algun tiempo en las olas del océano ruso, que se extenderia gradualmente hácia los estrechos de los Dardanelos.

Nada hay que censurar en este temor por parte de Inglaterra y Austria. Pero ¿no hay otro camino de salir al encuentro al previsto peligro, que condena á diez millones de cristianos orientales á continuar en una esclavitud degradante, que no tolerarán más tiempo, y apoya de este modo la causa de un imperio al cual no pueden salvar los remiendos administrativos en proyecto? En vez de pequeños Estados autónomos, en los que con facilidad se influye, separados por pequeñas rencillas, é incapaces de un progreso real, por mil causas in-



ternas, ¿por qué no crear un Estado búlgaro-servio y un Estado griego, sin destruir la integridad del imperio otomano? Entonces, en lugar de un Oriente dividido y débil, accesible á todas las influencias, tendríais un Oriente compacto y poderoso, con intereses importantes que defender, los cuales seria capaz de defender con éxito. De esta manera habríais erigido una fuerte barrera entre todas las ambiciones que temeis, y habríais restablecido al Oriente en sus cimientos naturales, asegurando á la vez la felicidad de las poblaciones cristianas y regenerando al imperio otomano.

Belgrado, 16 de Octubre.

(*Se continuará.*)

(*Macmillan's Magazine.*)

---

## MUERTOS QUE VIVEN.

---

(IMITACION DE G. CARDUCCI.)

Bajo una acacia florida,  
 De Mayo al naciente sol,  
 Por no guardarlo en el alma  
 Enterrar quise mi amor.  
 ¡Todas las aves del bosque  
 Cantaron en la funcion,  
 Y entre violetas y rosas  
 Digna sepultura halló!  
 Mi lábio dijo el responso  
 Con melancólica voz,  
 Y pronto puso la tierra  
 Un abismo entre los dos.

---



Mas ¡ay! la tumba y la cuna  
Hermanas gemelas son,  
Y mi amor, planta maldita,  
Al verse en tierra, creció.  
Se atraviesa en mi camino  
Por donde quiera que voy,  
Y me lo finge la estrella,  
Y me lo copia la flor.  
Sueño, quimera ó fantasma  
De mis pasos gira en pós,  
Y parece que me acusa  
Cuando me pide perdon.

—

Abierto el sepulcro tiene,  
Cerrado lo quiero yo,  
Y no faltará al entierro  
Ni cura, ni facistol.  
Tu pecho, mujer traidora,  
Será la tumba mejor,  
El sacerdote, mi olvido,  
Y mi llanto la oracion.

MANUEL DEL PALACIO.

~~~~~



---

## REVISTA CRÍTICA.

---

Bajo brillantes auspicios ha inaugurado el Ateneo sus trabajos. Cátedras numerosas, á cargo de distinguidos profesores; debates que en breve comenzarán sobre puntos tan importantes como el estudio de las instituciones políticas inglesas y el de la poesía lírica contemporánea en España; reformas y embellecimientos en el local, tan notablemente mejorado de algunos años á esta parte, merced al celo de la Junta y á la actividad y buen gusto del secretario Sr. Búrgos: hé aquí los alicientes que el Ateneo ofrece este año á los que acuden á buscar en él el centro verdadero de la vida intelectual de España.

Numerosísima y brillante concurrencia ocupaba la cátedra el día de la inauguración, ansiosa de escuchar el discurso del Sr. Moreno Nieto. Esperaban los más un hermoso trozo de artística y arrebatadora elocuencia; los ménos una grave y razonada exposición de doctrinas, y así fué en efecto. Escribiendo, como hablando, es el Sr. Moreno Nieto uno de nuestros grandes artistas de la palabra, si bien al leer sus discursos, no ostentan su voz ni sus maneras el arrebató, el apasionado entusiasmo y la gallarda entonación que le distinguen cuando sube á la tribuna. Posee el Sr. Moreno Nieto el arte de exponer las más abstrusas cuestiones de metafísica en poético y encantador estilo, y el de lograr con la magia de su palabra, el simpático timbre de su voz y el desembarazo de su acción, conmover é interesar, ya que no persuadir al auditorio. Sabe arrancar espontáneos y sinceros aplausos á sus enemigos, aún cuando peor los trata; consigue hacerse perdonar las faltas más graves en gracia á lo bello de sus discursos, y tiene el privilegio de que en él se consideren como otras tantas seducciones lo que en otro serían insoportables extravíos, parecido en esto á las mujeres hermosas, que en fuerza de serlo, obtienen aplausos y sonrisas, quizá cuando mayores dislates dicen y faltas más imperdonables cometen.

Dadas estas dotes del Sr. Moreno Nieto, no es maravilla que su último



discurso obtuviera lisonjero éxito, con ser sencillamente la milésima repetición de las sabidas diatribas que un año y otro lanza contra todas las escuelas filosóficas que se apartan del estrecho y anticuado espiritualismo, de que es ferviente adorador el ilustre presidente del Ateneo. Pocos discursos más endebles habrá pronunciado el Sr. Moreno Nieto; pero como siempre acontece, los méritos del artista oscurecieron las flaquezas del filósofo, y el público, sin parar mientes en lo ligero de las críticas, lo injustificado de los ataques y lo contradictorio de las doctrinas, aplaudió la bella obra de arte que se le ofrecía, dando testimonio una vez más de que para los públicos meridionales lo que importa es el arte y no la ciencia, siendo el gran recurso del orador que quiera dominarlos halagar su fantasía, su corazón y sus oídos, sin cuidarse para nada de su entendimiento; pues para gentes latinas es la tribuna artístico espectáculo más que santuario de lo justo ó de lo verdadero, y el orador antes sacerdote de lo bello que ministro de la verdad.

Si así no fuera, ¿cómo habría de explicarse, y ménos justificarse, el éxito de trabajos como el del Sr. Moreno Nieto? Aun concedido que la mayoría de su auditorio profesara las doctrinas que el Sr. Moreno Nieto profesa, no era mucho exigir á ese auditorio que no otorgara tan fácil aplauso á críticas tan ligeras y afirmaciones tan temerarias como las del orador. La ciencia va ganando en seriedad de día en día; los límites entre la razón, el sentimiento y la fantasía se van determinando cada vez con mayor cuidado; la crítica aumenta sus exigencias y extiende su esfera de acción; y ya no le es lícito al científico serio confundir ideas, escuelas y doctrinas, apelar al sentimiento allí donde la razón falta y sustituir los argumentos sólidos, las pruebas concluyentes, las demostraciones perentorias, los minuciosos análisis y las maduras críticas con arranques sentimentales, rasgos oratorios y golpes de efecto. Ni es permitido tampoco juzgar á las doctrinas por sus consecuencias, verdaderas ó supuestas; sino que el espíritu de los tiempos exige seguir la verdad, lleve adonde lleve, y no estimar como criterio de ella lo que reclaman nuestros sentimientos ó nuestros deseos. Si la doctrina es verdadera, importa poco que mate nuestras ilusiones, arruine nuestras esperanzas ó destruya nuestros ídolos; no por esto hay que desecharla, sino, antes bien, sacrificarla todo, porque tal es el privilegio de la verdad; fuera de que nada hay más insensato que rebelarse contra la realidad de las cosas porque no conforma con nuestros deseos, como si éstos bastaran á mudarla. Presentada una doctrina en el campo de la discusión, lo serio, lo científico es indagar si es verdadera ó falsa; si lo primero, procede aceptarla, sean las que fueren sus consecuencias, si lo segundo, procede desecharla, mas no por sus frutos, sino porque carece de verdad.



¿Hace esto el Sr. Moreno Nieto? Nunca. Todos los rayos de su elocuencia le parecen pocos para aniquilar los sistemas que combate, calificándolos de la manera más dura y tratando de mostrar que necesariamente conducen al envilecimiento, la degradación, la desesperación, la inmoralidad y la muerte. En cambio, se cuida muy poco de demostrar con razones valederas que son falsos. Si en vez de hacer una simple revista escribiéramos un verdadero artículo crítico, fácil nos sería mostrar que toda la argumentación del Sr. Moreno Nieto contra el criticismo kantiano se reduce á un círculo vicioso y á una desnuda afirmación dogmática. Decir que lo racional puro ó inteligible es real, porque todo lo real es su realización; sostener que eso inteligible es el pensamiento absoluto, aunque no el ser absoluto; probar la realidad del mundo exterior porque ofrece orden y belleza y es un inteligible, y otros razonamientos por el estilo, son cosas que no pueden permitirse después de haber pasado por el mundo el inmortal Kant, como no lo es intentar volver á la vida la famosa prueba físico-teológica de la existencia de Dios para, una vez renovada, entonar un himno panteísta, que mal año para Espinosa y Hegel, sin perjuicio de poner luego á los panteístas cual digan dueñas, acusándolos de quietistas y pesimistas, y, por supuesto, de inmorales.

El materialismo y el panteísmo no son mejor tratados por el Sr. Moreno Nieto que el criticismo. Con el primero concluye pronto; con llamar ingeniosos artificios á las teorías genéticas de Laplace y Spencer (poco ántes expuestas por el orador en frases elocuentes); con declarar que lo mismo siempre produce lo mismo (con lo cual niega toda evolución, á pesar de haber proclamado cien veces la excelencia del principio evolutivo); con hablar de degradación, envilecimiento y naturalismo grosero, se da por satisfecho y se cree autorizado para disparar sus rayos contra el panteísmo, reuniendo en un solo haz á pensadores tan heterogéneos como Espinosa, Krause, Hegel, Schelling y Schopenhauer, para tener el gusto de declarar que sus doctrinas son el pesimismo, la inmoralidad y otra porción de horrores. Justo es decir, sin embargo, que la crítica del fantástico dios de los panteístas está muy bien hecha, y que la demostración de que en tales sistemas toda individualidad es inconcebible, nada deja que desear.

Tras tantas ruinas, el Sr. Moreno Nieto levanta su edificio, que es el espiritualismo de Platon y Aristóteles, San Agustín, San Anselmo y Santo Tomás, Fray Luis de León y Fray Luis de Granada, Descartes, Bossuet y Fénelon, Gioberti y Mamiani, Ravaisson, Hermann Fichte, Uvrici, Gratly, Trendelenburg y Ritter. Mucho habría que hablar sobre esta mezcla de nombres, algunos de los cuales, como vulgarmente se dice, braman de verse juntos,



y sobre el espiritualismo, un tanto panteísta; y un mucho hegeliano, del señor Moreno Nieto; mucho también sobre la posibilidad de volver á tales caminos después del movimiento de nuestros días, señaladamente después de Kant; pero esta crítica se va prolongando demasiado, y tales cuestiones nos conducirían muy lejos. Lo que importa es consignar que no es el discurso del Sr. Moreno Nieto modelo del tono y manera como deben tratarse las cuestiones científicas; que es hora ya de renunciar á ciertos dogmatismos y á ciertas intemperancias, y de prescindir de ciertas armas y de ciertos recursos; y que las grandes bellezas artísticas del trabajo del Sr. Moreno Nieto no deben ser suficientes para oscurecer sus graves faltas. Cuando los grandes escritores extranjeros nos dan tan repetidos ejemplos de la gravedad, madurez y mesura con que han de tratarse cuestiones tan hondas, no es lícito que nosotros sigamos empeñados en hacerlo todo cuestión de imaginación y de sentimiento, en sustituir la severa disertación del filósofo con el brillante pero vacío aparato del retórico. El Sr. Moreno Nieto tiene demasiada ciencia y demasiado amor á la verdad para que pueda contentarse con emular entre nosotros las deleznable glorias de Víctor Cousin.

\* \* \*

Próximamente en los mismos días que el Ateneo, inauguró sus tareas académicas la *Institucion libre de enseñanza*. Fundada por la iniciativa individual, protegida por personas de todas las clases sociales y de todos los partidos políticos, ajena á todo interés de bandería y á todo espíritu de secta, la Institucion libre de enseñanza ha de prestar un gran servicio á la cultura patria, mientras no se aparte del programa trazado en el discreto y elocuente discurso pronunciado en el acto de su apertura por su presidente, D. Laureano Figuerola. De que esta Institucion será un gran elemento de progreso y una representación acabada de la ciencia libre son firme garantía, por otra parte, los nombres de los ilustrados pensadores que constituyen su profesorado.

\* \* \*

Dos nuevas obras del Sr. Castelar acaba de dar á la estampa la empresa de la *Ilustracion española y americana*. Una de ellas es la segunda parte de los *Recuerdos de Italia*; otra, una colección de artículos históricos y políticos acerca de la *Cuestion de Oriente*.

La segunda parte de los *Recuerdos de Italia* en nada cede á la primera,



pero se diferencia de ésta por preponderar en ella los estudios políticos sobre los meramente descriptivos. En la primera parte, el artista, el poeta, oscurecían al político; en la segunda el político domina al poeta. De aquí menos dulzuras y encantos en la nueva obra, pero en cambio, mayor profundidad y trascendencia.

No quiere decir esto que el género que dominaba en la parte primera haya desaparecido de la segunda, no: *La bella Florencia, Mantua y Virgilio, Sorrento y el Tasso, La isla de Capri, San Márcos de Venecia*, pertenecen al mismo orden de estudios que los incomparables trabajos titulados: *El cementerio de Pisa y La capilla Sixtina*. Unos y otros son acabados modelos de esa original especie de descripciones en que tanto se complace el Sr. Castelar; en las que se mezclan en delicioso conjunto la inspiración del poeta, el delicado gusto del artista y la ciencia del historiador erudito, y en que campean por igual el idealismo espiritualista y el poético naturalismo que dan carácter tan singular á los escritos de nuestro gran tribuno. Pero al lado de estos estudios puramente descriptivos, hállanse bocetos histórico-políticos tan curiosos y bien pensados como *Los grisonos, Monte-Carlo y Los güelfos y gibelinos de Roma*, y estudios de tanta importancia como *San Francisco y su convento de Asís*, amén de un discurso pronunciado por el Sr. Castelar en el Círculo progresista de Roma.

Reune este libro, por tanto, cuantos atractivos puede apetecer el espíritu más exigente: profundos estudios filosóficos, históricos y artísticos á la vez, como *San Francisco*; deliciosas páginas llenas de poesía, como *La isla de Capri y Mantua y Virgilio*; trabajos políticos inspirados en el amor á la libertad y juntamente en los más sanos principios conservadores, como el discurso mencionado; y es que el Sr. Castelar lo es todo: filósofo, historiador, poeta, orador y hombre de Estado; pero es primeramente artista, y por eso en todas sus obras, áun los más científicas, resplandece siempre el sello de la belleza, de la cual es adorador ferviente é inspirado sacerdote.

*La cuestion de Oriente* es una coleccion de artículos en que se exponen y discuten las diversas fases de ese gravísimo problema, verdadero nudo gordiano de la diplomacia europea. No hay que decir que, con ser tan árida la cuestion que en el libro se ventila, sus páginas son por todo extremo amenas, que es privilegio del Sr. Castelar embellecer todo cuanto toca; ni que el gran orador demuestra cumplidamente que la diplomacia no tiene secretos para su genio. Una preocupacion constante domina al Sr. Castelar, en esta obra: el temor al panslavismo. El imperio moscovita es el terrible fantasma con que sueña el Sr. Castelar, á tal punto que su interes por las poblaciones cristianas del Oriente y su aversion al despotismo turco, parecen amortiguados en oca-



siones por el temor á la dominacion rusa. Contra ésta, intenta levantar el Sr. Castelar una fuerte barrera, proponiendo para resolver la cuestion de Oriente que sobre las ruinas del imperio turco se constituyan tres grandes nacionalidades: una eslava, (sérvios, montenegrinos, bosniacos, búlgaros, herzegovinos); otra helénica y otra rumana, reunidas en una fuerte confederacion, en la cual quedará Constantinopla como ciudad libre y anseática. El plan es seductor; ¿pero será realizable?

Hé aquí lo que nos permitimos poner en duda. Si la raza germánica ha constituido su unidad, justo y natural es que tambien la constituya la eslava, y en tal caso, á Rusia corresponde el mismo papel que Prusia ha desempeñado. Contra la ambicion rusa hay todavía barreras suficientes en la gran raza germánica, hoy constituida en unidad poderosa, y en la misma raza latina, que está llamada (si no ha perdido el instinto de la conservacion) á formar una confederacion, ya que no le sea fácil constituir una unidad. Que los helenos y los rumanos se constituyan á su vez, es justo y necesario; pero ¿qué razon hay para formar dos naciones eslavas, en vez de dejar á Rusia que lleve á cabo la unidad de su raza? ¿Quién sabe el alto destino que habrá de cumplir todavía en Europa esa raza eslava, que acaso sea la síntesis que resuelva la oposicion entre germanos y latinos? Ni ¿cómo cabe preferir á la dominacion en Oriente de un pueblo culto y cristiano, la de una raza de bárbaros mahometanos, envilecidos y degradados como los turcos? La sangre vertida en Sérvia y Bulgaria clama venganza, y las simpatías de los amantes del progreso no pueden estar del lado de Turquía. Gladstone ha indicado la línea de conducta que en esta cuestion debe seguir el liberalismo europeo, que está obligado á no renegar de la gran idea de las nacionalidades y á no sacrificar las exigencias de la justicia á temores infundados de invasiones imposibles ó á rancias doctrinas acerca del equilibrio europeo. Entre Rusia, que, á pesar de su despotismo, es la civilizacion, y Turquía, que es la barbarie; entre un pueblo jóven y lleno de porvenir y un pueblo caduco y degradado; entre la cruz y la media luna, la eleccion no puede ser dudosa. La eterna contienda entre el Oriente y el Occidente, iniciada ante los muros de Troya, ha de resolverse al pié de las murallas de Constantinopla. El resultado de la lucha no es dudoso; la sentencia lanzada contra todo pueblo por cuyas venas no corra la noble sangre arya, contra toda civilizacion que no arranque del Evangelio, tiene que cumplirse, y en tanto que llega el dia en que desaparezca de la faz de la tierra todo lo que á la corriente arya no pertenezca, bien es que deje de manchar el mapa de Europa ese borron que se llama imperio turco.

\* \* \*



El distinguido escritor D. Luis Vidart acaba de publicar un drama en tres actos y en prosa, titulado *Cuestion de amores*. El Sr. Vidart se ha propuesto aclimatar entre nosotros el género realista; y á decir verdad, dudamos que lo consiga mientras no abandone el camino que ha emprendido. Más apto para concebir un pensamiento dramático que para realizarlo, el Sr. Vidart no acierta á dar á sus obras el calor, la vida, el movimiento y el interes que el drama requiere, sobre todo en países como el nuestro. No basta concebir un buen pensamiento, ni siquiera unos caracteres bien trazados, para ser dramático; es necesario, además, conmover al público con la pintura de los afectos, interesarlo con el movimiento de la accion y deleitarlo con las bellezas del diálogo, y esto es precisamente lo que no hace el Sr. Vidart. Con ser poco ó nada nuevo el asunto de su última produccion, pudiera ser base de un buen drama; pero la frialdad que en toda ella se advierte, tanto en el fondo como en la forma, le priva de todo interes. Ninguno de aquellos personajes sabe sentir; ninguno logra tampoco conmover á los espectadores. Los virtuosos son tan frios que no interesan; los malvados, tan faltos de pasion que no repugnan. Las situaciones de mayor efecto lo pierden por la impasibilidad de aquellos personajes, realzada por un diálogo correcto, y en ocasiones elegante, pero en cual no hay jamás una sola frase que revele pasion ni que haga experimentar al espectador la emocion más leve. ¿Consistirá esto en el empeño del Sr. Vidart de tomar por modelo á los realistas franceses, ó en que, falto de sentimiento dramático y preocupado por la idea de exponer una tésis y resolver un problema en sus obras, piensa sus dramas, pero no los siente, y no consigue nunca que el poeta sustituya al filósofo? Lo ignoramos; pero sí podemos asegurar que el Sr. Vidart conseguirá difícilmente aclimatar entre nosotros su género favorito, si ha de corresponder á las muestras que de él nos ha dado.

\* \* \*

Inauguró sus tareas el teatro Español con *La devocion de la cruz*, refundida por el Sr. Zapata. Esta sombría concepcion fué recibida con respetuosa frialdad por el público, á cuyos gustos no cuadra el fanatismo supersticioso de los pasados siglos, siquiera aparezca revestido de las grandiosas formas de la inspiracion calderoniana. Al escaso éxito del drama contribuyó la ejecucion, que fué muy floja por parte de la Srta. Boldun y del Sr. Vico, y deplorable por la de los actores restantes.

Una serie de merecidos fracasos ó semi-fracasos, interrumpidos solamente



por el regular éxito de una comedia del Sr. Gaspar, titulada *La nodriza*, algo escabrosa, pero escrita con donaire, constituyen la triste historia del teatro de la Comedia, que merecía mejor suerte, en gracia siquiera al talento y buen deseo de los artistas que en él actúan.

Cerramos esta revista cuando se acaba de estrenar con gran éxito el drama del Sr. Echegaray *Cómo empieza y cómo acaba*. Nos falta, por consiguiente, el tiempo necesario para juzgar con el debido detenimiento una obra que ofrece al crítico los más graves é intrincados problemas; y como no es posible que sin maduro exámen nos ocupemos de ella, remitimos este trabajo al número próximo, en el cual dedicaremos un estudio especial á tan importante produccion.

M. DE LA REVILLA.



---

## CORRESPONDENCIA DE PARÍS.

---

PARIS 10 de Noviembre de 1876.

Hé nos ya en pleno invierno parisiense; el tiempo va siendo propio tambien de esta estacion. Poco ha llovido hasta hoy, pero tenemos bastante frio, y ya podriais ver de noche la mitad de los paseantes abrigados con esos largos gabanes que llegan hasta los talones, y que se llaman *Ulsters* á la inglesa; prendas de mucho abrigo, sin duda; pero, fuerza es confesarlo, terriblemente feas. Las señoras han empezado á usar los abrigos de pieles y los manguitos. Inútil es ya querer descubrir las manos á través de los manguitos, ni el talle á través de los abrigos, ni el rostro á través de los espesos velos. Sólo se apercibe la punta del pié cuando levantan ligeramente la falda para cruzar el arroyo ó librarse del fango de las calles.

El invierno es la estacion de los teatros. Algunos han alcanzado ya el éxito que esperaban y otros lo buscan todavía. El *Teatro Francés* representa tres ó cuatro veces por semana la tragedia *Rome Vaincue*, de Mr. Parodi, cuyo triunfo se acrecienta sin cesar, no obstante lo cual, apenas se proporciona descanso aquel teatro. La semana pasada se volvió á poner allí en escena *Paul Forestier*, que es una de las obras que con más vigor ha escrito Emile Augier. Muy pronto se dará la primera representacion de *L'ami Fritz*, de los conocidos novelistas alsacianos Erckmann Chatrian.

Mucho ruido se ha hecho en los últimos dos meses á propósito de esta obra, y la prensa reaccionaria ha inaugurado una ruda campaña, primero con objeto de que la censura prohibiese la obra, y despues con ánimo de predisponer al público á que la silbara sin oirla siquiera. Tal vez tendré muy pronto que hablaros de ella si por ventura la cábala urdida para echarla abajo no ha fracasado por completo de aquí á entónces. MMr. Erckmann y Chatrian son dos excelentes patriotas y consecuentes republicanos. Durante los últimos años del imperio hicieron en sus libros una valerosa campaña contra la política de aventuras, que era la de Napoleon III, y mostraron que todas las guerras del primer imperio vinieron á parar en las invasiones de 1814 y 1815 y en la desmembracion de la Francia: y esto es precisamente lo que el partido bonapartista no puede perdonarles hoy dia. ¡Acusar de ser los autores de nuestros desastres de 1870 á quienes hicieron precisamente cuanto



estaba de su parte por impedirlos! Aquel partido ha presentado á estos autores como malos ciudadanos, que no dejaron por hacer nada que debilitara en Francia el patriotismo, y como hoy dia todos los que no son republicanos detestan, sobre todo, á los partidarios de la república, los bonapartistas han podido contar para esta vergonzosa campaña con el concurso de los diarios orleanistas, clericales y legitimistas. *L'ami Fritz* no es otra cosa que una historia de amor, agena por completo á la política. ¿Qué importa? Se ha pedido á todo el mundo que vaya, sin embargo, á silbar *L'ami Fritz* en nombre del patriotismo, en nombre del honor francés, y podria suceder que la primera representacion fuese efectivamente muy borrascosa. Lo sabremos en su dia y cuidaré de decíroslo.

La *Opera* sigue contentándose con esplotar el éxito arquitectónico de su escalera y el de las pinturas que adornan el salon de descanso. Con esto tiene bastante el director para conseguir buenas entradas, mientras hace que se representen con artistas que son á menudo de tercero y cuarto orden el *Profeta*, los *Hugonotes*, la *Hebrea*, *Fausto* y *Don Juan*. Prepárase, sin embargo, para el mes de Enero un verdadero acontecimiento musical: la representacion del *Roy de Lahore*, ópera de Mr. Jules Massenet, el más notable de nuestros jóvenes compositores y el de más esperanzas, pues apenas tiene treinta años. La *Opera cómica* recobra su antiguo florecimiento bajo la direccion de Mr. Carvalho, esposo de la ilustre cantante de este nombre. La *Opera italiana* ha vuelto á abrir sus puertas con *La Forza del Destino*, que conoceis muy bien en Madrid y que despues de tantos años es una novedad para París. La *Opereta* sigue en auge: en los *Bufos* con *La boite au lait* del maestro Offenbach, obra que no figurará por cierto entre las más notables de este compositor: en la *Renaissance* con *Kosiki*, ópera cómica japonesa del maestro Lecoq, autor de *Malame Angot*: en *Varietés* con las nuevas representaciones de la *Belle Helene*, del ya citado maestro Offenbach. La *Belle Helene* de hoy dia es Madame Judic, uno de los ídolos del público de París; canta con mucha delicadeza ciertas piezas da su papel, pero está muy lejos de tener ese fuego, esa vivacidad, ese ímpetu que ostentaba en dicho papel, doce ó trece años ha, Madame Schneider que lo estrenó. ¿Somos nosotros los que hemos envejecido ó el tiempo el que ha cambiado? Paréceme que el público sobre todo no es ya el mismo; somos más serios, ó por mejor decir, ménos frívolos, y lo que ántes nos hacia reir á carcajadas apenas nos hace sonreir en la actualidad. El predominio de la *Opereta* está pasando y en vano se buscan algunas chispas en cenizas que no se reanimarán. Despues de todo, este fuego no era el de Vesta, y no es de temer que su extincion pueda acarrear desastres á la pátria. El *Teatro Lírico* anuncia para el lunes próximo, la primera representacion de *Paul et Virginie*, ópera de Mr. Víctor Massé, distinguido autor de las *Noces de Jeannete* y de los *Dragons de Villars*. Este desgraciado teatro, que el infortunio persigue y que sus acreedores amenazan, seria muy digno de compasion si la obra de que hablamos obtuviese siquiera un éxito mediano. Anuncian para la próxima semana en el *Odeon* una obra en verso del distinguido poeta y prosista Teodoro de Banville, y pocas semanas ha de tardar en el *Gymnase*, que la fortuna maltrata tan obstinadamente de



algunos años á esta parte, como estuvo sonriéndole obstinadamente tambien largo tiempo, una nueva obra arreglada por Mr. Alexandre Dumas y que se titula *La Comtesse Romani*.

Tales son las principales noticias que de los teatros puedo daros. Los librerros tampoco permanecen inactivos. La casa Charpentier acaba de dar comienzo á la publicacion de una historia contemporánea, en cuatro tomos, que comprenderá desde 1870 hasta la votacion de la Constitucion republicana en 1875. El primer tomo ha visto la luz, y trata de los sucesos ocurridos desde el 3 de Enero de 1870, en que quedó constituido el ministerio Ollivier hasta el 4 de Setiembre. En ese tomo vemos desarrollarse la comedia del imperio liberal, el plebiscito: vienen luego la declaracion de la guerra y nuestros primeros reveses. El autor de la obra á que nos referimos es un jóven publicista, llamado Mr. Theodore Duret.

La obra de verdadera importancia que se ha publicado en estos meses de Octubre y de Noviembre es la *Correspondencia de Balzac*, nuestro gran novelista. Esta correspondencia consta de dos tomos, puestos á la venta por la casa editorial Calmann Levy. Todos los que quieran saber la verdad con respecto á este hombre extraño, en torno del cual, áun mientras vivi6, formáronse tantas leyendas, deben leer esos dos tomos. De mí sé decir que los he leído con más interés y emocion que á ninguna de sus conmovedoras novelas. Puede asegurarse sin temor que jamás hombre alguno pagó tan cara la gloria, y, sin embargo, no habria consentido tal vez en cambiar su destino por el de ningun otro. Abandona á los veinte años la casa paterna, rico en esperanzas é ilusiones de todo género. Viene á París con una modesta pension que le señaló su familia en busca de dos cosas que persigue con el mismo ardor: gloria y fortuna. Para vivir y preservarse de la escasez de recursos, al mismo tiempo que se ocupa en trabajos sérios, publica novelas que mira con desden y á las que niega hasta su firma. Emprende de pronto unagran especulacion de libros; pues á menudo soñó hacer fortuna de golpe y arruínase en esa especulacion, saliendo de ella con 200.000 francos de deudas. Para salvar el honor del nombre, fué preciso que su madre sacrificara poco más ó ménos cuanto poseia. Tenia él ent6nces veintiocho años.

No desmayó, sin embargo. Con sólo su pluma por instrumento, intentó pagar cuanto debia, esperando hacer fortuna más tarde. Comienza ent6nces para él una vida de trabajos hercúleos que sobrepujan á todo lo que la imaginacion puede figurarse. Comia por las tardes á las cinco y se acostaba á las seis. A media noche se ponía en pié, y desde esa hora hasta mediodía trabajaba incesantemente; si cesaba de escribir un momento, era para corregir las pruebas de alguna novela que en la imprenta estaba componiéndose, y al corregirlas hacia tantas modificaciones, que en realidad equivalia el corregirlas á escribirlas de nuevo. Se proporcionaba todos los dias una hora de recreo, aunque á veces se pasaba semanas enteras sin salir de su cuarto. Sosteníase á fuerza de café. Aterra ver todo lo que con ese régimen de vida pudo llevar á cabo. Sucédense los tomos: dos, tres, cuatro, cinco trabajos tiene que acabar á la vez. Artículos de periódicos, novelas, cuentos, para todo se basta. Sólo para sus deudas no puede bastarse, pues síguele siempre un cortejo de



procuradores con documentos que es preciso renovar si no se quiere verlos protestados, con procesos de todas clases, y, lo que es aún más grave, el séquito de todas las fantasías de su imaginacion que vienen á despilfarrar su dinero y á retardar su liberacion.

Sin embargo, en 1836 tocó á la meta, vió acercarse el momento en que sus deudas iban á quedar pagadas. Mas vino á abrumarle un nuevo y más terrible golpe. Vióse de pronto con más de 200.000 francos de débito. Esta vez, preciso es confesarlo, su valor flaqueó un momento: sintióse cerca de la desesperacion y fué otro el tono hasta entónces tan sereno y áun alegre de sus cartas. Tocaba en los cuarenta años, edad en que las ilusiones se van. Recobró, sin embargo, el valor perdido, volvió al trabajo sin descanso ni tregua de otro tiempo, resuelto á decir la última palabra en su larga disputa con el infortunio. Habia encontrado un resorte que reanimó su energía. Una mujer distinguida, una polaca que conoció en Suiza en 1833, ligóse con él en íntima amistad. Llamábase la condesa Hanska. Su marido habia muerto poco despues, y un sentimiento más tierno que la amistad abrióse paso en el alma de Balzac. Su correspondencia con esta mujer superior, amante y razonable á un tiempo, llena casi todo el segundo tomo de sus cartas. Y, á decir verdad, no se concibe una correspondencia más delicada, más afectuosa, más espontánea. Sólo echan de ménos en ella los lectores las cartas en que fueron contestadas las de Balzac. Este amor y el pensamiento de que podria ser feliz y dar su nombre á la mujer que amaba el dia que recobrará su independenciam, doblaron sus fuerzas. Desde 1841 á 1846 y 47, le vemos entregado más que nunca al trabajo. Publica novelas al mismo tiempo en *La Presse*, en el *Constitutionnel*, en los *Débats*. Su nombre es ya famoso, los editores se disputan sus obras, gana cantidades enormes, sobre todo para aquellos tiempos y disminuye diariamente su débito. Compra una casa y la amuebla amorosa y régiamente para aquella que habrá de habitarla un dia. Acumula allí cuadros antiguos de los maestros, muebles antiguos tambien, objetos raros de loza. La condesa y él contrajeron esponsales desde 1846, y Balzac fué á pasar á su lado en Rusia el invierno de 1847.

Allí le sorprendió la revolucion de 1848, que maldijo, pues los negocios de libros decaian, y al retardarse su liberacion, retardábase su felicidad. Al fin la tocó, mas ¡ay! no para disfrutarla largo tiempo. La muerte extendia la mano hácia él.

La enfermedad del corazon, consecuencia de tanto abusar del café, de tanto exceso de trabajo, presentóse con terrible ardor el primer dia, sin que nada pudiera contener sus progresos. Casó con la condesa Hanska el 14 de Marzo de 1850, despues de mil inquietudes. Volvió con ella á París el 1.º de Junio, pero volvió moribundo y espiró poco despues.

Tal fué esta existencia febril, inquieta, que no tuvo un sólo dia de reposo. Despues de conocerla, no en una biografía, sino en la misma confesion de aquél que la sobrellevó, no nos sentimos solamente dominados por una admiracion más viva que nunca hácia un génio tan poderoso, sino experimentamos tambien por el hombre una profunda simpatía. Balzac fué, en suma, y sean cuales fueren sus arrebatos y los perjuicios que causara á los que arrastró en su mala



fortuna y á sí propio, un hombre de ardiente corazón y de un alma generosa. Tuvo ternura y bondad, y entre los grandes hombres sigue siendo uno de los más humanos, uno de los que por el corazón supieron ser los más sencillos y sinceros, los más llenos de abnegación y de amor, y según la hermosa frase del Evangelio "semejantes á los niños."

CHARLES BIGOT.



---

## CRÓNICA DE MADRID.

---

La vida humana, en sus diversas é infinitas manifestaciones, ofrece las dos amables y risueñas que no son ciertamente ménos dignas de reflexion y estudio que aquellas que presenta al exámen del sabio, del político ó del moralista. Dícese, y con razon sobrada, que no existe en la naturaleza un solo átomo despreciable, en la historia un sólo dia insignificante, ni en el arte un punto que no merezca la vigilia y desvelo de los hombres. El lado, pues, alegre, frívolo y bullicioso de nuestra vida, representado siempre por aquella parte de la sociedad á que llaman el *gran mundo*, el círculo en que se mueven las clases felices y privilegiadas, sus gustos, su espíritu, su carácter y sus costumbres, son materia más que suficiente para despertar en el público, si no un interés poderoso, al ménos una atencion benévola. No se alarmen, pues, los severos lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA si advierten que en el curso de estas modestas crónicas, á la vez que nos ocupamos del movimiento y de la vida de Madrid en todo lo que se relaciona con sus mejoras, diversiones, paseos, teatros, artistas, autores, música, novedades, etc., nos introducimos tambien en el seno de la gran sociedad, dándole un lugar muy preferente y describiendo sus costumbres, sus placeres, sus riquezas y sus palacios.

Semejante asunto ha de darnos para la presente revista muy escaso material. La sociedad no se reúne todavía, y los salones donde han de brillar dentro de poco las mujeres más bellas y elegantes de Madrid, permanecen cerrados y desiertos. Sólo podremos consignar las semanales tertulias de los condes de Heredia Spínola, que merecen, sin duda alguna, muy particular y especial mencion, porque ellos solos en Madrid han sabido conservar aquel inapreciable carácter de cordialidad, franqueza y confianza que constituian el principal encanto de la antigua tertulia española. Los hospitalarios condes esperan á los numerosos amigos que los visitan en un gran salon, sencilla y severamente decorado. Multitud de flores naturales esparcidas por todos lados lo adornan y perfuman, y de sus altas paredes pueden verse colgados algunos retratos de familia; nobles y valerosos caballeros de otro tiempo que ostentan cinceladas armaduras ó admirables brocados, y que parecen observar con profunda sa-



tisfaccion el tranquilo aspecto de aquellas pacíficas reuniones y la bondad y cortesía de tan amable familia. También la condesa de Campo-Alange reúne los lunes en su casa buena parte de la sociedad madrileña. El carácter de sus reuniones es también especial y propio: su salón ofrece poderosos atractivos, porque aquellas tertulias llevan impreso el agudísimo y proverbial ingenio del ama de la casa. Allí acuden hombres políticos de todos los matices, literatos y eminencias de todo género; pero aquí es un campo neutro al que no llegan jamás las luchas y discordias de la política palpitante. En él sólo se rinde culto al saber, al talento y á las galas del espíritu.

No busquemos, pues, á la sociedad en sus salones, puesto que por ahora sólo son frecuentados los dos de que dejó hecha mención. Más fácil nos será encontrarla esparcida por los diversos teatros de la capital.

En primer término se nos presenta el de la Opera, cada vez más concurrido, animado y brillante. Cada día es un lleno completo, cualquiera que sea la ópera que se cante ó los artistas que la interpreten. La nueva organización de turnos ha proporcionado ventajas extraordinarias á la empresa, y en general á todos aquellos que van al teatro seducidos por la aglomeración de gente y la forzosa animación que llevan consigo los grandes llenos. Hay, sin embargo algunos, que se quejan de la confusión producida por el nuevo sistema de abonos. Los turnos están divididos, no á par ó impar, sino cada dos, cada cuatro, ó cada ocho noches, por el reparto que se han hecho las familias á quienes era imposible tomar un palco un día sí y otro no. Así es que nadie se entiende. Aquellos tres turnos antiguos tan distintos y definidos aparecen este año mezclados, revueltos y confundidos. Para dar con el turno de una familia que vaya al teatro cada cuatro ó cada ocho noches, es preciso asistir muchas consecutivas á la ópera, y una vez hallado, examinar, calcular y estudiar, calendario en mano, los días turnos y descansos venideros, si es que se pretende volver á encontrar la familia en cuestión. Los enamorados se desesperan, y muchas personas deploran semejante barullo y anarquía.

La pasada quincena ha sido fecunda en estrenos de óperas. Se han puesto en escena *Guillermo Tell*, *Lucrecia* y *Rienzi*. *Rigoletto* ha vuelto á reaparecer, encargándose del papel de Gilda la señorita Baillon Mariani, que si bien no ha sido objeto de las tristes manifestaciones que sufrió su predecesora, la señorita Gester, tampoco ha dejado satisfecho al público. La especialidad y el mérito de aquella artista consiste únicamente en la agilidad de garganta, y claro es que el género dramático no puede ofrecerle campo donde desarrollarla. Además, y esto ya lo dijimos en nuestra anterior crónica, la señorita Baillon canta la mayor parte del tiempo completamente desentonada. El metal de su voz, falso, agudo y penetrante, sus notas, casi siempre desafinadas, producen malestar y desagrado, sobre todo cuando estos defectos no vienen ocultos ó disfrazados por las maravillas de una vocalización prodigiosa, que nos recuerda la Patti en sus mejores tiempos. De todos modos, debemos estarla agradecidos porque, gracias á ella, hemos podido admirar una vez más al Sr. Boccolini, que interpreta aquella patética y conmovedora parte del bufón con tal verdad y sentimiento, que parece en efecto que el artista ha sostenido aquellas luchas y sufrido aquellos terribles pesares.



La señorita Riegl sería una esperanza si su voz adquiriese mayor fuerza y desarrollo. La hemos escuchado con gusto en *Los Hugonotes*, desempeñando la parte de Margarita de Valois, y la hemos aplaudido con justicia en el aria de *Guillermo Tell*. Sería preciso, sin embargo, que la jóven artista estudiara más detenidamente el carácter de los personajes que representa. La señorita Riegl no ha comprendido bien lo que es una reina, sobre todo, una reina del siglo XVI, y olvida con demasiada preferencia aquella majestad suprema que nunca abandonó á la primera, mujer de Enrique IV, áun en sus más alegres y escabrosas aventuras. Creemos, en fin, que demuestra con excesiva vehemencia el gratísimo efecto que la produce el más apuesto caballero de su corte. Todo esto es, sin embargo, muy excusable cuando se trata de una jóven que acaba de salir á la escena, y que no puede haber adquirido en tan corto espacio de tiempo la práctica y el dominio de las tablas; pero no puede pasarse del mismo modo por faltas más graves, que se relacionan con el arte, y que la señorita Riegl comete todas las noches. ¿Por qué se permite esta novel artista alterar los textos de las obras que por primera vez interpreta, ejecutando *fermatas* y cadencias finales que nunca escribieron ni Meyerbeer ni Rossini?... Semejantes libertades se toleran solamente á cantantes como la Grissi, la Pernani ó la Patti, y esto sólo cuando las modificaciones introducidas tienen el único objeto de lucir alguna belleza de la voz ó algun prodigio de agilidad.

La reaparición del *Rienzi* no nos ofrece nada que digno de mención sea. Esta ópera no puede darnos una idea exacta de la nueva escuela creada por Wagner, escuela que rompe con las reglas y tradiciones de los clásicos para lanzarse por senderos extraños y desconocidos. El *Rienzi* es una de las primeras óperas que compuso el maestro alemán, inspirándose, y según algunos parodiando á Meyerbeer, y buscando en las grandes sonoridades, en el abuso del metal y en la excesiva aglomeración de voces, los grandes efectos que el autor del *Profeta* y del *Roberto* encontraba con solo el esfuerzo de su genio. Las óperas que Wagner escribió posteriormente fueron las que le dieron á conocer como un innovador, haciendo con ellas una verdadera revolución en la música dramática y creando una escuela que cuenta ya, sobre todo en Alemania, con numerosos partidarios. El *Rienzi* ha sido interpretado por los mismos artistas que lo dieron á conocer en la pasada temporada, exceptuando, sin embargo, el papel de Irene, que ha sido esta vez desempeñado por Mme. Causer, hermana de la señorita Gerster, y de la cual no es posible emitir todavía un juicio exacto. Sólo podemos asegurar que esta cantante se presentó ante nuestro público embargada por un temor que justificaba sobradamente el recuerdo de pasadas desgracias de familia. Las pocas frases que dice en el tercer acto han pasado desapercibidas. Esperemos para poder juzgarla á que se nos presente en otras óperas que le permitan desarrollar mejor sus condiciones y facultades.

¿Qué diremos de Tamberlick? Hemos vuelto á encontrarle tan grande artista como siempre, ó para expresarnos con mayor exactitud, más artista cada día. Los recursos de un consumado arte aumentan á medida que las facultades naturales disminuyen; así es que Tamberlick, gracias á sus poderosos



medios de acción y de vocalización, logra ocultar las debilidades ó flaquezas de una voz que ha sabido sobreponerse tan valientemente á la terrible influencia de los años y del trabajo. El público de Madrid lo aplaude y lo aplaudirá siempre, rindiendo así un justísimo tributo de admiración al gran tenor que por desgracia nuestra toca ya al término de su gloriosa carrera. Ha pocos días; hojeando números atrasados de la *Revue de deux mondes* encontramos un artículo publicado en el correspondiente al 1.º de Mayo de 1858, que lleva por título *Le tenor Tamberlick au theatre italien*. Mucho sentimos que las forzosas dimensiones de esta revista no nos permitan insertar algunos párrafos del artículo que mencionamos, á cuyo pie leemos el nombre de uno de los críticos musicales más ilustrados de la Francia. Mr. Blaze de Bury, que algunos de nuestros lectores conocerán por sus críticas, y sus obras, asegura que han existido tenores de más facultades y fama que Tamberlick, pero que ninguno podrá contar más ovaciones ni más triunfos en el curso de su vida artística. Esto, es rigurosamente exacto. Lo hemos oído asegurar por muchos y autorizados artistas. Tamberlick es el tenor de las ovaciones y del entusiasmo. En París, en Lóndres, en Petersburgo, en América, en Madrid, el sublime intérprete del *Guillermo* y del *Otello* ha encontrado constantemente su camino sembrado de laureles. Hay óperas que sólo por escucharlo á él, han sido escuchadas con delirio; el *Poliuto*, por ejemplo. Creemos en fin poder asegurar que el día en que Tamberlick se vea precisado á dejar las tablas, porque sus medios vocales le falten por completo, algunas de las obras del repertorio clásico desaparecerán con él.

\* \* \*

Prescindiendo del drama del Sr. Echegaray, de que nos ocuparemos más adelante, poco nuevo y poco bueno tendremos que consignar respecto á novedades dramáticas.

El *Don Juan Tenorio* puesto en escena en todos ó casi todos los teatros de esta capital, ha obtenido en algunos bastante esmerada ejecución, pero no ha bastado á dar interés ni vida al movimiento teatral de la quincena.

De algunos años á esta parte, al llegar la época presente, nos invade una plaga de Tenorios verdaderamente abrumadora. El drama del Sr. Zorrilla tiene indisputable mérito y muy justificada popularidad; pero ¿es esta razón suficiente para que en una época determinada del año se ponga en escena simultáneamente en todos los teatros de verso? ¿Carece nuestro repertorio de otras obras que, como en el *Don Juan Tenorio*, sea cuestión de muertos y cementerios, ya que se pretende que las representaciones dramáticas marchen con el almanaque? Creemos que esto es simplemente una cuestión de moda, porque la moda en nuestros días va ensanchando y extendiendo de una manera prodigiosa los límites de su imperio. Antes se limitaba á designar el color, el corte ó la forma de los vestidos y demás admiñículos femeniles, ó á decretar despóticamente las dimensiones de nuestros sombreros. Ahora su influencia lo invade todo; desde el campo de la



medicina y de la ciencia, en el que vemos un simple boticario, célebre por sus anuncios, enriquecerse merced al impulso de la moda que arrastra multitud de enfermos á su farmacia de la calle de la Luna, hasta el campo tan respetado antes de los negocios financieros, en el que tambien se nos presentan hoy, con asombro de Europa, multitud de casas de *crédito* que han encontrado manera de hacer negocio con lo que antes constituia una ruina, esto es, recibiendo dinero á un interés en que jamás soñaron los más famosos y renombrados prestamistas. ¿Es, pues, de extrañar que esa misma influencia de la moda que se extiende ya por todas partes, haya invadido tambien nuestros teatros? En el del Circo, ya que la compañía carece de medios para poner el obligado *Don Juan*, se ha buscado lo que más se le pareciese, desenterrando *El Convidado de Piedra*, que ha obtenido un éxito medianamente lisonjero.

\* \* \*

En el próximo número hallarán nuestros lectores la extensa crítica del nuevo drama del Sr. Echegaray, recientemente estrenado en el teatro Español. Nuestro ilustrado amigo D. M. de la Revilla les dará á conocer con la magia de su lenguaje y la proverbial severidad de sus autorizados juicios, el conjunto de errores y de bellezas de que se compone esta nueva produccion que, como todas las del mismo autor, ha causado profunda sensacion en los círculos literarios.

Su estreno fué un verdadero acontecimiento. El teatro Español apenas podia contener la gente que habia acudido á presenciarlo; en sus palcos y butacas se apiñaba todo el Madrid literario y aristocrático.

Sucede que al escuchar los dramas del Sr. Echegaray no se sabe lo que debe admirarse más, si el vigor del poeta, la grandeza de sus concepciones ó el valor verdaderamente temerario con que abandona las tradicionales reglas del arte para lanzarse en alas de una imaginacion de fuego más allá de los límites por todos respetados.

Ninguno de los dramas de Echegaray resiste á una crítica fria, desapasionada y justa. Sin argumento todos, están basados por lo general en hechos inverosímiles y falsos, pero sobre los cuales levanta edificios admirables, situaciones que alcanzan el último grado de lo patético para venir á soluciones inesperadas que aterran ó asombran. Un amante que denuncia al marido la falta de la mujer á quien adora con objeto de decidirla á que comparta entre los dos su cariño ó lo abandone todo para seguirlo, tal es la base sobre la cual Echegaray ha construido el drama. Tamaña infamia, calculada de antemano y ejecutada despues con entera sangre fria, es completamente inaceptable, porque semejantes delirios, muy raros por fortuna, son producto tan sólo de ciegos é irreflexibles arranques. Pero el desenlace es todavía más tremendo: muere el marido, hombre de grandes y elevados sentimientos, de corazon nobilísimo, que no acepta ni comprende el mal, y merced á una horrible equivocacion, asesinado por su propia mujer en el momento en que ella pretendia salvarlo dando muerte al amante. ¿Pueden llevarse al teatro semejantes soluciones?



El drama se salva por la sin igual belleza de la forma, por el arte con que se desarrolla, por su versificación de fuego y por los bellísimos pensamientos y conceptos de que está literalmente esmaltado. Es posible que facultades tan poderosas y excepcionales lleven á Echegaray triunfante por el camino que ha emprendido; pero ¡ay de los que pretendan seguirlo sin poseerlas! ¡Ay de los que lleven á la escena tan terribles desnudeces del alma y tan fatales decisiones de la suerte, sin contar con ese ropaje de oro sembrado de brillantes con que el Sr. Echegaray encubre las unas y engalana las otras!

L. F. DÉ C.

---

Madrid, 15 de Noviembre de 1876.

*Director y propietario:* JOSÉ DEL PEROJO.

---

Madrid, 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez,

San Miguel, 23, bajo.